



CAIO A. NOLASCO

NO ALIMENTES AL VECINO

Una Comedia Romántica Gay

Caio A. Nolasco

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

CAPÍTULO 1

Teo cerró la última caja vacía, dobló las solapas hacia dentro y la dejó junto a las demás que ya esperaban cerca de la puerta.

Todavía quedaban tres cajas cerradas en el dormitorio, dos en la cocina y una cantidad incómoda de objetos pequeños desperdigados sobre la encimera, pero había decidido que aquello ya podía considerarse el final de la mudanza. Al menos de la parte que implicaba cargar cosas de una dirección a otra. Organizarlo todo sería otro problema, uno que prefería resolver solo y sin que nadie le preguntara cada cinco minutos dónde debía poner una olla.

Milo apareció entre dos cajas, se rozó contra su pierna y metió la cabeza en una bolsa de papel.

—No ayudaste absolutamente en nada —dijo Teo, agachándose para apartar el asa de la bolsa antes de que el gato decidiera enredársela alrededor del cuello. Milo levantó la cabeza y maulló—. No sirve de nada quejarse. Tengo testigos.

Ya no tenía ningún testigo. Esa era precisamente la mejor parte.

La puerta estaba cerrada, los hombres de la mudanza se habían ido y el apartamento por fin estaba en silencio. Teo permaneció de pie en medio de la sala durante unos segundos, con las manos en la cintura, observando el resultado provisional de años de ahorros, cuentas rehechas, visitas a inmuebles y dudas sobre si estaba tomando una decisión inteligente o simplemente demasiado cara.

El sofá seguía torcido. La mesa continuaba desmontada. Una lámpara había acabado en el dormitorio cuando debería estar en la sala. Nada de aquello importaba.

El apartamento era suyo.

La escritura llevaba su nombre. Las llaves estaban en su bolsillo. Si quería dejar una caja cerrada durante seis meses, nadie podría quejarse. Si quería pasar todo el sábado ordenando libros por tamaño, color, tema o cualquier otro criterio que solo tuviera sentido para él, tampoco tendría que dar explicaciones.

Teo respiró hondo y volvió a mirar a su alrededor.

—Es nuestro —le informó a Milo.

El gato ya se había metido dentro de la bolsa.

—Tu contribución económica fue cuestionable, pero está bien.

Milo se hundió todavía más en ella.

Teo dejó escapar una sonrisa y volvió al trabajo.

Empezó por la sala, porque era la habitación que más le molestaba ver en aquel estado. Separó las cajas vacías de las que todavía tenían contenido, comprobó las etiquetas antes de mover cada una y colocó todo en el espacio que había planeado. No necesitaba que todo estuviera perfecto aquella tarde, pero sí necesitaba saber que avanzaba en esa dirección.

Casi una hora después, salió para llevar cartones y plásticos hasta el lugar donde había dejado el resto del material de la mudanza. Fue entonces cuando reparó en el pasillo frente al apartamento vecino.

Dos plantas grandes ocupaban parte de la pared. No bloqueaban por completo el paso, pero sobresalían más de lo que Teo consideraba necesario. Cerca de ellas había tres cajas negras de diferentes tamaños, una mochila robusta y lo que parecía ser un trípode plegado. Una de las cajas estaba lo bastante alejada de la pared como para obligarlo a esquivarla.

Teo se detuvo.

Miró los objetos.

Miró la puerta del vecino.

Después volvió a mirar los objetos.

Era su primer día en el edificio. No quería convertirse en el hombre que iniciaba una guerra vecinal antes siquiera de terminar de

desempacar los vasos.

Dio un paso para rodear las cajas.

La puerta de al lado se abrió.

Un hombre salió cargando otras dos piezas de equipo, una en cada mano. Teo reconoció otra bolsa de cámara colgada de su hombro y concluyó que aquello al menos explicaba la pequeña ocupación territorial del pasillo.

El hombre estuvo a punto de chocar con él.

—Ups. Perdón —dijo, deteniéndose a tiempo y ajustando el peso de lo que llevaba. Su mirada pasó por los cartones en las manos de Teo y después por la puerta abierta del apartamento vecino—. Tú eres el nuevo vecino.

—Sí.

—Adrian.

Pasó una de las piezas al otro brazo y le tendió la mano. Teo tuvo que cambiar los cartones de posición para estrechársela.

—Teo.

Adrian sonrió. Era una sonrisa fácil, demasiado abierta para alguien que aparentemente había convertido el pasillo compartido en un almacén temporal. Teo también tuvo tiempo suficiente para darse cuenta de que era guapo. No de una manera que exigiera análisis. Cabello castaño un poco despeinado, rostro agradable, cuerpo cuidado, ropa informal y una expresión que sugería una comodidad excesiva en cualquier lugar en el que estuviera.

La observación surgió y fue descartada al instante.

Guapo no significaba civilizado.

—¿Estas cajas son tuyas? —preguntó Teo, soltándole la mano.

Adrian siguió su mirada.

—Por ahora. Estaba metiéndolo todo dentro.

—Una está en medio del paso.

Adrian volvió a mirar. Esta vez tardó un poco más, quizá buscando la parte dramática de la situación.

—En medio es una expresión un poco fuerte.

Teo frunció el ceño.

—Tuve que esquivarla.

—Entonces, técnicamente, está en el camino. En medio me parece injusto para la geometría.

Teo se quedó mirándolo durante un instante.

Adrian volvió a sonreír.

Aquello respondió a una pregunta que Teo todavía no había formulado: el sentido del humor no había sido accidental.

—¿Puedes quitarla? —preguntó.

—Claro. —Adrian se agachó, agarró el asa de la caja y la empujó con el pie hacia su propia puerta—. Listo. Pasillo nuevamente apto para la circulación humana.

Teo señaló las plantas con un movimiento de la barbilla.

—¿Y esto?

Adrian siguió el gesto y arqueó una ceja.

—Esto es una costilla de Adán. La otra no sé cómo se llama porque me la regalaron y la mantengo viva por presión emocional.

—Sé que son plantas.

—Genial. Por un segundo me preocupé.

Teo apretó los cartones contra el pecho.

—También ocupan el pasillo.

—Dentro del espacio permitido —respondió Adrian, sin cambiar el tono—. Cuando me mudé, pregunté. Puedes comprobarlo si quieres.

—Lo haré.

—Me lo imaginaba.

La respuesta vino acompañada de una expresión satisfecha que irritó a Teo más de lo que lo habría hecho una discusión.

Estaba acostumbrado a dos tipos de personas cuando se quejaba de algo: las que se daban cuenta de que habían causado un problema y lo corregían, y las que se defendían de inmediato. Adrian parecía

pertenecer a una tercera categoría. Corregía lo necesario, se negaba a cambiar el resto y, además, parecía divertirse durante el proceso.

—¿Las cajas van a quedarse ahí? —preguntó Teo.

—No. —Adrian abrió un poco más su puerta con la cadera—. Estoy metiéndolo todo dentro. De hecho, eso era precisamente lo que hacía cuando me interceptó la inspección.

—Solo te pedí que dejaras libre el paso.

—Y lo hice.

Adrian recogió la caja que había empujado, la añadió a todo lo que ya llevaba y, para irritación de Teo, consiguió mantenerlo todo en equilibrio.

—Bienvenido al edificio, Teo.

—Gracias.

—Espero que el resto de la mudanza sea menos traumático.

—¿Para mí o para ti?

Adrian soltó una risa breve.

—Ah. Así que sabes bromear.

—No te acostumbres.

Teo siguió por el pasillo antes de escuchar la respuesta.

Cuando regresó unos minutos después, todas las cajas habían desaparecido.

Las plantas seguían exactamente en el mismo lugar.

Entró en el apartamento y cerró la puerta.

—El vecino es irritante —le informó a Milo, que ahora ocupaba el sofá todavía torcido.

El gato abrió los ojos, evaluó la información durante menos de un segundo y volvió a cerrarlos.

—Gracias por el apoyo.

Teo regresó a la organización.

Durante las horas siguientes, el apartamento empezó a adoptar una forma más reconocible. Las cajas disminuyeron, los libros encontraron sus estanterías y los utensilios de cocina dejaron de

ocupar la encimera. Teo trabajó hasta darse cuenta de que la luz del exterior ya había cambiado y de que se había olvidado de cenar.

Fue en ese momento cuando oyó la música.

No estaba lo bastante alta como para hacer vibrar las paredes ni para justificar una llamada a la administración. Solo estaba lo bastante alta como para atravesar la pared y mezclarse con las voces que llegaban del apartamento de al lado.

Teo se detuvo con tres platos en las manos.

Escuchó.

Una carcajada más fuerte atravesó la pared. Después otra. Alguien dijo algo que no consiguió entender y la música subió de volumen durante unos segundos antes de volver al nivel anterior.

Teo guardó los platos en el armario.

No era tarde.

Tampoco era necesario hacer tanto ruido.

Intentó ignorarlo.

Siguió organizando la cocina, limpió la encimera, abrió una de las últimas cajas y empezó a ordenar algunas cosas en la sala. Quince minutos después, sabía exactamente cuándo terminaba una canción concreta porque la había escuchado de principio a fin a través de la pared.

Al día siguiente tenía que levantarse temprano.

Miró la hora.

Todavía podía soportarlo.

Cinco minutos después, otra carcajada atravesó la pared.

Teo cerró los ojos por un instante.

—No —murmuró.

Milo, sentado sobre una caja, giró las orejas hacia él.

—No voy a empezar así.

El gato se lamió una pata.

Teo permaneció inmóvil durante unos segundos.

Empezó otra canción.

—Voy a empezar así.

Salió del apartamento.

Llamó a la puerta de Adrian y tuvo que esperar poco. La música bajó de volumen incluso antes de que se abriera la puerta, y Adrian apareció sosteniendo un vaso, todavía con la misma expresión relajada de aquella tarde. Detrás de él, Teo alcanzó a distinguir a varias personas en la sala y una mesa con platos y vasos. No era una fiesta. Claramente era una cena que se había alargado.

—Vecino —dijo Adrian, apoyando una mano en el lateral de la puerta—. Dos visitas en mi primer día contigo. Empiezo a sentirme especial.

—La música.

Adrian miró hacia atrás.

—¿Qué pasa con ella?

—Puedo oírla desde mi apartamento.

—Ah.

Teo esperó algo después de aquel «ah».

No llegó nada.

—Tengo que levantarme temprano mañana —continuó.

Adrian observó su rostro durante un momento y luego se giró.

—Chicos, ¿pueden bajar un poco la música por mí?

Alguien respondió desde dentro y el volumen descendió casi de inmediato.

—¿Mejor? —preguntó Adrian.

—Eso espero.

—Problema resuelto.

Teo debería haberse marchado.

Entonces Adrian miró rápidamente el reloj de su muñeca.

—Aunque, solo para que conste, todavía no ha empezado el horario de silencio.

Teo sintió que se le tensaba la mandíbula.

—No dije que hubiera empezado.

—Lo sé. Solo me pareció importante establecer los hechos antes de que prepares la demanda.

—No debería ser necesario que exista un horario oficial para que alguien se dé cuenta de que está molestando al vecino.

Adrian inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Llevas menos de un día viviendo aquí y ya has determinado que te molesto de manera permanente?

—En este momento es suficiente.

—Justo.

—La educación no debería depender del reglamento del edificio —dijo Teo.

Durante un instante, Adrian se limitó a mirarlo.

Entonces la comisura de su boca se alzó.

No era irritación. Era diversión.

Teo lo notó de inmediato.

—Te estás divirtiendo.

—Un poco.

—No sé por qué.

—Creo que es por la seriedad.

—Te estoy pidiendo que bajes la música.

—Y la bajé —respondió Adrian, señalando discretamente hacia el interior del apartamento—. Incluso antes de que terminaras la queja.

—Y aun así conseguiste ser irritante.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo sé. Eso fue lo que lo hizo mejor.

Teo respiró por la nariz y dio un paso atrás.

—Buenas noches, Adrian.

—Buenas noches, Teo. —Adrian levantó el vaso a modo de despedida—. Prometo intentar preservar la civilización hasta mañana.

Teo regresó a su apartamento sin responder.

La música permaneció baja.

Lo que era casi peor, porque significaba que Adrian podría haber hecho aquello desde el principio sin convertir la situación en entretenimiento.

Teo cerró la puerta y apoyó la frente contra ella durante un segundo.

—Insoportable.

Milo estaba sentado en medio de la sala mirándolo.

—Ni empieces.

El teléfono vibró sobre la encimera antes de que pudiera volver a las cajas. Sofia estaba llamando.

Teo contestó mientras agarraba una botella de agua.

—Hola.

—¿Sobreviviste?

—¿A la mudanza o al vecino?

—¿Tienes vecino desde hace seis horas y ya existe una categoría aparte de supervivencia?

Teo acercó una silla y se sentó.

—Dejó cajas en el pasillo.

—Terrible.

—Una estaba en medio.

—¿Llamaste a la policía?

—Sofia.

Ella se rio al otro lado de la línea.

—Te estoy preguntando por el apartamento. ¿Terminaste?

Teo miró a su alrededor. La sala todavía tenía cajas, pero ahora ya conseguía ver los muebles sin necesidad de imaginar dónde quedarían. La sensación regresó, más tranquila esta vez.

—Casi. Me falta organizar algunas cosas en el dormitorio y terminar la cocina.

—Entonces déjalo por hoy.

—Lo haré.

—Lo dijiste con la misma voz que usas cuando dices que vas a apagar el ordenador en diez minutos y apareces dos horas después.

—De verdad voy a parar.

—Bien. ¿Milo está bien?

Teo buscó al gato con la mirada y lo encontró caminando hacia el balcón.

—Está explorándolo todo. Con esta cantidad de cajas, debe de sentirse en el paraíso.

—Entonces se está adaptando.

—Perfectamente.

Sofía volvió a reír y le hizo algunas preguntas más sobre la mudanza, sobre si todo había llegado entero y si Teo se había acordado de comer. Él respondió mientras observaba a Milo olfatear la puerta de cristal del balcón.

—Ah, y papá preguntó cuándo puede venir a conocerlo —dijo ella después.

Teo guardó silencio durante un instante.

—¿El apartamento?

—No, Teo, el gato. Claro que el apartamento. Me preguntó si ya habías terminado de organizar.

—Todavía no.

—Eso le dije.

—Prefiero esperar un poco más.

Sofía no insistió.

—Está bien. Cuando esté presentable según tus estándares imposibles, avisas.

—Mis estándares son perfectamente razonables.

—Una vez reorganizaste mi estantería mientras yo estaba en la ducha.

—Tus libros estaban mezclados con documentos.

—Y yo encontraba todo.

—Ese argumento no te ayuda.

Ella se rio.

—Descansa. Y felicidades otra vez.

Su voz perdió un poco del tono bromista en la última frase.

Teo miró la sala.

—Gracias.

—Lo lograste.

—Lo logré.

Permanecieron en silencio durante un instante, sin necesidad de llenarlo.

—Mañana te llamo —dijo Sofia.

—Está bien. Buenas noches.

—Buenas noches. Y trata de no denunciar a nadie antes de cumplir veinticuatro horas en el edificio.

—No prometo nada.

Teo terminó la llamada sonriendo.

Cuando levantó la mirada, Milo ya tenía las patas delanteras apoyadas en la puerta del balcón.

—¿Quieres salir?

El gato respondió con un maullido.

Teo abrió la puerta.

El balcón no era grande, pero había sido una de las cosas que más le habían gustado cuando visitó el apartamento. Antes de la mudanza, había hecho proteger toda la zona exterior con una red adecuada para animales. No quedaba ningún espacio abierto hacia la fachada ni posibilidad de que Milo llegara al exterior. Teo había comprobado cada fijación más de una vez antes de permitir que se acercara allí.

Milo salió de inmediato, olfateando el suelo y las esquinas.

—Despacio —dijo Teo, aunque sabía que la orden no significaba nada.

Se quedó cerca de la puerta observándolo explorar.

Los dos balcones vecinos estaban separados por una división metálica fija. No llegaba completamente hasta el suelo; quedaba un espacio de unos pocos centímetros en la parte inferior, por donde pasaba el canal de desagüe que atendía a ambos apartamentos. Teo ya se había fijado en aquel detalle durante las visitas al inmueble, pero no le había dado importancia. El hueco parecía demasiado estrecho para que pasara por allí cualquier cosa que no fuera agua.

Milo no estaba de acuerdo.

El gato se agachó junto a la división y metió el hocico en el hueco.

—Milo.

Siguió olfateando.

Teo se acercó y vio una pata naranja avanzar un poco por debajo del metal.

—Ni se te ocurra.

Se agachó, sujetó a Milo por el cuerpo y lo apartó. El gato protestó de inmediato, retorciéndose entre sus brazos para volver a mirar el punto que acababa de descubrir.

—No cabes por ahí.

Milo soltó otro maullido.

—Y no me interesa descubrir si estoy equivocado.

Lo dejó en el suelo más cerca de la puerta y observó con atención el espacio inferior. Seguía siendo estrecho. Milo podía meter una pata, quizá parte de la cabeza, pero Teo no veía ninguna posibilidad de que su cuerpo entero atravesara aquello.

El gato ya había vuelto junto a la división.

Teo lo agarró otra vez.

—Se acabó la investigación por hoy.

Esta vez llevó a Milo dentro antes de que pudiera protestar. Todavía tenía que terminar algunas cosas, ducharse y dormir. El apartamento empezaba a parecer habitable, la música de al lado seguía baja y, pese a la irritación causada por Adrian, el primer día había sido bueno.

Muy bueno, en realidad.

Teo pasó una mano por el respaldo del sofá mientras atravesaba la sala.

Era su lugar.

Su silencio, sus cosas, su rutina, sus reglas.

Después de todo lo que había sido necesario para llegar hasta allí, estaba dispuesto a lidiar con algunas cajas pendientes, un gato excesivamente curioso e incluso con un vecino guapo que parecía haber desarrollado un placer personal en irritarlo.

Si Adrian era el mayor problema de aquel apartamento, Teo sobreviviría perfectamente.

A la mañana siguiente, todavía medio dormido, Teo se levantó y llamó a Milo.

No hubo respuesta.

Volvió a llamarlo.

El apartamento permaneció en silencio.

CAPÍTULO 2

Teo llamó a Milo por tercera vez antes de admitir que el silencio del apartamento no era normal. La noche anterior, el gato había dormido a los pies de la cama, obligándolo a acomodarse dos veces durante la madrugada para no empujarlo. Ahora el dormitorio estaba vacío, la puerta abierta y no llegaba ningún sonido desde la sala. Teo salió todavía descalzo, buscó detrás del sofá, entre las cajas que quedaban de la mudanza, en el baño, debajo de la mesa e incluso dentro del armario de la cocina que había dejado abierto durante unos minutos la noche anterior. Nada. La preocupación aumentó rápidamente. La puerta de entrada seguía cerrada con llave, las ventanas estaban cerradas o protegidas por las redes instaladas antes de la mudanza, pero la puerta de cristal del balcón estaba abierta unos centímetros. Teo se detuvo frente a ella. Estaba casi seguro de haberla cerrado antes de acostarse.

—¡Milo! —llamó, abriendo la puerta por completo y saliendo al balcón.

Nada. Examinó la red exterior, comprobando las fijaciones. No había roturas ni ningún espacio por el que el gato pudiera llegar a la fachada. Volvió adentro y repitió la búsqueda, esta vez de manera menos racional, abriendo puertas que ya había abierto y mirando en lugares donde Milo claramente no cabría. Fue entonces cuando oyó una voz masculina procedente del balcón vecino.

—Sabes que no vives aquí, ¿verdad? —decía Adrian. Hubo un maullido como respuesta—. No sirve de nada discutir conmigo.

Teo atravesó la sala de inmediato y volvió al balcón. Se acercó a la división metálica y vio a Milo sentado al otro lado, a pocos pasos de Adrian, perfectamente tranquilo, con la cola enrollada junto a las patas y sin dar ninguna muestra de que acababa de provocar algunos de los peores minutos de la mañana de su dueño. Primero llegó el alivio. La irritación apareció justo después.

—¡Milo!

El gato giró la cabeza hacia él. No se movió.

Adrian estaba agachado con una taza en la mano. Al ver a Teo, se levantó.

—Buenos días. Antes de que preguntes, apareció solo. Estaba tomando café cuando encontré a tu invasor en mi balcón.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Por su comportamiento, diría que socializando —respondió Adrian, mirando a Milo—. Iba a llamar a tu puerta, pero pensé que todavía estarías durmiendo.

—¿Cómo pasó?

—Creo que encontró una falla en la frontera.

—Quiero a mi gato.

—Petición justa. —Adrian se agachó para recogerlo, pero Milo caminó hacia un lado y volvió a sentarse—. Ya me hizo esto dos veces. Quizá no le gusta que lo carguen por la mañana.

Teo miró al animal con incredulidad.

—Me estás tomando el pelo.

—¿Yo o él?

—Los dos.

Adrian sonrió.

—Mi puerta está abierta. Puedes venir a buscar tu propiedad.

Teo volvió adentro, atravesó el pasillo y encontró la puerta del apartamento vecino entreabierta. Aun así, llamó antes de entrar.

—Puedes pasar —respondió Adrian desde dentro.

Era la primera vez que Teo cruzaba aquella puerta y, para su irritación, el apartamento no coincidía demasiado con la imagen que se había hecho de su dueño. Esperaba encontrar un desorden generalizado, ropa tirada y equipos abandonados por todas partes. Había muchas cosas, sí: libros en las estanterías, plantas en diferentes rincones, cámaras sobre una mesa, objetivos organizados, una mochila fotográfica abierta cerca del sofá y fotografías colgadas en una pared. El ambiente estaba lleno de cosas y era menos ordenado de lo que Teo querría para su propia casa, pero estaba lejos de ser caótico.

Milo entró por la puerta del balcón y caminó por la sala con una confianza ofensiva.

—Milo, ven aquí —ordenó Teo.

El gato se detuvo, lo miró y continuó caminando.

—Ahora está fingiendo que no te conoce —comentó Adrian, cerrando la puerta.

Teo se agachó.

—Milo.

Esta vez el gato se acercó. Teo lo tomó en brazos y de inmediato pasó las manos por su cuerpo, revisándole las patas, el vientre y el cuello. Milo protestó con un maullido irritado.

—Casi me matas de la preocupación —murmuró Teo antes de mirar a Adrian.

—Parece estar bien. Yo también lo revisé cuando apareció —explicó Adrian, sin bromear esta vez—. La red de mi balcón está intacta. Creo que pasó por debajo de la división. Está ese espacio cerca del suelo.

Teo recordó la pata naranja avanzando por debajo del metal la noche anterior y la seguridad con la que había concluido que Milo no cabría por allí.

—Pensé que el espacio era demasiado pequeño.

—Por lo visto, Milo no estuvo de acuerdo con la evaluación técnica.

Teo prefirió no responder. Todavía con el gato en brazos, miró un recipiente con agua en el suelo, cerca de la puerta del balcón, y luego a Adrian.

—¿Le diste algo de comer?

—No. Solo agua —respondió Adrian—. No sabía si tenía alguna restricción, así que pensé que era mejor no darle nada.

La respuesta era lo bastante sensata como para desarmar parte de la queja que Teo ya estaba preparando.

—Tiene su propia alimentación. Si vuelve a aparecer aquí, no le des comida sin hablar conmigo.

Adrian se apoyó en la encimera y cruzó los brazos.

—¿Estamos estableciendo las reglas de la custodia compartida?

—No existe ninguna custodia compartida. Es mío.

—Lo sé. Estoy bromeando.

—Lo haces bastante.

—Y tú te das cuenta todas las veces. Tenemos una dinámica eficiente.

Teo acomodó a Milo entre sus brazos.

—Solo estoy dejando claro que no quiero que nadie le dé cualquier cosa.

—Entendido. Agua permitida, comida prohibida, secuestro descartado.

—Sobre todo lo último.

—Qué pena. Ya estaba pensando en pedir rescate.

Teo se giró para salir, pero Adrian lo llamó antes de que llegara a la puerta.

—Teo. Dame tu número. Si vuelve a aparecer, será más fácil mandarte un mensaje que esperar a que te des cuenta de que perdiste al gato.

La propuesta tenía sentido, lo que eliminaba cualquier motivo razonable para que Teo se negara. Le dictó el número, esperó a que

Adrian hiciera una llamada rápida y sintió vibrar su propio teléfono en el bolsillo.

—Es solo para hablar de Milo —advirtió.

—Claro. Cancelaré los mensajes motivacionales que pensaba enviarte todas las mañanas.

Teo salió antes de que Adrian encontrara otro motivo para prolongar la conversación.

De regreso en su apartamento, dejó a Milo en el suelo y cerró la puerta. El gato fue inmediatamente a la cocina, se sentó frente a su plato y miró a Teo con la expectativa de quien consideraba la fuga matutina un asunto completamente cerrado.

—No creas que te has librado de esta —dijo Teo mientras le servía la comida—. Envejecí unos cinco años buscándote.

Milo empezó a comer. Teo fue hasta el balcón y se agachó frente a la división. Visto desde arriba, el espacio inferior seguía pareciendo estrecho, pero bastó con acercar el rostro al suelo para darse cuenta de que el canal de desagüe creaba unos centímetros adicionales. Pasó la mano por el hueco, calculando el espacio, y después miró al gato dentro del apartamento.

—De verdad pasaste por aquí.

Milo estaba demasiado ocupado con el desayuno como para demostrar orgullo.

Teo tomó el teléfono y se puso en contacto con Helena. Ya había hablado varias veces con ella durante el proceso de la mudanza y le explicó que el gato había conseguido pasar a la unidad vecina a través del espacio inferior de la división.

—¿Puedo cerrar eso con una placa? —preguntó—. ¿O colocar alguna red en la parte de abajo?

—De forma permanente, no —respondió Helena—. La división forma parte de la estructura exterior y ese espacio sigue el canal de desagüe de ambos balcones. Si lo cierras por completo, podrías perjudicar la salida del agua. Cualquier cosa fijada a la división o al suelo también necesita autorización del condominio.

Teo volvió a mirar el hueco.

—¿Entonces no puedo hacer nada?

—Puedes colocar alguna barrera removible que no obstruya el canal. Si quieres hacer una modificación permanente, primero tenemos que evaluarla. ¿Tu gato está seguro?

—Sí. Terminó en el balcón de al lado.

—¿La unidad vecina también tiene red de protección?

Teo miró la protección exterior, que continuaba a lo largo del balcón de Adrian.

—Sí.

—Al menos no hay acceso a la fachada. En cuanto pueda, revisaré lo de la división.

Teo le dio las gracias y terminó la llamada. Encontró una caja estrecha y lo bastante pesada entre las cosas que todavía no había organizado y la colocó frente al punto que Milo había utilizado, dejando espacio para que pasara el agua. La empujó, la probó, la movió unos centímetros, volvió a probarla y finalmente quedó satisfecho.

Milo apareció en la puerta del balcón.

—Se acabó.

El gato miró la caja.

—Puedes mirar todo lo que quieras. No vas a pasar.

Milo volvió adentro.

Durante el resto de la mañana, Teo mantuvo cerrada la puerta de cristal. Solo volvió a abrirla unas horas después, cuando estaría en casa y podría vigilar al gato. Milo salió, caminó por el balcón, olfateó algunas esquinas y terminó tumbándose donde daba el sol. Teo lo observó durante unos minutos antes de regresar a la mesa. Parecía resuelto. Consiguió concentrarse en el trabajo durante un rato hasta que, en un movimiento automático, se dio cuenta de que la mancha naranja había desaparecido de su campo de visión.

Se levantó.

La caja seguía frente a la división, pero uno de sus extremos se había desplazado ligeramente. Milo no la había empujado para abrirse paso; simplemente había encontrado espacio suficiente para rodearla y alcanzar otra vez el hueco inferior.

—No.

El teléfono vibró casi en el mismo instante. Teo miró la pantalla y vio el nombre que había guardado aquella mañana.

Adrian.

Abrió la conversación.

Había una fotografía de Milo sentado en medio de la sala del apartamento vecino, mirando directamente a la cámara.

Tu sistema de seguridad necesita mejoras.

Teo cerró los ojos por un instante antes de responder.

Voy a buscarlo.

El mensaje de Adrian apareció segundos después.

Informaré al huésped.

Teo atravesó el pasillo y llamó a la puerta. Adrian abrió casi de inmediato, todavía con el teléfono en la mano y una sonrisa que Teo ya empezaba a reconocer.

—Se tomó muy mal la noticia.

—¿Dónde está?

—En la sala, reconsiderando la relación de ustedes.

Milo estaba exactamente en el lugar que mostraba la fotografía. Teo entró, se agachó y lo tomó en brazos.

—¿No puedes quedarte en tu propia casa durante unas horas?

—Quizá esté atravesando una fase de independencia —sugirió Adrian, apoyándose contra la puerta.

—Tiene cinco años.

—Entonces empezó tarde.

Teo hizo ademán de marcharse, pero Adrian miró a Milo y después a él.

—Tengo que admitir que estoy impresionado. Construiste una barricada y aun así consiguió cruzarla.

—Eso no es una barricada.

—Para su tamaño, se parece bastante.

—Encontraré otra solución.

—Claro.

Había algo en la manera en que Adrian dijo aquello que hizo que Teo se detuviera.

—¿Qué?

—Nada.

—Tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La cara de alguien que está a punto de decir algo irritante.

Adrian sonrió.

—Empiezo a pensar que estás viendo esto como una competencia.

—No existe ninguna competencia.

—Estoy de acuerdo. Para que hubiera competencia, ambos lados tendrían que tener alguna posibilidad.

Teo permaneció en silencio.

Adrian señaló a Milo.

—Superó una barrera física para venir hasta aquí. Quizá tengas que aceptar que perdiste.

—¿Perdí qué?

—La preferencia.

Teo miró al gato entre sus brazos.

Milo estaba mirando a Adrian.

—Traidor.

Adrian se rio.

Teo regresó a su apartamento cargando a Milo y cerró la puerta un poco más fuerte de lo necesario. Dejó al gato en el suelo y lo señaló con el dedo.

—Conociste a ese hombre ayer.

Milo caminó tranquilamente hasta el sofá, subió y empezó a limpiarse.

Teo miró la pared que separaba ambos apartamentos. La noche de la mudanza había creído que su mayor problema sería tolerar a Adrian. Ahora empezaba a sospechar que Milo estaba dispuesto a asegurarse de que la convivencia fuera mucho más frecuente de lo que Teo pretendía.

A la mañana siguiente, Milo regresó del balcón mientras Teo preparaba café. El gato atravesó la sala, se rozó contra sus piernas y recibió una caricia automática en la parte superior de la cabeza. Teo solo notó que había algo diferente cuando se agachó.

Había un olor que conocía muy bien.

Premio para gatos.

Teo acercó el rostro a Milo y volvió a olerlo.

—No.

Milo se relamió.

Teo giró lentamente el rostro hacia la pared que separaba los apartamentos.

—No lo hizo.

Milo se sentó.

Teo lo miró.

—¿Lo hizo?

El gato se lamió una pata.

CAPÍTULO 3

Teo cruzó el pasillo con Milo en brazos y llamó dos veces a la puerta de Adrian. Cuando levantó la mano para llamar una tercera vez, la puerta se abrió. Adrian llevaba camiseta, vaqueros y calcetines, y sostenía un paquete pequeño en una mano. Bastó con que mirara primero a Teo, después a Milo y finalmente al paquete para darse cuenta de que cualquier intento de ocultar la prueba sería inútil.

—Buenos días.

Teo señaló el paquete.

—¿Qué es eso?

Adrian miró el objeto que tenía en la mano.

—Dependiendo del nivel de precisión que esperes en la respuesta, premios para gatos.

—¿Le diste eso?

—En mi defensa, hubo una campaña bastante agresiva.

—Ayer te dije que no alimentaras a mi gato.

—Lo recuerdo. Y lo respeté durante casi veinticuatro horas.

Teo se quedó mirándolo.

—¿De verdad crees que eso mejora la situación?

—Cuando lo dices así, me doy cuenta de que quizá no.

Milo se movió entre los brazos de Teo y estiró una pata hacia la puerta. Adrian lo vio.

—Ese gesto tampoco ayuda a tu argumentación.

Teo volvió a acercarse al gato contra su pecho.

—¿Por qué compraste premios para un animal que no es tuyo?

—Porque apareció temprano esta mañana, entró en mi cocina y pasó varios minutos sentado frente al armario maullando. Intenté ignorarlo. Subió el volumen. Intenté explicarle que no tenía nada para gatos. No mostró ningún interés por la explicación. Así que bajé y compré esto. —Adrian levantó el paquete—. Antes de que preguntes, es para gatos. Leí el envase.

—¿Saliste de casa específicamente para comprarle premios?

Adrian vaciló durante un segundo.

—Dicho de esa manera, parece una decisión más comprometida de lo que me gustaría admitir.

—Porque lo fue.

—Tal vez.

—Te pedí que no le dieras comida.

—Y no le di comida humana, leche, queso ni ninguna otra cosa irresponsable.

—No fue eso lo que te pedí.

Adrian apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—Estaba siendo muy convincente.

—Acababa de comer en casa.

—Esa información fue convenientemente omitida durante el interrogatorio.

—Adrian, es un gato.

—Y, al parecer, un mentiroso. Eso es grave.

Teo respiró hondo, conteniendo las ganas de arrancarle el paquete de la mano.

—No alimentes a Milo sin mi autorización. Es sencillo. No sabes cuánto come durante el día, no sabes cuál es la cantidad adecuada de premios y no eres responsable de su alimentación.

La sonrisa de Adrian disminuyó. Por primera vez desde que había abierto la puerta, pareció tomarse parte de la queja en serio.

—¿Tiene alguna alergia o restricción?

—No, pero ese no es el punto.

—De acuerdo. No voy a darle nada que pueda hacerle daño y puedo reducir bastante la cantidad.

Teo frunció el ceño.

—Te dije que no le dieras nada.

—Te escuché.

—Entonces, ¿por qué respondiste «reducir»?

Adrian miró a Milo.

—Porque sigue entrando en mi casa.

—Eso no te convierte en su dueño.

—Nunca dije que lo hiciera.

—Fuiste hasta una tienda a comprarle premios.

—Los premios no son una escritura de adopción.

—Siguen siendo comida.

—No sé si jurídicamente la clasificación es tan sencilla.

Teo permaneció en silencio durante unos segundos hasta comprender que Adrian ya había vuelto a provocarlo.

—Lo estás haciendo a propósito.

—Solo la parte jurídica.

—Estoy hablando en serio.

—Lo sé. —Adrian levantó el paquete—. Y también hablo en serio cuando digo que no voy a darle nada que pueda hacerle daño. Solo creo que estás tratando tres premios como si fueran un intento de quitarte la custodia.

—No existe ninguna custodia.

—Exactamente. Porque es tuyo.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

—Siempre he estado de acuerdo con eso.

Teo dejó a Milo en el suelo durante unos segundos para acomodarse la camiseta, que había quedado atrapada bajo el brazo del gato. En

cuanto sus patas tocaron el suelo, Milo se giró hacia la puerta de Adrian.

Teo puso un pie delante de él.

Adrian sonrió.

—Esto se está volviendo incómodo para ti.

—Es curioso.

—Claro.

—Acaba de mudarse. Todo es nuevo.

—Incluido yo.

—Sobre todo la posibilidad de conseguir comida en dos sitios.

Adrian miró a Milo.

—¿Oíste eso? Está reduciendo nuestra relación a puro interés alimenticio.

Teo volvió a coger al gato.

—No hables con él sobre mí.

—Esa regla ya existe. Lo había olvidado.

—Perfecto. Entonces recuerda también la otra.

—Lo intentaré.

La respuesta hizo que Teo apretara los labios.

—«Lo intentaré» no es una promesa.

—Precisamente por eso usé esas palabras.

Teo no vio ninguna utilidad en seguir discutiendo. Regresó a casa decidido a impedir que aquella conversación volviera a repetirse.

Aquella tarde salió durante un rato y regresó con una nueva placa para el collar de Milo. Era pequeña, ligera y sencilla, con letras lo bastante grandes como para poder leerse sin necesidad de sujetar al animal. Teo colocó la pieza junto a la placa de identificación y observó el resultado.

NO ME ALIMENTES

—Ahora ya no existe ninguna posibilidad de interpretación equivocada.

Milo intentó alcanzar la placa con los dientes.

—No. Eso no es comida. Es una instrucción.

El gato desistió después de varios intentos y caminó hacia el balcón. Teo lo siguió con la mirada mientras rodeaba la barrera, se agachaba junto a la división y desaparecía al otro lado.

Esta vez no lo llamó para que volviera.

Si Adrian necesitaba un recordatorio, lo recibiría directamente colgado del cuello del interesado.

Teo siguió con lo que estaba haciendo y, durante casi una hora, no oyó nada. Cuando Milo finalmente apareció de nuevo en la sala, llegó caminando tranquilamente, con la cola levantada y una expresión satisfecha. Teo se agachó para cogerlo y enseguida notó que había algo diferente sujeto al collar. Junto a la placa había una pequeña tarjeta doblada.

La quitó.

La abrió.

DIJO QUE SE ESTABA MURIENDO DE HAMBRE.

Teo la leyó una vez.

Después otra.

Miró a Milo.

—Tienes que estar bromeando.

El gato se frotó contra su pierna.

Teo levantó la tarjeta.

—No. Esto acaba de convertirse en una cuestión de principios.

Milo se dirigió hacia el sofá mientras Teo ya caminaba hacia la puerta.

Adrian abrió pocos segundos después de que llamara. La sonrisa apareció incluso antes de que Teo le mostrara la tarjeta, lo que confirmó que estaba esperando aquella visita.

—¿Tú pusiste esto en su collar? —preguntó Teo.

Adrian miró su propio mensaje.

—La letra quedó mejor de lo que esperaba.

—Puse una instrucción muy sencilla.

—Y yo respondí al comunicado.

—Usando a mi gato.

—Usé papel. El gato fue solo el servicio de mensajería.

—Adrian.

Intentó contener la sonrisa.

—Perdón, pero tienes que admitir que poner «no me alimentes» en un collar y mandar al gato de vuelta a mi casa exigía algún tipo de respuesta.

—Yo no lo mandé a tu casa.

—Él vino.

—Porque sigues recompensándolo.

—Un círculo vicioso. Complicado.

Teo levantó la tarjeta entre ambos.

—¿Le diste más premios?

—Uno.

—¿Solo uno?

—Pequeño.

—¿Ahora llevas la cuenta?

—Pensé que demostraría responsabilidad.

—Demuestra que ignoraste deliberadamente lo que te dije.

Adrian cruzó los brazos.

—Teo, no le estoy dando un paquete entero. Aparece, se sienta en la cocina y me mira hasta que le ofrezco algo.

—Ignóralo.

—¿Tú puedes ignorar esa cara?

—Llevo cinco años conviviendo con esa cara.

—Entonces sabes que no.

Teo abrió la boca para responder y se dio cuenta de que tenía una cantidad preocupante de ejemplos que demostraban que Adrian

tenía razón. Milo ya había conseguido premios, juguetes y al menos dos camas nuevas usando exactamente aquella estrategia.

—Eso no importa.

—Esa pausa sugiere que importa un poco.

—La cuestión es que yo soy responsable de él. Pago el veterinario, compro su comida, controlo su alimentación, limpio la caja de arena, le doy medicamentos cuando los necesita y sé exactamente qué come.

—Mientras yo aparezco con regalos y ninguna responsabilidad —concluyó Adrian, asintiendo—. Cada vez se parece más a una custodia compartida.

—No digas eso.

—Tú también te diste cuenta.

—No me di cuenta de nada.

Adrian empezó a contar con los dedos.

—«Pago el veterinario, compro la comida, limpio la caja». Solo faltó decir que yo me lo quedo los fines de semana y te lo devuelvo malcriado.

Teo sintió que la comisura de su boca amenazaba con moverse y endureció la expresión antes de que Adrian se diera cuenta.

Se dio cuenta.

—Casi te ríes.

—No me reí.

—Casi.

—Estás imaginando cosas.

—Lo vi.

—Entonces necesitas gafas.

Adrian sonrió todavía más.

Teo comprendió de inmediato que había cometido un error. En lugar de terminar con la provocación, había participado en ella.

—No cambies de tema. Quiero que dejes de alimentar a Milo.

—Y yo ya dije que puedo reducirlo.

—Esto no es una negociación.
—Se parece bastante a una negociación.
—No tienes nada que negociar.
—Tengo la posesión temporal y frecuente del interesado.
—Entra sin mi autorización.
—También entra sin la mía.
—Y tú le abres la cocina.
—No necesita una invitación formal para circular.
—¿Te das cuenta de lo absurda que es esta conversación?
Adrian permaneció unos segundos en silencio, mirándolo.
—Sí.

Teo también lo comprendió en aquel momento. Estaban de pie frente a dos puertas vecinas discutiendo derechos, responsabilidades, alimentación y tiempo de convivencia de un gato que cruzaba solo por el balcón.

Adrian soltó una carcajada.

—Esto parece una discusión de padres divorciados.
—No.
—Muchísimo.
—Ni empieces.
—Ya trajiste la hoja de cálculo de gastos. Yo soy claramente el irresponsable que compra regalos para ganarse su cariño.
—Eres el irresponsable que compra comida después de que yo te pidiera que no lo hicieras.
—¿Ves? Ya tenemos los papeles definidos.

Teo negó con la cabeza.

—Eres imposible.
—Y te estás tomando como algo personal que Milo me quiera.
—No me importa que le caigas bien.

Adrian miró hacia la puerta de Teo.

—Un poco.

—Me importa que ignores lo que te pido.

El humor en el rostro de Adrian disminuyó, aunque no desapareció por completo.

—No estoy intentando robarte el gato. Sé que es tuyo y no voy a darle nada que pueda hacerle daño. Puedo reducir los premios.

—Sigues sin poder decir que vas a dejar de dárselos.

—No.

—¿Por qué?

Adrian lo pensó durante un instante antes de responder:

—Porque probablemente sería mentira. Si entra en mi cocina, se sienta delante del armario y pasa diez minutos montando ese escándalo, hay bastantes posibilidades de que termine cediendo.

Teo respiró hondo.

—Entonces hablaré con Helena.

Adrian levantó las cejas.

—¿Por los premios?

—Por mi vecino alimentando a mi gato después de que le pidiera expresamente que no lo hiciera.

—Puedes hacerlo.

Teo esperó alguna señal de preocupación. Adrian simplemente abrió un poco más la puerta y apoyó una mano en el picaporte.

—¿Me estás animando a que me queje de ti?

—Siento verdadera curiosidad por saber si existe alguna cláusula en el reglamento sobre alimentar gatos invasores.

—Milo no es un invasor.

—Entra en mi casa sin invitación.

—Tú mantienes abierta la puerta del balcón.

—Ahora estás culpando a la víctima.

Teo entrecerró los ojos.

—¿Eres capaz de tomarte algo en serio?

La pregunta salió más dura de lo que pretendía. Adrian sostuvo su mirada durante unos segundos antes de responder, esta vez sin sonreír.

—Sí. Esto simplemente todavía no ha llegado a ese nivel.

A Teo no le gustó la respuesta, pero tampoco podía decir que Adrian estuviera tratando la salud de Milo de forma irresponsable. El problema era otro: Adrian simplemente no aceptaba que Teo decidiera por sí solo lo que sucedía dentro del apartamento de Adrian, incluso cuando aquello involucraba al gato de Teo. La discusión se había vuelto absurda y, peor aún, Adrian parecía decidido a disfrutarla.

—Si vuelve a aparecer hoy, no le des nada más —dijo Teo.

—Intentaré resistir.

—No es difícil.

—No has visto la actuación.

—La veo todos los días.

—Entonces lo sabes.

Teo decidió que era un buen momento para terminar la conversación.

—Buenas tardes, Adrian.

—Hasta la próxima audiencia.

Teo regresó a casa sin responder. Milo estaba sentado cerca de la puerta, esperando.

—Esto es culpa tuya.

El gato maulló.

—No me interesa tu versión.

Aquella noche, Teo ya estaba en el sofá cuando el teléfono vibró. Lo cogió y vio un mensaje de Adrian. Había una fotografía de Milo profundamente dormido en el sofá del apartamento vecino, con el vientre parcialmente hacia arriba, una pata doblada junto a la cara y la cabeza apoyada sobre un cojín. Parecía completamente instalado.

Debajo de la imagen, Adrian había escrito:

No recibió ningún premio. Antes de que preguntes.

Teo observó la fotografía durante unos segundos antes de responder.

Tiene que volver.

La respuesta apareció casi de inmediato.

Se lo comunicaré al señor.

Teo puso los ojos en blanco. Podría simplemente borrar la fotografía. Ya tenía cientos de imágenes de Milo en el teléfono, incluso algunas mucho mejores. Aun así, antes de cerrar la conversación, tocó la imagen y la guardó.

Milo había salido guapo.

Solo por eso.

Teo salió de la conversación con Adrian, abrió la aplicación del edificio y buscó el canal de contacto con la administración. Esta vez ya no sería otra discusión en el pasillo.

Empezó a escribir la queja formal.

CAPÍTULO 4

La respuesta a la queja formal de Teo llegó más rápido de lo que esperaba. Helena no parecía interesada en administrar una guerra por mensajes y convocó a los dos para hablar en persona. Cuando Teo entró en la pequeña sala de la administración, Adrian ya estaba sentado frente al escritorio, con una pierna cruzada sobre la otra y una expresión demasiado tranquila para alguien que estaba allí porque habían presentado una queja en su contra. Teo ocupó la silla de al lado y dejó el teléfono sobre su pierna, decidido a explicar la situación de manera sencilla. Helena esperó a que ambos se acomodaran y fue directamente al asunto.

—Teo informó que estás ofreciéndole comida a su gato incluso después de que te pidiera que no lo hicieras —dijo Helena, mirando a Adrian.

—Premios específicos para gatos —corrigió Adrian, sin ninguna señal de incomodidad—. Y nunca le di nada que pudiera hacerle daño. Milo entra por voluntad propia en mi apartamento, yo no voy a buscarlo a su casa y tampoco dejo la puerta abierta para atraerlo. Teo giró el rostro.

—Nadie te acusó de montar una trampa.

—Todavía.

—El problema es que actúas como si el hecho de que entre en tu casa te diera algún derecho sobre su alimentación —continuó Teo, volviendo la atención hacia Helena—. Ya expliqué que soy

responsable de lo que come Milo. Le pedí a Adrian que no le diera nada sin mi autorización y él decidió que aquello era una sugerencia.

—Decidí que tres premios no constituían una crisis del edificio —respondió Adrian, apoyando el antebrazo sobre el escritorio—. Pero admito que, por lo visto, me equivoqué en esa valoración.

Helena levantó una mano antes de que Teo pudiera responder y consultó la información que tenía frente a ella.

—Vamos a separar los temas porque están mezclando dos cosas. Primero, la circulación del gato. Ambos balcones están protegidos, las redes fueron instaladas correctamente y Milo no tiene acceso a la fachada. Pasa de un apartamento al otro únicamente por el espacio inferior de la división.

—Exactamente el espacio que yo quería cerrar —recordó Teo.

—Y que no puedes cerrar de forma permanente —respondió Helena—. La división forma parte de la estructura común y ese hueco sigue el canal de desagüe. No puedes colocar una placa, perforar la división ni fijar nada al suelo sin autorización, sobre todo si existe el riesgo de perjudicar la salida del agua.

Teo ya conocía la respuesta, pero escucharla otra vez no hizo que la situación resultara menos irritante.

—Entonces mantengo a Milo alejado del balcón.

Adrian, que hasta entonces parecía dispuesto a convertir cualquier frase en una provocación, se puso más serio.

—¿Vas a impedirle usar su propio balcón por mi culpa?

Teo lo miró.

—No es por tu culpa. Es porque no deja de cruzar.

—A un balcón que también tiene red y es seguro —continuó Adrian, sin sonreír—. Entiendo que no quieras que le dé comida. Esa parte podemos resolverla. Pero está claro que le gusta estar afuera. ¿Vas a cerrar la puerta cada vez que no puedas vigilarlo solo porque hay otro apartamento al otro lado?

La pregunta molestó a Teo porque tenía sentido. Desde los primeros días, Milo había convertido el balcón en uno de sus lugares favoritos.

Pasaba buena parte de la mañana tumbado donde daba el sol, observaba el movimiento a través de la red y parecía considerar aquel rincón del apartamento una parte esencial de su nueva rutina. Mantenerlo alejado de allí resolvería el problema de las visitas, pero también significaría limitar al gato únicamente porque Teo y Adrian no conseguían llegar a un acuerdo.

—No me gusta admitir cuando él tiene razón —le dijo Teo a Helena, señalando discretamente a Adrian—. Pero en este caso específico tiene un poco.

—Quiero que quede registrado ese «tiene razón» antes de que intentes retirarlo del acta —comentó Adrian.

—Dije «un poco».

Helena ignoró a los dos.

—Entonces el tema del paso es sencillo. No existe ninguna infracción mientras el animal circule únicamente entre dos áreas privadas seguras y ambos residentes lo permitan. Si alguno de los dos deja de permitirlo, tendremos que buscar otra solución que no interfiera con la estructura. El segundo tema es la alimentación, y ese no tiene por qué ser tan complicado como ustedes lo están haciendo parecer.

—Estoy de acuerdo —dijo Teo—. Milo es mío. Adrian no le da comida sin mi autorización. Resuelto.

—Eso sonó menos a acuerdo y más a decreto —observó Adrian. Helena lo miró.

—¿Y cuál sería tu propuesta?

Adrian pasó la lengua por el interior de la mejilla, conteniendo una sonrisa.

—Puedo dejar de comprar premios por mi cuenta. Si Teo me dice qué puede comer Milo y cuánto, lo respeto.

Teo analizó la propuesta. Era exactamente lo que quería desde el principio, aunque no pensaba recompensar a Adrian demostrando satisfacción.

—Yo proporciono los premios.

—De acuerdo.

—Y digo la cantidad.

—De acuerdo.

—No compras otros a escondidas.

—Teo, no tengo un mercado clandestino de comida para gatos.

—Me alegra saberlo.

Helena respiró hondo.

—Perfecto. Entonces tenemos un acuerdo.

Teo asintió, pero Adrian todavía parecía estar pensando en algo.

—Solo una duda —dijo, volviéndose hacia Helena—. ¿La queja menciona algo sobre alienación afectiva?

Teo cerró los ojos.

—Ni empieces.

—Pregunto porque me han acusado varias veces de comprar la preferencia del gato.

Helena mantuvo una expresión completamente seria.

—No existe en el reglamento del edificio ninguna norma sobre alienación afectiva de animales domésticos.

Adrian bajó el rostro y apretó los labios, intentando contener la risa. Sus hombros se movieron una vez.

—Gracias por la aclaración.

—Si te ríes, me voy —advirtió Teo.

—No me estoy riendo —respondió Adrian, todavía mirando hacia abajo.

—Casi.

—Me estoy comportando de manera ejemplar ante la administración.

Helena cerró lo que tenía frente a ella.

—Cumplan el acuerdo de los premios e intenten no volver aquí por esto.

Teo salió con la desagradable sensación de haber conseguido exactamente lo que quería y, aun así, Adrian se había divertido mucho más de lo que debería. Aquella misma tarde separó una

cantidad de los premios que Milo ya acostumbraba recibir, los puso en un recipiente pequeño y cruzó el pasillo. Adrian abrió la puerta y miró el recipiente que llevaba en las manos.

—¿Pensión alimenticia?

—No hagas que me arrepienta.

—Puedes pasar.

Teo entró y dejó el recipiente sobre la encimera de la cocina.

—Son estos. No necesitas comprar nada más. La cantidad está escrita en la tapa.

Adrian tomó el recipiente y leyó la anotación.

—De verdad escribiste la cantidad.

—Es exactamente lo que acordamos.

—Lo sé. Solo estoy admirando el nivel de compromiso.

—Si ya recibió alguno en casa, te aviso. Si tú le das aquí, también me avisas.

—De acuerdo.

—Y nada aparte de esto.

Adrian guardó el recipiente dentro de un armario.

—Entendido.

Teo esperó alguna provocación.

No llegó.

—¿Eso es todo? —preguntó, desconfiado.

—¿Querías algo más?

—No.

—Entonces estamos bien.

Teo salió antes de que Adrian cambiara de idea. Durante los días siguientes descubrió que el acuerdo se estaba cumpliendo con una precisión que no esperaba. Adrian no solo dejó de comprar premios diferentes, sino que empezó a registrar cada vez que le daba uno a Milo. A veces Teo recibía un mensaje corto diciendo que el gato había recibido uno; otras, Adrian enviaba una foto de Milo acompañada de la cantidad. La primera reacción de Teo fue pensar

que aquello era exagerado, hasta que se dio cuenta de que el sistema realmente funcionaba. Milo seguía cruzando cuando quería, pero Teo ya no corría a buscarlo. Sabía dónde estaba, sabía que ambos balcones eran seguros y, sobre todo, había dejado de encontrar motivos concretos para impedir las visitas. Quitarle el acceso al balcón únicamente para mantener a Milo alejado de Adrian empezaba a parecer más una disputa de ego que una medida de cuidado.

Algunos días después, el recipiente estaba casi vacío y Teo cruzó para rellenarlo. Adrian dejó la puerta abierta y le pidió que pusiera los premios en el mismo armario mientras terminaba lo que estaba haciendo. Teo entró y encontró la mesa de la sala ocupada por equipo fotográfico. Había dos cámaras, objetivos de diferentes tamaños, tarjetas de memoria, baterías y algunas piezas que no supo identificar. Adrian trabajaba en silencio, revisando cada objeto, limpiando un objetivo antes de guardarlo en un compartimento específico y marcando algo en una lista del teléfono. Nada estaba tirado. Nada parecía improvisado. Aquel cuidado contrastaba de una manera inconveniente con la imagen de irresponsable que Teo todavía prefería asociar con él.

—¿Vas a seguir mirando mucho tiempo o piensas continuar fingiendo que no sé cuidar mis cosas? —preguntó Adrian sin levantar la vista. Teo guardó el recipiente en el armario.

—No estaba mirando.

—Lo estabas haciendo desde hace suficiente tiempo como para que me diera cuenta.

—Solo me pareció curioso.

Adrian finalmente levantó el rostro.

—¿Curioso que sepa organizar mi equipo?

—Curioso que sepas organizar cualquier cosa.

Adrian apoyó las manos sobre la mesa y sonrió.

—¿Eso significa que gané algún punto?

Teo miró las cámaras cuidadosamente separadas y después a él.

—No. Solo dejaste de perder uno.

—Lo consideraré un progreso.

—Considera lo que quieras.

Teo regresó a su apartamento y encontró a Milo durmiendo en el sofá, aparentemente indiferente al tratado diplomático firmado en su nombre. La guerra no había terminado exactamente. Adrian seguía siendo irritante, Teo seguía desconfiando de buena parte de sus decisiones y ambos todavía encontraban oportunidades para provocarse mutuamente. La diferencia era que ahora existían reglas, y Adrian estaba cumpliendo todas.

Lo que Teo no notó de inmediato fue que los mensajes también empezaron a cambiar. Seguían llegando fotos de Milo, registros de premios y avisos sobre qué apartamento había elegido el gato para dormir. Pero, poco a poco, aparecía alguna observación innecesaria junto a ellos. Un comentario sobre el calor. Una queja por una entrega retrasada. Una provocación sobre el hecho de que Teo respondiera demasiado rápido para alguien que decía no querer conversar.

Y, más irritante que Adrian enviara aquellos mensajes, era que Teo siguiera respondiéndolos.

CAPÍTULO 5

En pocos días, Milo estableció una rutina que nadie había autorizado formalmente. Dormía parte de la tarde en el sofá de Teo, cruzaba al balcón de Adrian cuando quería, volvía para comer y, a veces, desaparecía otra vez antes del anochecer. Teo ya no iba a buscarlo cada vez. Adrian cumplía el acuerdo de los premios, enviaba los registros y, cuando el gato tardaba más de lo habitual, mandaba una fotografía para confirmar que todo estaba bien. El problema era que los mensajes rara vez terminaban ahí.

Tu hijo está ocupando la mitad del sofá.

Teo miró la foto de Milo estirado sobre un cojín.

También ocupa la mitad del mío.

Entonces el problema es estructural.

El problema es que tú lo incentivas.

Pidió apoyo emocional.

Teo debería haber terminado la conversación. En cambio, respondió:

Pide comida usando exactamente la misma estrategia. No confíes en él.

Adrian envió una fotografía de cerca del rostro de Milo.

¿Miras esto y aun así eliges desconfiar?

Teo dejó el teléfono sobre la mesa, negándose a continuar. Dos minutos después, volvió a cogerlo para comprobar si Adrian había enviado algo más.

No lo había hecho.

Teo se irritó con él sin una razón del todo clara.

La rutina continuó hasta que un paquete destinado a Adrian acabó en manos de Teo. El repartidor apareció durante la tarde, confirmó el número de apartamento equivocado y ya estaba entrando en el ascensor cuando Teo revisó mejor y vio el nombre en la etiqueta. La caja llevaba avisos de producto refrigerado. Teo cogió el teléfono y fotografió la etiqueta.

Esto llegó aquí. Es tuyo.

Adrian respondió unos minutos después.

Sí. Estoy trabajando fuera y no vuelvo hasta esta noche.

Teo volvió a mirar los avisos del paquete.

Dice que debe mantenerse refrigerado.

La respuesta llegó casi de inmediato.

Lo sé. Se suponía que llegaría más tarde. ¿Puedes meterlo en tu nevera? Si se queda fuera hasta que vuelva, se estropea.

Teo se quedó mirando el mensaje. Su primer impulso fue explicarle que no era responsable de los paquetes de Adrian, que el repartidor se había equivocado de puerta y que aquello debía resolverse entre Adrian y la empresa. Después miró la caja, volvió a leer la advertencia sobre la refrigeración y comprendió que negarse sería únicamente un intento infantil de no ayudar.

Puedo.

Acabas de salvar mi trabajo.

Salvé una caja.

Déjame romantizarlo.

Teo no respondió. Abrió el paquete solo lo necesario para acomodar los recipientes en la nevera y volvió al trabajo. No fue hasta casi el final de la tarde cuando se dio cuenta de que Adrian todavía no había aparecido y de que él tampoco se había detenido a cenar. Cuando por fin sonó el timbre, ya había pasado la hora a la que solía comer.

—Vengo a buscar a los rehenes —dijo Adrian en cuanto Teo abrió la puerta.

—Están en la nevera.

—Y yo empezaba a pensar que ibas a exigir una negociación.

—A diferencia de ti, yo no alimento cosas que pertenecen a otras personas sin autorización.

Adrian soltó una carcajada y solo entró cuando Teo se hizo a un lado. Teo sacó los recipientes de la nevera y volvió a colocarlo todo dentro de la caja.

—¿Qué es esto?

—Parte de un trabajo de hoy. —Adrian revisó los recipientes antes de cerrar la caja—. Fotografía gastronómica. Sobraron algunos ingredientes y tenía que traerlos de vuelta conmigo.

Teo lo miró.

—¿Fotografías comida?

—Entre otras cosas. Publicidad, restaurantes, campañas, productos. Depende del trabajo.

—Así que por eso tienes media tienda de cámaras en la sala.

—Exactamente. Me alegra que por fin hayas llegado a la conclusión de que no colecciono equipo como decoración.

Teo empujó la caja hacia él.

—Está todo ahí.

Adrian la sujetó por los lados, pero no se marchó de inmediato.

—¿Ya cenaste?

Teo vaciló.

—¿Eso tiene algo que ver con la caja?

—Tiene que ver con que tengo comida preparada en casa y tú salvaste los ingredientes que necesito entregar mañana. Preparé un plato después de la sesión y sobró bastante. Puedes llevarte una porción.

—No hace falta.

—Ya sé que no hace falta. Te la estoy ofreciendo.

—Estoy bien.

El estómago de Teo eligió precisamente aquel momento para emitir un ruido bajo, pero perfectamente audible en el silencio de la cocina. Adrian miró su vientre y después su rostro.

—¿Ha sido una manifestación independiente o quieres reconsiderarlo?

Teo cerró los ojos durante un segundo.

—No almorcé bien.

—Entonces ven a comer.

—Dijiste que podía llevármelo.

—Puedo prepararte un recipiente si entrar en mi apartamento viola algún protocolo, pero la comida ya está lista y yo también voy a cenar.

Teo debería haber elegido el recipiente. Habría sido más sencillo, más rápido y no implicaría pasar más tiempo del necesario en el apartamento de Adrian. En cambio, miró el reloj, la cocina todavía sin nada preparado y soltó el aire.

—Está bien.

—Ese entusiasmo es contagioso —comentó Adrian mientras regresaba al pasillo con la caja.

—No lo arruines.

Teo cerró su apartamento y lo acompañó. Milo no estaba con ninguno de los dos en aquel momento, lo que significaba que, por primera vez desde que había empezado aquella convivencia, Teo entraba en casa de Adrian sin haber ido a buscar al gato, entregar premios o resolver algo relacionado con él. La constatación llegó demasiado tarde como para inventar una excusa y regresar.

Adrian llevó la caja a la cocina, guardó los recipientes y puso dos platos sobre la encimera. La comida ya estaba preparada y solo tuvo que calentarla. Teo se sentó a la mesa mientras observaba a Adrian moverse por el espacio con una familiaridad que encajaba con todo lo que había empezado a notar durante los últimos días: podía ser informal, podía dejar una mochila junto al sofá y tener demasiadas

plantas, pero no era el desastre ambulante que Teo había decidido que era aquella primera tarde.

—Entonces, ¿siempre trabajas con comida? —preguntó Teo cuando Adrian se sentó.

—No. Es una parte importante, pero hago otros trabajos publicitarios. La comida paga las facturas y además tiene la ventaja de que a veces sobra la cena.

Teo probó el primer bocado y se quedó en silencio.

Adrian se dio cuenta.

—Puedes elogiarlo. No voy a usarlo en tu contra.

—Está bueno.

—¿Ha sido doloroso?

—Un poco.

Adrian sonrió y empezó a comer. La conversación continuó sin demasiado esfuerzo. Adrian explicó algunas de las dificultades de fotografiar platos que debían mantenerse visualmente perfectos durante horas, habló de clientes que cambiaban de idea cuando ya estaba todo preparado y comentó que parte del trabajo consistía en resolver problemas sin dejar que el cliente se diera cuenta de que algo había salido mal. Teo descubrió que le gustaba escucharlo hablar de fotografía porque, a diferencia de sus provocaciones habituales, Adrian se concentraba más cuando explicaba su propio trabajo. Seguía haciendo bromas, pero había una atención auténtica en la forma en que describía el proceso.

—Una vez pasé casi dos horas intentando fotografiar un helado antes de que empezara a derretirse —contó Adrian—. Mi ex decía que era la profesión perfecta para mí porque por fin había encontrado algo más dramático que yo.

Teo estaba llevándose el tenedor a la boca y se detuvo durante una fracción de segundo.

Mi ex.

Adrian continuó la historia sin cambiar de tono.

—También decía que tenía que dejar de traer comida del trabajo a casa porque nuestra nevera nunca tenía espacio para nada normal. En eso tenía razón. —Adrian señaló su propia nevera—. Todavía tengo el mismo problema.

Teo escuchó el resto, pero una parte de su atención se había quedado atrapada en la frase anterior. No había habido vacilación, preparación ni ninguna preocupación por su reacción. Adrian simplemente había mencionado a un antiguo novio en medio de una historia sobre el trabajo porque aquella información formaba parte de la historia.

Teo ya sabía que le parecía guapo. Lo había notado el primer día y había tratado aquella constatación como algo irrelevante porque los hombres guapos seguían siendo perfectamente capaces de irritarlo profundamente. Lo que no sabía hasta aquel momento era que Adrian se relacionaba con hombres.

La información debería haber sido solo eso.

Una información.

En cambio, cambió algo.

—Te has quedado callado —observó Adrian, llevándose el vaso a la boca—. ¿Tan mala era la historia del helado?

—No. Estaba comiendo.

Adrian miró su plato.

—Dejaste de comer.

Teo volvió a coger el tenedor.

—Ahora ya no.

—Bien. Empezaba a preocuparme por mi reputación.

Adrian no dio ninguna señal de sospechar nada. No preguntó por qué Teo había reaccionado, no investigó su propia mención del ex y, sobre todo, no pareció considerar aquello una revelación. Para él era algo natural. Teo sintió una incomodidad que no tenía nada que ver con Adrian y se apresuró a enterrarla antes de que pudiera reflejarse en su rostro.

La conversación pasó a otros temas. Teo contó algunas cosas sobre su trabajo sin entrar demasiado en detalles, Adrian hizo una cantidad razonable de comentarios sobre el hecho de que parecía tener opiniones firmes acerca de prácticamente todo y, en algún momento, Teo se dio cuenta de que habían terminado de comer hacía varios minutos, pero ninguno de los dos parecía tener prisa por terminar la noche. Eso fue suficiente para que mirara el reloj.

—Debería irme.

Adrian recogió los platos.

—¿Tienes toque de queda?

—Tengo cosas que hacer.

—Claro. No quiero perjudicar tu horario.

—Gracias por la comida.

Adrian se detuvo con los platos en las manos y levantó una ceja.

—¿Eso ha sido un agradecimiento de verdad?

—No lo arruines.

—Voy a anotar la fecha.

Teo negó con la cabeza y salió. La distancia entre las dos puertas nunca le había parecido especialmente grande, pero aquella noche fue suficiente para que se irritara consigo mismo antes incluso de entrar en casa. Cerró la puerta, encontró a Milo tumbado en el sofá y dejó las llaves sobre la encimera.

Adrian era gay.

No había ninguna razón para que aquella información importara. Teo no tenía intención de hacer nada al respecto, Adrian seguía siendo el mismo vecino que lo provocaba, alimentaba a su gato y parecía disfrutar descubriendo nuevas formas de irritarlo. Nada había cambiado.

Aun así, Teo recordaba su sonrisa durante la cena. La facilidad con la que hablaba. Sus manos moviéndose mientras explicaba su trabajo. La camiseta sencilla que hacía más evidentes sus brazos cuando se apoyaba en la mesa. Darse cuenta de que estaba reconstruyendo

mentalmente detalles físicos de Adrian fue suficiente para interrumpir el pensamiento.

—No —dijo en voz baja.

Milo abrió un ojo.

—Ni empieces.

El gato volvió a dormirse.

El teléfono vibró poco después. Teo esperaba encontrar un mensaje de Adrian y sintió un extraño alivio cuando vio el nombre de su padre.

*Paso por ahí el fin de semana para conocer por fin el apartamento.
¿Te va bien el sábado?*

Teo leyó el mensaje dos veces. El interés por Adrian perdió espacio de inmediato.

Victor finalmente vendría.

CAPÍTULO 6

El sábado por la mañana, Teo ya había reorganizado dos veces objetos que estaban perfectamente ordenados. El cojín del sofá cambió de posición, volvió a su lugar anterior y terminó exactamente donde había empezado. Los pocos objetos que todavía no tenían un lugar definitivo desaparecieron dentro de un armario, la encimera de la cocina estaba limpia e incluso los cables cerca del televisor habían quedado sujetos de una manera que probablemente solo él notaría. Milo observaba todo tumbado en el sofá, moviendo únicamente la cabeza cada vez que Teo cruzaba la sala.

—No estoy nervioso —le informó al gato mientras ajustaba por tercera vez un libro en la estantería.

Milo bostezó.

—Solo quiero que esté ordenado.

El timbre sonó antes de que Teo encontrara otra cosa que corregir. Abrió la puerta y Victor entró cargando una caja de herramientas en una mano y una bolsa de comida en la otra.

—¿Ya comiste? —preguntó antes siquiera de saludarlo como correspondía.

—Buenos días para ti también.

—Buenos días. ¿Ya comiste?

—Sí.

Victor le entregó la bolsa.

—Entonces guárdalo para después.

Teo se hizo a un lado y su padre entró mirando alrededor. Victor no era un hombre que demostrara entusiasmo con facilidad. Incluso fuera de la etapa más activa de su carrera militar, había algo en su postura que seguía siendo recto, controlado, y Teo siempre había considerado imposible saber durante los primeros segundos si a su padre algo le había gustado o le había parecido horrible.

—Quedó bien —dijo Victor después de recorrer la sala con la mirada. Teo se relajó discretamente.

—Todavía me falta terminar algunas cosas.

—Siempre falta algo.

Victor dejó la caja de herramientas en el suelo. Milo se acercó a investigar la novedad, olfateó una de las esquinas y recibió una breve caricia en la parte superior de la cabeza.

—Y este sigue gordo.

—No está gordo.

—Está más grande que la última vez que lo vi.

—Porque hace mucho que no lo ves.

—Entonces lleva mucho tiempo más grande.

Teo prefirió no discutir. Le enseñó el resto del apartamento, escuchó comentarios sobre el tamaño de la cocina, la posición de la mesa y la iluminación de la sala, y respondió a preguntas prácticas sobre la financiación, los gastos del edificio y el vecindario. Victor no necesitaba conocer todos aquellos detalles, pero preguntar era su manera de participar. Cuando Teo comentó que un enchufe estaba funcionando mal, su padre abrió la caja de herramientas de inmediato.

—Pensaba llamar a alguien para que lo revisara.

—¿Para qué? —preguntó Victor, ya agachándose junto al enchufe—. Dame el destornillador pequeño.

Teo se lo entregó.

La visita se convirtió rápidamente en una inspección. Victor revisó el enchufe, criticó la forma en que la constructora había terminado

parte de los acabados y encontró una pequeña diferencia en la alineación de una puerta que Teo todavía no había notado.

—Ahora nunca voy a poder dejar de verlo —se quejó Teo.

—Mejor verlo mientras todavía puedes reclamar.

—Vivía perfectamente bien en la ignorancia.

—Compraste un apartamento nuevo. La ignorancia sale cara.

Después del enchufe, Victor decidió que la estantería que Teo todavía pensaba instalar debía quedar resuelta aquel mismo día. Teo buscó las piezas y ambos se pusieron a trabajar en la sala. Victor midió la pared, le pidió a su hijo que sostuviera la estantería en posición y retrocedió unos pasos.

—Yo la habría puesto más a la izquierda.

—Yo la quiero aquí.

—Va a quedar estrecho si algún día decides poner otro mueble en esta esquina.

—No voy a hacerlo.

Victor volvió a mirar la sala.

—Yo también habría cambiado de sitio el sofá y el televisor.

—Lo sé.

—Y probablemente habría comprado otro apartamento.

Teo giró el rostro.

—¿No te gustó?

La pregunta salió antes de que pudiera evitarla. Victor notó su reacción y frunció ligeramente el ceño.

—Yo no dije eso.

—Dijiste que habrías comprado otro.

—Para mí. —Victor se colocó el lápiz detrás de la oreja y señaló el espacio—. Yo habría elegido otra distribución, otro piso y probablemente otra disposición. Pero yo no vivo aquí.

Teo siguió sosteniendo la estantería.

Victor volvió a medir la pared.

—Yo puedo pensar que habría hecho las cosas de otra manera. Eso no significa que tú tengas que vivir como yo. La casa es tuya. Tiene que funcionar para ti.

Teo no respondió de inmediato.

Era una frase sencilla, y probablemente cualquier otra persona no habría guardado aquello. Teo sí lo hizo. Al mismo tiempo, sabía que un apartamento, un sofá y la posición de una estantería pertenecían a una categoría de diferencias mucho más sencilla. Había decisiones con las que Victor podía estar en desacuerdo y seguir adelante.

Otras, Teo nunca había tenido el valor de poner a prueba.

—Sujeta bien —ordenó Victor, señalando uno de los extremos de la estantería.

Teo corrigió la posición.

—La estoy sujetando.

—Estaba torcida.

—Eres insoportable cuando tienes una herramienta en la mano.

—¿Y de quién lo heredaste?

Teo sonrió sin querer y siguió ayudándolo. La estantería estaba casi terminada cuando sonó el timbre. Soltó el extremo después de que Victor le asegurara que podía sostenerla solo y fue hasta la puerta.

Al abrirla, se encontró con Adrian.

Llevaba en la mano el recipiente de los premios.

—Se acabaron —dijo Adrian, levantándolo—. Vine a devolverlo antes de que me acusen de malversación de patrimonio.

La reacción de Teo fue instantánea. Su cuerpo se puso más rígido y la sonrisa que todavía le quedaba de la conversación con Victor desapareció. Cogió el recipiente sin abrir más la puerta.

—Gracias.

Adrian lo miró y después miró por encima de su hombro. Victor había dejado la estantería y se acercaba.

—¿Quién es? —preguntó su padre.

Teo abrió la puerta lo suficiente como para que no pareciera que intentaba impedir cualquier contacto.

—Adrian. Mi vecino de al lado. Adrian, mi padre, Victor.

Adrian le tendió la mano.

—Encantado.

Victor se la estrechó.

—Victor.

—Su hijo y yo estamos gestionando una pequeña cuestión territorial —comentó Adrian, señalando el recipiente que Teo sostenía—. Su gato prácticamente ya tiene dos apartamentos.

Teo sintió que la tensión aumentaba sin que Adrian hubiera dicho absolutamente nada inapropiado.

—Milo pasa por la división de los balcones —explicó demasiado rápido—. Ya hablé con la administración. Todo es seguro.

Victor miró al gato, que había aparecido detrás de Teo, y después a Adrian.

—Al menos eligió el apartamento de al lado. Podría dar más trabajo.

—Yo, personalmente, lo considero un honor —respondió Adrian—. Teo tiene otra opinión.

—Se preocupa demasiado por ese gato —dijo Victor con tono seco, aunque no hostil.

—Me di cuenta.

Teo apretó con más fuerza el recipiente.

—Después pongo más y te lo llevo.

Adrian apartó la mirada de Victor y la dirigió hacia Teo. El cambio de comportamiento no había pasado desapercibido. Teo estaba hablando de forma más breve, controlando la expresión y, sobre todo, intentando claramente terminar la visita.

—No hay prisa —respondió Adrian—. Solo venía a devolverlo.

—Bien. Gracias.

Adrian siguió mirándolo durante un instante.

—Nos vemos luego.

—Nos vemos.

Teo cerró la puerta y permaneció quieto durante un segundo antes de regresar a la sala. Victor ya había vuelto a la estantería y no demostraba ningún interés especial por el encuentro.

—Parece tranquilo —comentó simplemente.

—Sí.

—Por lo menos no te tocó un vecino que se queja por cualquier ruido.

Teo estuvo a punto de reírse por la ironía.

—No. Ese problema definitivamente no lo tiene.

Victor continuó trabajando, pero la aparición de Adrian había hecho que Teo fuera más consciente de la presencia de su padre dentro del apartamento. No porque Adrian supiera algo sobre él. No lo sabía. Para Adrian, Teo era únicamente el vecino irritante dueño del gato que invadía su casa. No existía ningún secreto entre los dos que Victor pudiera descubrir. Aun así, había bastado con que Adrian apareciera en la puerta para que Teo sintiera ponerse en marcha el viejo mecanismo: postura controlada, palabras cuidadosamente elegidas, deseo de terminar cualquier interacción antes de que sucediera algo imprevisible.

Sabía de dónde venía aquello.

No necesitaba buscar demasiado en la memoria. Todavía recordaba estar sentado en la sala de casa durante la adolescencia cuando una pareja de hombres apareció en una serie que Victor estaba viendo. Su padre había hecho un comentario seco de desaprobación y cambió de canal poco después. No había sido una conversación dirigida a Teo. Victor ni siquiera sabía que su hijo guardaría aquello durante años. Después llegaron otras frases, observaciones sobre hombres que no encajaban con la idea rígida de masculinidad que él consideraba correcta, opiniones desperdigadas a lo largo del tiempo y nunca pensadas como amenazas.

Teo las había escuchado todas.

Y había aprendido demasiado pronto a no darle a su padre ningún motivo para dirigir aquellas opiniones hacia él.

—Pásame el tornillo pequeño —pidió Victor.

Teo volvió a prestar atención y le entregó la pieza.

El resto del trabajo terminó sin dificultades. Victor revisó la estantería dos veces, tiró de ella para comprobar la fijación y solo entonces declaró que era segura. Guardó las herramientas mientras Teo limpiaba la pequeña suciedad que había quedado en el suelo.

—No hace falta que limpies ahora —dijo Victor.

—Si no limpio ahora, se va a quedar ahí.

—Se va a quedar diez minutos.

—Exactamente.

Victor negó con la cabeza mientras guardaba la última herramienta.

—Siempre has sido así.

—Hablas como si no tuvieras ninguna responsabilidad en eso.

—Yo te enseñé organización. Esa obsesión la desarrollaste tú solo.

Teo terminó de limpiar y se levantó. Victor volvió a recorrer la sala con la mirada. La estantería estaba instalada, el enchufe funcionaba y el apartamento había sobrevivido a la inspección.

—¿Eres feliz aquí? —preguntó.

La sencillez de la pregunta sorprendió a Teo.

Miró a su alrededor. La sala que había tardado años en conseguir, las cajas que finalmente habían desaparecido, Milo ahora tumbado cerca de la puerta del balcón. Pensó en el silencio que le gustaba, en la rutina que empezaba a construir e incluso en el vecino de al lado que estaba haciendo aquella rutina mucho menos previsible de lo que había planeado.

—Sí.

Victor asintió.

—Entonces eso es lo que importa.

Cogió la caja de herramientas, se negó cuando Teo le ofreció ayuda y caminó hacia la puerta. Teo se la abrió.

—Come lo que te traje —dijo Victor antes de salir—. No dejes que se eche a perder en la nevera.

—Lo voy a comer.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre como.

—Dos días después.

Teo sonrió.

—Adiós, papá.

—Adiós.

Victor siguió hacia el ascensor y Teo cerró la puerta. La visita había sido exactamente lo que esperaba: comentarios, reparaciones, críticas a los acabados, comida dejada en la nevera y ninguna demostración sentimental que necesitara ser nombrada para que Teo supiera lo que significaba.

Aun así, mientras volvía a la sala, recordó la mirada de Adrian antes de marcharse.

Había notado el cambio.

CAPÍTULO 7

Adrian esperó hasta el día siguiente para comentar lo de Victor. Teo estaba en el balcón observando a Milo cruzar por la abertura inferior de la división cuando oyó deslizarse la puerta del otro apartamento. El gato desapareció hacia el lado vecino y Adrian apareció pocos segundos después con una taza en la mano y Milo moviéndose entre sus piernas.

—¿Tu padre siempre es así? —preguntó Adrian, apoyándose contra la división.

—¿Así cómo? —preguntó Teo, mirándolo sin entender exactamente a qué se refería.

—Más serio que tú, cosa que no sabía que fuera posible. —Adrian bebió un sorbo antes de añadir, todavía con tono casual—. Tú también cambiaste cuando apareció. Parecías otra persona.

La observación golpeó a Teo demasiado rápido. Desvió la mirada hacia Milo y respondió antes de pensar en una forma menos defensiva.

—No conoces a mi familia.

—No la conozco. Solo fue un comentario —admitió Adrian, percibiendo de inmediato el cambio.

—Entonces déjalo como comentario.

Adrian permaneció unos segundos en silencio, y Teo ya esperaba una provocación, una pregunta sobre Victor o cualquier intento de averiguar por qué se había puesto tenso. No llegó nada.

—Está bien. Tema cerrado —respondió Adrian, dando otro sorbo al café.

Se agachó para acariciar a Milo y empezó a hablarle al gato de cualquier cosa, dejando a Teo solo con la irritación que él mismo había creado. El hecho de que Adrian hubiera retrocedido con tanta facilidad debería haberlo dejado satisfecho. En cambio, le produjo la incómoda sensación de haber sido más brusco de lo necesario.

El fin de semana, Teo regresó a casa con una caja demasiado grande para caber en el ascensor sin tener que girarla dos veces. El árbol para gatos tenía cuatro niveles, dos rascadores, una pequeña cueva y una plataforma superior que, según el embalaje, prometía «estimulación, ejercicio y enriquecimiento ambiental». Teo no creía en la publicidad, pero sí creía que Milo necesitaba más cosas interesantes dentro de su propio apartamento. Desde que había empezado a cruzar a casa de Adrian, el gato parecía pasar allí una cantidad ofensiva de tiempo. Teo no estaba intentando competir. Solo estaba corrigiendo una evidente falta de estímulos. Al menos eso fue lo que se repitió mientras abría la caja en medio de la sala y organizaba todas las piezas por tamaño antes de empezar. Milo observó el proceso durante unos minutos, olfateó una de las tablas y perdió el interés.

La primera media hora fue bien. Durante la siguiente, Teo descubrió que dos piezas prácticamente idénticas no eran, de hecho, idénticas. Desmontó parte de lo que ya había armado, consultó el manual y empezó de nuevo. Algún tiempo después, necesitó aplicar más fuerza en una de las conexiones y produjo una sucesión de golpes lo bastante fuerte como para que alguien llamara a la puerta. Teo dejó la llave Allen y fue a abrir. Adrian estaba al otro lado con Milo en brazos.

—Tu hijo vino a pedir asilo. Por el ruido, pensé que estabas demoliendo una pared —dijo Adrian.

—Estoy montando una cosa —respondió Teo, abriendo más la puerta porque Milo ya empezaba a moverse para bajar.

Adrian dejó al gato en el suelo y miró hacia la sala. Su expresión cambió de inmediato.

—Dios mío.

—¿Qué? —preguntó Teo, siguiendo su mirada hacia las tablas, tornillos, postes cubiertos de sisal y partes de la estructura esparcidas por el suelo.

—Compraste un condominio vertical para recuperar a tu gato.

—No lo compré para recuperar a nadie.

—Claro que no. ¿Cuántos pisos tiene? —preguntó Adrian, entrando un par de pasos y todavía observando la estructura.

—Cuatro.

—¿Ático?

—Plataforma superior.

—Entonces tiene ático. Milo va a abandonar mi apartamento en cuanto descubra que ahora posee una propiedad de lujo.

—¿Ya terminaste de reírte? Porque tengo cosas que hacer —preguntó Teo, volviendo al suelo.

—Todavía no, pero puedo reírme mientras ayudo —respondió Adrian, agachándose junto a las piezas y cogiendo el manual antes de que Teo pudiera impedirselo. Recorrió la página con la mirada y luego observó la estructura parcialmente montada—. Esto está al revés.

—No lo está —respondió Teo, girando lentamente el rostro.

—Este lado va hacia dentro. Si sigues así, la siguiente plataforma no va a encajar —explicó Adrian, señalando primero el dibujo y después una de las piezas.

—Ya lo comprobé.

—Entonces compruébalo otra vez.

Teo le quitó el manual de la mano, miró el dibujo y se dio cuenta del pequeño detalle que había pasado por alto. La pieza sí estaba invertida.

—El manual está mal hecho.

—Naturalmente. La industria de muebles para gatos claramente está conspirando contra ti —respondió Adrian con absoluta seriedad.

—No necesito ayuda.

—Lo sé. Solo te llevará otras tres horas si lo haces solo —dijo Adrian, permaneciendo agachado.

—Dos.

—Dos y media.

Teo miró la pieza invertida y después a Adrian.

—¿Sabes montar esto?

—Sé seguir dibujos.

—Entonces no empieces a inventar cosas.

—Es encantador recibir tanta confianza.

Adrian se quedó.

El trabajo que había estado irritando a Teo avanzó mucho más rápido con cuatro manos, aunque no tenía intención de admitirlo. Adrian sujetaba las partes más grandes mientras Teo apretaba los tornillos, y después intercambiaban posiciones cuando necesitaban levantar la estructura. Las provocaciones continuaron, pero la actividad exigía suficiente atención como para impedir discusiones largas. En determinado momento, ambos se agacharon a la vez para coger la misma pieza y sus manos se tocaron. Teo retiró la suya un instante después, intentando actuar como si no lo hubiera notado.

Más tarde tuvieron que levantar juntos una de las plataformas, y Adrian se colocó demasiado cerca mientras Teo encajaba el tornillo. Su brazo rozó el de Teo y después su pecho tocó brevemente su hombro cuando se inclinó para ver el encaje. Teo era perfectamente consciente del cuerpo que estaba a pocos centímetros del suyo. Conocía la forma de los brazos bajo la camiseta, la cercanía de su rostro, el aroma discreto que provenía de él. Era demasiado consciente de todo, y eso hizo que de repente le resultara difícil concentrarse en una pieza que debería haber sido sencilla.

—Más a la izquierda —murmuró Adrian.

—Lo sé.

—Estás intentando encajarlo en el lugar equivocado.

Teo levantó la mirada. Adrian ya lo estaba mirando. El siguiente comentario, que probablemente habría sido alguna provocación, no llegó. Durante un segundo, ninguno de los dos se movió. La mano de Adrian seguía sosteniendo la plataforma cerca de la de Teo, sus cuerpos próximos debido al poco espacio entre la estructura y el sofá. Teo sintió la tensión de una forma demasiado clara como para fingir que solo era irritación. Adrian pareció notar algo también, porque su expresión perdió el humor habitual y su mirada descendió brevemente hasta la boca de Teo antes de volver a sus ojos. No hizo nada. Simplemente retrocedió lo suficiente para devolver algo de espacio entre ellos.

—Ahora encaja —dijo Adrian, retomando el trabajo.

Teo apretó el tornillo y decidió concentrar toda su capacidad mental disponible en el montaje.

Cuando terminaron, el árbol ocupaba una esquina considerable de la sala. Teo se levantó, se limpió las manos en el pantalón corto y observó el resultado con satisfacción. Milo estaba sentado a pocos metros, mirando la nueva estructura. Adrian se apoyó en el respaldo del sofá.

—Ha llegado el momento.

—¿De qué?

—De descubrir si tu inversión inmobiliaria ha sido aprobada por el propietario.

Teo llamó a Milo y dio unos golpecitos suaves sobre una de las plataformas. El gato se acercó, olfateó la base, inspeccionó uno de los rascadores y caminó alrededor del árbol. Teo esperó. Milo volvió a olfatear la plataforma inferior, puso una pata sobre ella y la retiró. Después se giró, caminó hasta la enorme caja de cartón vacía que todavía estaba en el suelo y se metió dentro. Adrian empezó a reírse antes incluso de que Milo terminara de acomodarse.

—No digas nada —advirtió Teo.

—Ni siquiera hace falta. Él acaba de decirlo todo —respondió Adrian, llevándose una mano al pecho mientras intentaba recuperar el

aliento.

Teo miró el árbol de cuatro niveles. Después al gato tumbado dentro de una caja que pronto terminaría en el reciclaje.

—Odio a este animal.

Milo cerró los ojos.

—¿Cuánto gastaste en esto? —preguntó Adrian, todavía riéndose.

—No es asunto tuyo.

—Elegió el cartón.

—Ya lo veo.

—Quizá si pones la caja encima del árbol...

Teo intentó mantener una expresión seria, pero la sugerencia, sumada a la imagen de Milo completamente cómodo dentro del cartón, derrotó su irritación. Se le escapó una risa. Teo intentó contenerla y terminó riéndose más cuando Adrian señaló al gato, victorioso.

—No puedo creer que te esté haciendo gracia. Acabas de perder oficialmente contra una caja —dijo Adrian.

—Cállate. No es culpa mía que sea un desagradecido —respondió Teo, todavía riéndose mientras se agachaba para recoger algunos plásticos del embalaje.

Adrian no respondió de inmediato. Cuando Teo levantó la mirada, se dio cuenta de que lo observaba con una expresión distinta, casi sorprendida.

—¿Qué? —preguntó Teo.

—Nada. Solo acabo de descubrir que sabes reírte —respondió Adrian, guiñándole un ojo antes de volver a sonreír.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

Teo le lanzó un trozo de plástico del embalaje. Adrian lo esquivó y volvió a reírse. Milo permaneció dentro de la caja, indiferente a los dos.

CAPÍTULO 8

Algunos días después, Teo cogió a Milo en brazos y tuvo la impresión de que pesaba más. Su primera reacción fue culpar a Adrian. La segunda fue darse cuenta de que quizá necesitaba una báscula.

Teo se subió solo a la báscula del baño, memorizó el número y luego volvió a la sala para buscar a Milo. El gato se dio cuenta de sus intenciones e intentó escapar, obligando a Teo a sacarlo de detrás del sofá antes de conseguir sujetarlo contra el pecho. Volvió a la báscula, esperó a que la pantalla se estabilizara e hizo la cuenta. Repitió el proceso una segunda vez porque no le gustó el resultado. Después buscó el último peso registrado en la cartilla veterinaria. Milo había engordado. No lo suficiente como para convertirlo de repente en un gato obeso, pero sí lo bastante para que Teo entendiera que aquellas semanas de dos casas, premios y mimos estaban produciendo un efecto concreto.

Pidió cita y, poco después, avisó a Adrian de que aquel día Milo no cruzaría porque iba al veterinario. La respuesta llegó casi de inmediato.

¿Ha pasado algo?

Ha engordado. Quiero asegurarme de que esté bien.

Tardó menos de un minuto.

Voy contigo.

Teo frunció el ceño ante la pantalla.

No hace falta.

Yo le di parte de los premios. Si hay que cambiar algo, también quiero oírlo.

Teo empezó a escribir una respuesta diciendo que era perfectamente capaz de transmitir instrucciones, la borró y se quedó mirando a Milo, que en aquel momento intentaba morder la rejilla del transportín. Adrian realmente había participado en la nueva rutina. Y, desde el acuerdo, había respetado todo lo que habían establecido. Al final, Teo respondió únicamente con la hora.

Adrian apareció frente a la puerta unos minutos antes de que salieran y se agachó delante del transportín.

—Estás estupendo. No escuches a este hombre obsesionado con los números —le dijo Adrian a Milo.

—Ha engordado.

—También está más feliz.

—La felicidad no elimina calorías.

—Sabía que ibas a convertir esto en una auditoría.

La consulta eliminó rápidamente cualquier preocupación importante. El veterinario examinó a Milo, hizo preguntas sobre su alimentación, rutina y actividad y confirmó que el gato estaba sano. El problema era exactamente lo que Teo sospechaba: Milo había empezado a consumir más calorías desde que repartía su tiempo entre dos apartamentos. Incluso con el acuerdo, estaban los premios que le daba Teo, los que le daba Adrian y las pequeñas concesiones que cada uno parecía considerar insignificantes por separado.

—Entonces la culpa es nuestra —dijo Adrian en cuanto salieron de la consulta, cargando el transportín mientras Teo guardaba los papeles.

—No hace falta que pongas esa cara.

—He estado comprando su amor con comida.

—Y yo le doy premios cada vez que pone esa cara idiota.

—Acabas de admitirlo —dijo Adrian, mirándolo.

—No conviertas esto en un acontecimiento.

—Es histórico. Yo acepto la mitad de la culpa y tú admities la otra mitad. Helena debería estar aquí.

—A partir de ahora, un solo control. No importa en qué apartamento esté. Si tú le das algo, me avisas. Si se lo doy yo, también cuenta — decidió Teo, sosteniendo la puerta para que pasaran.

—De acuerdo. Se acabó la doble vida, aprovechado —respondió Adrian, mirando el transportín.

Milo respondió con un maullido indignado.

De camino a casa, Adrian sugirió que se detuvieran a tomar un café. Había un sitio con mesas al aire libre donde podían quedarse con Milo dentro del transportín, y Teo aceptó sin discutir demasiado. Después de la tensión innecesaria que había sentido antes de la consulta, sentarse unos minutos le pareció mejor que regresar inmediatamente a casa. Eligieron una mesa más apartada, dejaron el transportín junto a la silla de Teo y pidieron. Milo, ya cansado de tanto movimiento, se tumbó en el fondo y permaneció tranquilo.

—¿Siempre lo llevas tú solo cuando lo necesita? —preguntó Adrian al cabo de un rato, mirando el transportín.

—Siempre.

—¿Y cuando tienes que viajar o pasar mucho tiempo fuera?

—Lo organizo con antelación. Dependiendo del tiempo, Sofia me ayuda.

—¿No tienes a nadie más?

—No —respondió Teo, negando con la cabeza.

—¿Ninguna novia o novio con quien compartir la responsabilidad parental? —preguntó Adrian con el mismo tono que habría utilizado para cualquier otra pregunta.

La pregunta sonó demasiado natural. Teo pasó unos segundos sujetando la taza sin beber. No era la primera vez que tenía que responder algo relacionado con sus relaciones, pero normalmente conseguía esquivar el tema antes de que se planteara de aquella forma. Adrian no había dado nada por sentado. Había ofrecido ambas posibilidades sin cambiar la voz, sin ninguna expectativa visible.

—Un novio sería la posibilidad. Pero no tengo ninguno —respondió Teo al fin.

Adrian se quedó inmóvil durante un instante. Su mirada se fijó en el rostro de Teo, no con sorpresa, sino con una atención nueva.

—Entonces tú...

Teo se dio cuenta de que su respuesta todavía permitía más de una interpretación.

—Soy gay.

Lo dijo en voz baja, aunque nadie a su alrededor les estaba prestando atención. El propio cuidado con el volumen le molestó un segundo después.

—De acuerdo —respondió Adrian.

Solo eso.

Teo levantó los ojos, casi esperando una reacción mayor.

—Eso explica una cosa —dijo Adrian, cogiendo su propia taza.

—¿Qué? —preguntó Teo, sintiendo que la tensión regresaba de inmediato.

—Nada importante. Solo que no sabía si me odiabas de una manera completamente neutral o si había alguna complejidad adicional —respondió Adrian, dando un sorbo y sonriendo discretamente.

—Sigues siendo muy fácil de odiar.

—Qué alivio. Empezaba a preocuparme por perder mi posición.

El comentario devolvió parte de la normalidad a la mesa, pero no por completo. Adrian ahora lo sabía. Teo lo percibía cada vez que sus miradas se encontraban durante los minutos siguientes. Seguía siendo el mismo hombre sentado frente a él, seguía hablando de la misma manera, seguía pareciendo demasiado cómodo, pero aquel conocimiento introducía una nueva posibilidad. A Teo no le gustaba admitir, ni siquiera ante sí mismo, que podía sentirla.

Adrian no volvió de inmediato al tema. Preguntó por Milo, comentó algo sobre el veterinario y dejó que la conversación siguiera otros caminos antes de regresar al asunto de las relaciones a raíz de una historia propia.

—Mi última relación duró casi dos años. Después de eso pasé un tiempo sin querer compartir rutina con nadie. Descubrí que es estupendo no tener que negociar espacio en el armario —contó Adrian, removiendo el café.

—Tienes demasiado espacio ocupado por cámaras para que alguien se queje del armario.

—Era uno de sus argumentos. Injusto, pero técnicamente correcto. Teo sonrió ligeramente.

—¿Y tú? ¿Llevas mucho tiempo soltero? —preguntó Adrian, apoyando el antebrazo sobre la mesa.

—Un tiempo.

—¿Por elección?

—En parte.

Adrian pareció notar la barrera en la respuesta y no intentó atravesarla.

—Justo.

Aquello sorprendió a Teo más de lo que lo habría hecho una provocación. Adrian podía ser insistente con las cosas pequeñas, discutir por premios y bromear con cualquier queja, pero había momentos en los que simplemente se daba cuenta de que no debía seguir. Teo terminó el café y cambió de tema. Adrian lo siguió sin dificultad.

Cuando llegaron al edificio, los dos entraron en el ascensor con el transportín de Milo entre ellos. Adrian sujetaba el asa y Teo permaneció a su lado, observando cómo subían los números sobre la puerta. El silencio que antes habría sido simplemente silencio ahora llevaba algo diferente dentro. Teo sabía que Adrian lo sabía. También sabía que Adrian era gay. Y, por primera vez, ninguna de aquellas dos informaciones estaba aislada. Adrian giró ligeramente el rostro. Teo hizo lo mismo. Sus miradas se encontraron. Ninguno de los dos habló.

Milo soltó un largo maullido dentro del transportín.

—No le gusta cuando la atención deja de ser suya —dijo Adrian, bajando la mirada y riéndose.

—Al menos en eso es constante —respondió Teo, respirando de nuevo y volviendo los ojos hacia la puerta del ascensor.

Cuando llegaron a su piso, Adrian le entregó el transportín. Los dedos de ambos se tocaron sobre el asa durante un instante que duró más de lo necesario. Adrian fue el primero en soltarla.

—Luego me mandas la nueva cantidad de premios.

—Te la mando.

—Ahora oficialmente bajo supervisión.

—No lo arruines.

Adrian sonrió y entró en su apartamento. Teo llevó a Milo a casa, abrió el transportín y observó al gato salir. Todavía tenía que ajustar la alimentación, organizar el control y seguir las recomendaciones del veterinario. Aun así, durante buena parte de aquella noche, lo único que volvía una y otra vez a su cabeza era la forma en que Adrian lo había mirado dentro del ascensor.

CAPÍTULO 9

Durante los días siguientes, Adrian dejó de fingir que las provocaciones eran exactamente las mismas de antes. Al principio, el cambio no fue lo bastante grande como para que Teo pudiera acusarlo de algo concreto, pero era evidente.

Una foto de Milo durmiendo en la cama de Adrian llegó acompañada de: ***Prefiere a los hombres guapos. No puedo interferir.***

Cuando Teo respondió que Milo no tenía ningún criterio, Adrian contestó: ***Entonces todavía tengo posibilidades con el dueño.***

En otra ocasión, se encontraron en el pasillo mientras Teo volvía del trabajo, y Adrian comentó que aquella camisa le quedaba bien con una naturalidad irritante. Teo fingió no haberlo oído bien y cruzó la puerta. Cinco minutos después, le envió un mensaje preguntándole si por fin había aprendido a usar los cumplidos para compensar una mala personalidad. Adrian respondió que funcionaría mejor si Teo no se hubiera puesto rojo.

Teo no se había puesto rojo.

Al menos esperaba que no.

El problema era que empezó a responder. No solo a defenderse, sino a devolver las provocaciones. Cuando Adrian apareció una mañana con el cabello todavía húmedo y preguntó si Milo estaba con él, Teo dijo que no, pero que quizá el gato había desarrollado mejores estándares. Adrian sonrió de una manera que dejó claro que había entendido la provocación por lo que era, y Teo pasó el resto de la mañana irritado consigo mismo por haberle dado munición. Lo que

existía entre ellos seguía presentándose como una broma, pero ninguno de los dos parecía creerlo del todo.

Una noche, Teo se dio cuenta de que Milo no había vuelto para comer. Consultó el registro compartido y vio que Adrian había anotado la última comida, así que cruzó el pasillo para buscarlo. Llamó a la puerta y percibió inmediatamente el olor a comida cuando Adrian abrió.

—Vine a buscar al desertor.

—Está en la sala. Y antes de que preguntes, comió exactamente lo que está registrado —respondió Adrian, haciéndose a un lado y volviendo a la cocina.

—Ya lo vi.

—¿Lo comprobaste antes de venir?

—Para eso sirve el registro.

—Sabía que darte una hoja de cálculo te acercaría emocionalmente a mí.

—No es una hoja de cálculo.

—Todavía.

Teo entró y encontró a Milo tumbado en el sofá. El gato levantó la cabeza, vio a su dueño y volvió a dormirse. Teo debería haberlo cogido y regresar a casa. En cambio, se fijó en que Adrian removía algo dentro de una olla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Teo sin pensar.

—La cena. Un concepto bastante popular por la noche —respondió Adrian, mirando por encima del hombro.

—Sé lo que es cenar.

—Me tranquiliza.

—¿Cocinas todos los días? —preguntó Teo, acercándose lo suficiente para mirar.

—Casi. Trabajar con comida ayuda. ¿Quieres comer?

La pregunta fue directa, sin ningún motivo práctico que justificara la invitación. Teo miró a Milo, que no parecía dispuesto a moverse en

los próximos minutos, y después a Adrian.

—¿Hay suficiente?

—No te lo habría ofrecido si no hubiera. —Adrian cogió otro plato del armario.

Teo aceptó.

No hubo aquella pequeña resistencia de la otra vez, ni la necesidad de convencerse de que solo estaba allí porque rechazar la invitación sería incómodo. Se sentó mientras Adrian terminaba la comida, y la conversación empezó antes incluso de que los platos llegaran a la mesa. Hablaron de Milo, de un cliente irritante con el que Adrian había trabajado aquel día y de una reunión que Teo consideraba capaz de destruir cualquier deseo de vivir. Adrian escuchó toda la queja y concluyó que Teo claramente había elegido una profesión compatible con su talento natural para juzgar malas decisiones. Teo respondió que al menos le pagaban por hacerlo.

La conversación solo cambió de rumbo después de que Adrian mencionara a una pareja de amigos que había visto en el trabajo. La historia condujo de forma natural a las relaciones y, después, a la manera en que cada uno manejaba su propia sexualidad. Teo percibió el cambio antes de que Adrian dijera nada directamente.

—¿Siempre has sido... abierto? —preguntó Teo.

—¿Abierto en el sentido de estar fuera del armario? —preguntó Adrian después de pensarlo un instante.

Teo asintió.

—Desde hace bastante tiempo. Pero tampoco voy por ahí anunciando que soy gay. No es una presentación profesional. Simplemente no cambio la verdad cuando surge —explicó Adrian, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—¿Cómo que no cambias la verdad? —preguntó Teo, moviendo su vaso.

—Si alguien pregunta si tengo novia, no invento una respuesta neutra para evitar decir que tuve novio. Si estoy saliendo con un chico y alguien pregunta quién es, digo lo que es. Cosas así. —

Adrian se encogió de hombros—. No todo el mundo necesita saber de mi vida. Simplemente no me gusta crear una versión diferente de ella dependiendo de quién tenga delante.

Teo sintió una resistencia automática hacia aquella idea, aunque sabía que Adrian no estaba hablando de él.

—Prefiero mantener mi vida privada.

—No hay nada de malo en eso. La privacidad es privacidad —respondió Adrian de inmediato.

Teo levantó la mirada, esperando encontrar algún juicio. No había ninguno.

—¿No te parece complicado?

—A veces. Ya me he encontrado con gente que reaccionó mal. Ya he escuchado estupideces. Simplemente decidí hace mucho tiempo que no quería estar calculando cada conversación antes de abrir la boca —respondió Adrian, pasando un dedo por el borde del vaso.

Teo conocía demasiado bien aquel tipo de cálculo que Adrian describía. Tanto que prefirió no hacer ningún comentario.

—¿Alguien de tu familia lo sabe? —preguntó Adrian, observándolo durante un momento.

La mano de Teo se detuvo sobre la mesa. La pregunta no era inesperada, pero tocaba una zona muy distinta de la conversación que habían tenido en la cafetería. Podría haber respondido que aquello no era asunto de Adrian. Una parte de él quería hacerlo. Otra recordó que Adrian acababa de hablar sobre su propia vida sin exigir nada a cambio.

—Una persona.

Adrian esperó unos segundos. Cuando comprendió que Teo no iba a añadir nada más, simplemente asintió.

—De acuerdo.

—¿No vas a preguntar quién? —preguntó Teo, casi sorprendiéndose a sí mismo.

—Está claro que no quieres decirlo.

—Y eso nunca te ha impedido preguntar otras cosas.

—Sé distinguir la curiosidad de un campo minado.

—Milagro —respondió Teo, pasando el pulgar por el vaso.

—Tengo momentos de competencia.

El tema cambió. Adrian no intentó averiguar quién era aquella persona ni por qué solo alguien de su familia lo sabía. Tampoco preguntó por Victor, aunque Teo sospechaba que el recuerdo de la visita de su padre le había pasado por la cabeza. La decisión de no insistir hizo que Teo se relajara poco a poco, y la cena terminó sin que la conversación volviera al tema.

Después, Adrian recogió los platos y Teo llevó los vasos hasta la encimera casi por reflejo.

—Déjalo. Yo lavo después —dijo Adrian.

—Tú cocinaste.

—Eso no crea ninguna obligación contractual.

—No dije que la creara.

Teo abrió el grifo.

—Eres pésimo aceptando que alguien haga algo por ti —comentó Adrian, colocándose a su lado y cogiendo el primer plato antes de que Teo pudiera alcanzarlo.

—Acepté la cena.

—Después de comprobar que hubiera suficiente comida.

—Eso se llama educación.

—¿Tienes respuesta para todo?

—Para casi todo.

—Me lo imagino.

La encimera no era estrecha, pero los dos acabaron trabajando en el mismo espacio. Teo lavaba, Adrian secaba y guardaba. En un momento dado, Adrian extendió la mano para coger un vaso al mismo tiempo que Teo. Sus dedos se encontraron. Ninguno de los dos la retiró de inmediato. Teo levantó los ojos. Adrian estaba cerca. Más cerca que durante el montaje del árbol para Milo. No había ninguna pieza que encajar, ningún tornillo que apretar ni ninguna

actividad que justificara aquella proximidad. La mano de Adrian todavía tocaba ligeramente la suya sobre el vaso. Teo percibió el movimiento de su pecho al respirar, la mirada que descendió hasta su boca y volvió lentamente a sus ojos.

Esta vez no había ninguna duda sobre lo que estaba ocurriendo. Adrian soltó el vaso. No retrocedió.

Teo tampoco.

Durante unos segundos se limitó a mirarlo, consciente de que bastaría un movimiento mínimo. Adrian podía hacerlo. Teo sabía que quería. Y ahora también sabía que Adrian tenía motivos para imaginar que quizá sería correspondido.

El rostro de Adrian se acercó un poco.

Teo retrocedió.

No fue un movimiento brusco. Solo un paso hacia atrás, suficiente para romper el momento. Adrian se detuvo de inmediato. El silencio entre los dos se volvió incómodo.

—Debería llevarme a Milo —dijo Teo.

—Claro —respondió Adrian después de un segundo.

Ninguna broma. Ninguna pregunta sobre lo que acababa de pasar. Eso lo empeoró todo.

Teo se secó rápidamente las manos y fue hasta la sala. Milo protestó cuando lo sacó del sofá, pero Teo lo cogió en brazos de todos modos. Adrian permaneció cerca de la cocina, manteniendo una distancia que Teo acababa de pedir sin necesidad de ponerla en palabras.

—Gracias por la cena —dijo Teo.

—De nada.

Teo caminó hacia la puerta. Antes de salir, miró hacia atrás. Adrian seguía allí, demasiado tranquilo para alguien que acababa de estar a punto de besarlo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Teo.

Cruzó el pasillo y entró en su propio apartamento. Dejó a Milo en el suelo, cerró la puerta y permaneció unos segundos inmóvil frente a ella. El corazón todavía le latía rápido, aunque no había ocurrido nada. Ese era precisamente el problema. Teo sabía que había retrocedido porque, en aquel instante, el beso había dejado de ser una posibilidad abstracta. Ya no era solo Adrian coqueteando, ni una provocación que pudiera devolver sin consecuencias. Lo había deseado. Lo había deseado lo suficiente como para sentir miedo.

Fue al dormitorio, se duchó, intentó leer y acabó regresando mentalmente a la cocina de Adrian. Recordó aquella mano sobre la suya, el silencio, la forma en que Adrian había esperado en lugar de simplemente avanzar. Después recordó el paso que había dado hacia atrás.

A medianoche seguía despierto. Milo dormía cerca de sus piernas, completamente indiferente al problema que había ayudado a crear desde el primer día.

—Esto es culpa tuya —murmuró Teo.

El gato no se movió.

Teo cerró los ojos, pero la respuesta que llevaba evitando ya estaba clara. No quería que Adrian se detuviera. Y cuando despertara al día siguiente, tendría que encontrar algún motivo para volver a cruzar aquel pasillo.

CAPÍTULO 10

Teo despertó al día siguiente sabiendo ya que tendría un problema.

No era Milo, que dormía atravesado a los pies de la cama y parecía completamente satisfecho con su propia existencia. Tampoco era el trabajo, aunque tenía una reunión a las diez y tres correos electrónicos que todavía necesitaba responder.

El problema era que, antes incluso de levantarse de la cama, Teo ya estaba pensando en el apartamento de al lado. Pensaba en la cocina de Adrian, en la mano sobre la suya, en aquella proximidad interrumpida y, sobre todo, en el hecho de haber pasado buena parte de la noche deseando no haber retrocedido.

Intentó seguir su rutina normal. Se duchó, preparó café, alimentó a Milo, abrió el ordenador y trabajó. En algún momento de la mañana recibió un mensaje de Adrian informándole de que había actualizado el registro de alimentación del gato. Teo respondió únicamente con un «de acuerdo» y se quedó mirando la conversación durante demasiado tiempo, esperando alguna provocación que no llegó.

Adrian parecía haber decidido respetar su retroceso de la noche anterior, y eso debería haber facilitado las cosas. En cambio, dejaba en manos de Teo la responsabilidad de hacer algo al respecto.

A primera hora de la tarde, Milo cruzó al apartamento vecino. Teo se dio cuenta, comprobó la hora y volvió al trabajo. Cuarenta minutos después abrió el registro compartido de alimentación aun sabiendo que no había nada que comprobar. Adrian lo había registrado todo con normalidad. Teo lo cerró. Diez minutos después, volvió a abrirlo.

La excusa que se le ocurrió era tan mala que fue consciente de ello incluso antes de levantarse de la silla. Aun así, esperó a terminar lo que estaba haciendo, cerró el portátil y cruzó el pasillo.

Adrian abrió la puerta con una camiseta oscura y pantalones cortos, el cabello apartado hacia atrás de cualquier manera. La sorpresa apareció brevemente en su rostro antes de dar paso a la sonrisa conocida.

—¿Ha pasado algo?

—Vine a comprobar el registro de Milo —respondió Teo.

Adrian lo miró durante unos segundos.

—¿Cruzaste el pasillo para comprobar una información que tienes en el teléfono?

—Quería asegurarme de que estuviera actualizado.

—Lo está.

—Lo sé.

—Entonces ya lo comprobaste.

Teo sostuvo su mirada. Adrian inclinó ligeramente la cabeza, percibiendo claramente lo débil que era la justificación, pero no la desmontó de inmediato.

—¿Quieres pasar? —preguntó simplemente, abriendo más la puerta.

Teo entró. Milo dormía sobre el brazo del sofá, lo que hacía que la excusa fuera todavía peor porque el gato ni siquiera parecía necesitar ninguna intervención. Adrian cerró la puerta y caminó hacia la sala, dejando que Teo decidiera si quería seguirlo. Lo siguió.

—El registro está ahí —dijo Adrian, señalando el teléfono sobre la mesa—. Puedo abrirlo si quieres hacer una auditoría presencial.

—No hace falta.

—Me lo imaginaba.

Teo cruzó los brazos.

—Estás muy satisfecho contigo mismo.

—Un poco. —Adrian se apoyó contra la mesa—. Estoy intentando decidir cuánto tiempo estuviste parado en tu casa buscando un

motivo para llamar a mi puerta.

—Dos minutos.

—Mentira.

—No tienes forma de saberlo.

—Por la calidad de la excusa, al menos quince.

Teo puso los ojos en blanco.

—Quizá debería irme.

—Quizá. —Adrian no se movió para abrir la puerta—. Pero acabas de llegar.

El silencio que vino después no era exactamente incómodo. Estaba cargado. Teo se dio cuenta de que Adrian hacía un esfuerzo consciente por no llevar la conversación hacia donde ambos sabían que podía ir. No hizo ningún comentario sobre la noche anterior, no se acercó y ni siquiera lanzó una provocación más directa. Simplemente esperó.

—¿Siempre eres tan engreído? —preguntó Teo.

—No. A veces soy inseguro en silencio para preservar mi reputación.

—Me cuesta creerlo.

—Funciona.

—No demasiado.

Adrian sonrió.

—Y aun así sigues viniendo aquí.

—Por Milo.

—Claro.

Teo miró al gato dormido.

Adrian también.

—Está inconsciente —comentó.

—Ya lo veo.

—Entonces quizá tengas que actualizar la excusa.

Teo volvió los ojos hacia él.

—Estabas mejor cuando fingías que no te habías dado cuenta.

—Lo intenté. Duró más de lo que esperaba.

—Unos tres minutos.

—Para mí es crecimiento personal.

Teo soltó el aire por la nariz, intentando no sonreír. Adrian lo notó y dejó que su propia sonrisa se ensanchara, pero aun así no se acercó. Aquello empezó a irritar a Teo de otra manera. La noche anterior, Adrian se había detenido en el instante en que él retrocedió. Ahora seguía haciendo exactamente lo mismo: le daba espacio, esperaba, no convertía el deseo evidente entre ellos en presión. Era Teo quien había cruzado el pasillo. Teo quien estaba allí sin una justificación real. Y si quería algo diferente, tendría que dejar de esperar a que Adrian lo resolviera por él.

—¿Vas a seguir haciendo esto? —preguntó Teo.

—¿El qué?

—Fingir que no sabes por qué vine.

Adrian descruzó los brazos lentamente.

—Sé por qué creo que viniste. No sé si es la misma razón que tú vas a admitir.

—Eso es irritante.

—Tengo experiencia.

Teo se pasó una mano por la nuca.

—Ayer...

—No tienes que explicar lo de ayer.

—Lo sé.

—Entonces no lo expliques solo porque crees que me debes algo —respondió Adrian, ahora sin humor—. Retrocediste. Lo entendí.

Aquello hizo que la situación fuera todavía más difícil. Teo había preparado mentalmente algunas justificaciones durante la madrugada, casi todas malas. Podía decir que se había asustado, que no esperaba que la aproximación se volviera tan real, que todo había sucedido demasiado rápido. Adrian acababa de darle una salida que no exigía ninguna de ellas.

—¿Y si no quiero que lo hayas entendido de esa manera? —preguntó Teo.

Adrian se puso más atento.

—¿De qué manera?

—Como si quisiera que pararas.

Su rostro cambió poco, pero lo suficiente para que Teo lo notara.

—¿Quieres que deje de coquetear contigo? —preguntó Adrian.

Era exactamente la pregunta que Teo no quería responder con explicaciones. Adrian había facilitado y complicado todo al mismo tiempo, reduciendo el problema a una respuesta que no le permitía esconderse detrás de nada.

—No.

Adrian permaneció inmóvil.

Teo tragó saliva.

—No quiero.

El silencio que siguió pareció ocupar toda la sala. Adrian no sonrió, no celebró ni convirtió la respuesta en una provocación.

Simplemente sostuvo la mirada de Teo.

—De acuerdo —dijo por fin.

Teo esperó.

Adrian no hizo nada.

—¿Solo eso?

—¿Qué esperabas?

—No lo sé.

—Yo sí sé lo que me gustaría hacer —respondió Adrian, con la voz más baja—. Pero ayer retrocediste. Hoy viniste hasta aquí. Así que creo que el siguiente paso es tuyo.

Teo sintió subir la ansiedad junto con una irritación que, esta vez, estaba dirigida completamente contra sí mismo. Adrian estaba a pocos pasos. No había nadie observando, ninguna pregunta que responder, nada salvo la sencilla decisión de continuar o volver a

casa. Milo dormía en el sofá. El pasillo estaba al otro lado de una puerta cerrada. Teo no tenía que justificar nada.

Caminó hasta Adrian.

Adrian permaneció quieto.

—Estás disfrutando mucho de esto —murmuró Teo.

—Estoy intentando no arruinarlo.

—Milagro.

Teo agarró su camiseta cerca de la cintura y lo besó.

La primera sensación fue alivio. No hubo tiempo para analizar de qué manera respondió Adrian porque su mano ya había llegado al costado del rostro de Teo y el beso se profundizó casi de inmediato. Teo había pasado horas imaginando aquel momento y ninguna versión mental había preparado su cuerpo para la realidad de la cercanía. Adrian besaba con menos prisa de la que Teo esperaba, pero sin ninguna vacilación, dejando claro que llevaba bastante tiempo deseándolo. Teo apretó los dedos contra la tela de la camiseta y se acercó más, sintiendo la otra mano de Adrian posarse en su cintura y permanecer allí, firme, sin atraerlo más allá de lo que él mismo ya había avanzado.

Cuando se separaron apenas lo necesario para respirar, Adrian se quedó con la frente casi pegada a la suya.

—¿Todavía quieres quejarte de algo? —preguntó en voz baja.

—Hablas demasiado.

—Puedo trabajar en eso.

Teo volvió a besarlo antes de que pudiera responder otra cosa. Esta vez no necesitó reunir valor para empezar. Adrian soltó una risa breve contra su boca y la mano en la cintura de Teo se deslizó un poco por su espalda. La sensación de estar haciendo por fin aquello en lugar de limitarse a pensarlo ocupó demasiado espacio, y Teo se permitió quedarse. Durante unos minutos no existió la necesidad de medir las palabras ni de decidir qué significaba lo que estaban haciendo. Solo estaban la boca de Adrian, el calor de su cuerpo, los

dedos de Teo aferrados a su nuca y un deseo que había pasado demasiado tiempo escondido detrás de la irritación.

Fue precisamente darse cuenta de cuánto quería continuar lo que hizo aparecer el miedo.

Teo interrumpió el beso y retrocedió.

Adrian apartó las manos de inmediato.

A Teo le faltó el aire por una razón que no tenía nada que ver con el esfuerzo físico. Se pasó una mano por la boca, intentando ordenar algo dentro de su cabeza mientras Adrian lo observaba.

—Perdón —dijo Teo.

—No tienes que disculparte.

—Fue...

La palabra equivocada apareció antes de que pudiera impedirlo.

—Fue un impulso.

La expresión de Adrian se endureció.

Teo se dio cuenta de inmediato.

—No era eso lo que quería decir.

—Cruzaste el pasillo, dijiste que no querías que dejara de coquetear contigo y me besaste —respondió Adrian, manteniendo la voz controlada—. Si después de todo eso todavía necesitas llamarlo impulso, sinceramente no sé qué hacer con esa información.

—No estoy diciendo que no quisiera.

—Lo parece bastante.

Teo se pasó una mano por el cabello.

—Quise hacerlo. Solo pasó muy rápido.

—Tú viniste hasta mí.

—Lo sé.

—Entonces no tienes que minimizar lo que acabas de hacer para sentirte mejor con ello.

La frase golpeó a Teo porque era demasiado cierta. Abrió la boca, pero no encontró ninguna respuesta que no empeorara las cosas.

Adrian respiró hondo y retrocedió otro paso.

—No voy a convertir esto en una pelea. Te asustaste. Está bien. Solo no me conviertas en un accidente en el proceso.

—No dije que fueras un accidente.

—Bien. Entonces piensa en lo que realmente quieres decir antes de intentar explicarlo.

Teo asintió, aunque lo que quería era arreglarlo todo en ese mismo instante. Sabía que seguiría hablando hasta encontrar alguna justificación que pareciera segura y probablemente terminaría haciendo más daño a Adrian.

—Voy a volver a casa.

—Está bien.

Teo miró a Milo, que seguía dormido.

—Puede quedarse. Luego vengo a buscarlo.

—De acuerdo.

La ausencia de cualquier intento por detenerlo hizo que algo se le cerrara en el pecho. Teo caminó hacia la puerta y se detuvo con la mano sobre el picaporte.

—Adrian...

—No tienes que resolverlo ahora —respondió él—. Solo no me mientas porque estás asustado.

Teo salió.

Cruzar el pasillo le llevó apenas unos segundos. En cuanto cerró la puerta de su propio apartamento, se apoyó contra ella y se pasó ambas manos por el rostro. Su boca todavía conservaba la sensación del beso. Todo su cuerpo parecía estar en desacuerdo con la palabra «impulso» que había utilizado. No había sido un impulso. Teo había pensado en aquello durante la noche, durante la mañana y durante los quince minutos que Adrian había adivinado correctamente que pasó buscando una excusa para cruzar el pasillo.

Había elegido.

Ese era precisamente el motivo de su miedo.

Intentó trabajar, fracasó, bebió agua, abrió la nevera sin tener hambre y regresó al sofá. Milo apareció algún tiempo después por el balcón, entró en la sala y subió junto a él sin la menor preocupación por el desastre emocional provocado por los adultos implicados.

—Eliges unos momentos estupendos para volver —murmuró Teo. Milo se acomodó.

Teo cogió el teléfono. Abrió la conversación con Adrian, empezó a escribir un mensaje largo y lo borró. Escribió otro explicando que no solía actuar de aquella manera y también lo borró. Ninguna justificación importaba tanto como lo único que necesitaba corregir. Escribió:

El beso no fue un error. Quise hacerlo. Solo me asustó.

Lo leyó tres veces antes de enviarlo.

La respuesta tardó unos minutos.

Lo entendí. Hablamos mañana.

Teo se quedó mirando el mensaje. No había provocación, reproches ni ningún intento de continuar la conversación aquella noche.

Mañana.

CAPÍTULO 11

Teo no necesitó inventar ninguna excusa al día siguiente. Adrian le envió un mensaje cerca del final de la tarde preguntándole si quería hablar, y Teo respondió que sí. Cuando cruzó el pasillo, Milo siguió durmiendo en su propio sofá. La ausencia del gato en aquella interacción pareció significativa de una manera que Teo prefirió no analizar. Adrian abrió la puerta, lo dejó entrar y fue hacia la sala. Ninguno de los dos mencionó la alimentación, el veterinario, el balcón ni ningún otro asunto que pudiera servir de escudo.

—Antes que nada, quiero corregir lo que dije ayer —empezó Teo, permaneciendo de pie mientras Adrian se apoyaba en el lateral de la mesa—. No fue un impulso. Pensé en besarte desde la noche anterior. Probablemente desde antes también. Después me asusté e intenté convertirlo en algo más pequeño porque parecía más fácil.

Adrian asintió lentamente.

—Eso ya tiene más sentido.

—No soy muy bueno en esto.

—¿En besar? Porque yo no estaría de acuerdo.

Teo le lanzó una mirada irritada.

—Perdón. Continúa —dijo Adrian, conteniendo una sonrisa.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también. Solo no quiero que esto parezca una reunión para despedirme.

Teo soltó el aire y finalmente se sentó en el sofá. Adrian ocupó el sillón frente a él, dejando suficiente espacio para que la

conversación no empezara ya condicionada por la atracción.

—No estoy buscando una relación seria —dijo Teo—. Necesito dejar eso claro antes de que hagamos cualquier otra cosa.

Adrian no pareció ofendido.

—Yo tampoco estaba planeando una. Mi vida está bien tal como está.

—Entonces estamos hablando de algo casual.

—Eso parece.

—Sin expectativas.

—Teo, casi estás redactando un contrato.

—Prefiero saber en qué me estoy metiendo.

—Me di cuenta desde la primera queja formal.

Teo lo ignoró.

—Y tiene que ser discreto.

Adrian apoyó los brazos sobre las rodillas.

—¿Discreto cómo?

La pregunta exigió un poco más de cuidado.

—Soy reservado. No quiero que mi vida personal se convierta en tema de conversación de otras personas. No quiero vecinos comentando, gente del edificio preguntando, nada de eso.

Adrian asimiló la respuesta como algo perfectamente razonable.

—Está bien. Tampoco pensaba colgar una pancarta en el pasillo anunciando que por fin conseguí besar al dueño del gato.

—Adrian.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Hablo en serio.

—Yo también. La privacidad no es un problema para mí —respondió Adrian, poniéndose más serio—. Lo que pase aquí no tiene por qué ser asunto de nadie.

Teo se relajó un poco. La interpretación de Adrian parecía sencilla: dos hombres adultos, una relación casual, ninguna obligación de

informar a terceros. Era exactamente así como Teo quería que aquello se entendiera en ese momento.

—Y cada uno sigue viviendo en su propia casa —añadió Teo.

Adrian miró alrededor.

—Teniendo en cuenta que nuestras casas están separadas por una pared, creo que podré sobrevivir.

—Entendiste.

—Entendí. Nada de empezar a reorganizar armarios, dejar cepillos de dientes ni discutir quién duerme en qué lado de la cama.

—Exactamente.

—Y si todo se complica, hablamos.

Teo asintió.

—Sin crear expectativas sobre algo que no acordamos.

Adrian pasó unos segundos observándolo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Depende.

—¿Siempre necesitas definir todas las salidas antes de meterte en algo?

Teo se puso rígido de inmediato.

Adrian levantó una mano.

—No tienes que responder. No estoy intentando entrar otra vez en terreno minado.

—Solo prefiero evitar problemas.

—Está bien. —Adrian se levantó—. Entonces tenemos un acuerdo.

Teo también se puso de pie. La conversación práctica había terminado. Quedaba el motivo que los había llevado hasta allí.

Adrian se acercó solo lo suficiente para que Teo lo notara.

—¿Hay alguna cláusula más? —preguntó.

—Probablemente.

—¿Quieres recordarla ahora?

Teo miró su boca.

—No.

—Perfecto.

Adrian siguió esperando.

Teo se dio cuenta.

—¿Vas a hacer esto cada vez?

—¿El qué?

—Esperar a que yo empiece.

—Hasta que esté seguro de que no vas a entrar en pánico y demandarme después, quizá.

Teo le sujetó la nuca y lo besó.

Esta vez no hubo sorpresa ni un retroceso inmediato. Adrian respondió con una mano en su cintura, mientras la otra se deslizaba hacia su rostro, y Teo percibió el instante exacto en el que podría detenerse si quisiera. No quiso. El beso se profundizó lentamente, sin la urgencia de la tarde anterior, y eso le dio tiempo para sentir cada decisión mientras la tomaba. Se acercó más, dejó que Adrian lo tocara, correspondió al contacto y, cuando las manos de él llegaron al borde de su camiseta, no se tensó ni buscó una justificación para detenerse. Simplemente respiró.

—¿Todo bien? —preguntó Adrian, apartando la boca unos centímetros.

—Si preguntas cada diez segundos, va a dejar de estarlo.

Adrian sonrió.

—Esa es una respuesta útil.

—Entonces úsala.

El beso siguiente llegó acompañado de una risa baja y terminó con Teo apoyado contra la pared por voluntad propia. La tensión acumulada durante las últimas semanas dejó espacio para algo más sencillo. Deseo. Adrian acercó a Teo hasta que no quedó espacio entre sus caderas. Cada vez que Teo cambiaba el ritmo, él lo seguía. Cada vez que aparecía alguna tensión en el cuerpo de Teo, había espacio suficiente para que pudiera decidir si quería continuar.

Y continuó.

La ropa fue quedando abandonada sin prisa, entre besos, caricias y pequeñas interrupciones que hicieron que Teo olvidara poco a poco la necesidad de vigilar su propia reacción. El nerviosismo no desapareció de inmediato. Seguía allí cuando Adrian lo tocó de una forma más íntima, cuando Teo fue consciente de su propia vulnerabilidad y cuando darse cuenta de que realmente estaba haciendo aquello amenazó con encerrarlo otra vez dentro de su cabeza. Adrian no pidió explicaciones. Simplemente lo devolvió al momento con la boca sobre su piel y una pregunta en voz baja cuando necesitaba asegurarse de que los dos seguían queriendo lo mismo.

Teo descubrió que así era.

En algún momento dejó de pensar en el pasillo, en el apartamento de al lado, en lo que aquello significaría al día siguiente o en las reglas que acababan de establecer. La casa de Adrian estaba cerrada, tranquila y era segura. Allí dentro no existía nadie ante quien Teo necesitara construir una versión aceptable de sí mismo. Por primera vez en mucho tiempo, el deseo no parecía algo que tuviera que administrar antes de vivirlo. Tocó a Adrian sin calcular el gesto, lo besó sin preguntarse qué vendría después y dejó que su propio cuerpo respondiera sin intentar recuperar el control a cada segundo.

Cuando la intimidad terminó, Teo permaneció algunos minutos tumbado, respirando despacio y mirando al techo. Adrian estaba a su lado, también en silencio. El primer pensamiento realmente organizado que apareció fue que debía vestirse y cruzar el pasillo. Era lo que tendría sentido dentro del acuerdo. Habían pactado algo casual, discreto y sencillo. Dormir en su propia cama sería la manera más eficiente de mantener todo exactamente dentro de esa categoría.

Teo no se levantó.

—Estás pensando demasiado —comentó Adrian, todavía tumbado.

—No tienes forma de saberlo.

—Tu frente hace una cosa.

Teo giró el rostro.

—Mi frente no hace nada.

—Sí. Aparece una línea aquí. —Adrian señaló el espacio entre sus cejas—. Es la advertencia oficial de exceso de planificación.

—Me observas demasiado.

—Acabamos de estar juntos. Creo que ya pasó el plazo para quejarte de eso.

Teo le dio un ligero empujón en el hombro.

—No te pongas engreído.

—También es demasiado tarde para eso.

El silencio regresó, pero esta vez era cómodo. Teo se dio cuenta de que estaba sonriendo y corrigió la expresión antes de que Adrian pudiera comentarlo.

—Entonces —empezó Adrian—, en una escala del uno al diez, ¿cuánto te arrepientes?

Teo giró el rostro de inmediato. Adrian sonreía, pero había una atención genuina detrás de la broma.

—Cero.

Su sonrisa disminuyó un poco, volviéndose más tranquila.

—Me alegra saberlo.

—Solo no empieces a crear más expectativas.

—Literalmente acabamos de acordar que esto será casual.

—Entendiste lo que quise decir.

—Lo entendí. —Adrian colocó una mano detrás de la cabeza—. Y, para que conste, yo tampoco me arrepiento.

Teo siguió tumbado unos minutos más. Hablaron de cosas pequeñas, sin volver a tocar las reglas ni el significado de aquella noche. Adrian contó algo absurdo sobre un trabajo antiguo, Teo criticó la organización de uno de los muebles del dormitorio y recibió como respuesta que tenía prohibido reorganizar cualquier cosa en un apartamento que no fuera suyo. La facilidad de aquella

conversación después de tanta tensión le incomodaba menos de lo que debería.

Un movimiento en la puerta los interrumpió. Milo entró en el dormitorio con la naturalidad de quien había esperado el momento adecuado para recordarles que toda aquella relación existía gracias a él. Saltó a la cama, caminó entre los dos y se acomodó exactamente en el espacio libre.

Teo levantó la cabeza.

—¿Estaba aquí?

—Debe de haber cruzado mientras estábamos ocupados —respondió Adrian, acariciando al gato.

—¿Va a dormir ahí?

—Pregúntale.

Milo ya había cerrado los ojos.

—Increíble.

—Creo que está contento con el acuerdo.

—El acuerdo no lo incluye a él en la cama.

—¿Quieres explicárselo?

Teo miró a Milo y después a Adrian.

—No vale la pena.

Volvió a tumbarse.

La intención de marcharse regresó durante unos segundos y desapareció. Todavía tenía tiempo de levantarse, vestirse y caminar hasta su propio apartamento, pero su cuerpo estaba relajado, Milo estaba cálido entre los dos y Adrian no parecía esperar nada. No había abrazos obligatorios, ninguna conversación sobre sentimientos ni señal alguna de que una noche juntos hubiera cambiado automáticamente lo que habían acordado.

Teo cerró los ojos.

—Si roncas, me voy —murmuró.

—No ronco.

—Todo el mundo que ronca dice eso.

—Puedes hacer una evaluación técnica por la mañana.

Teo ya estaba demasiado cansado para responder. Su último pensamiento consciente fue que debería resultarle extraño dormir allí.

No fue así.

Cuando se dio cuenta, ya se estaba quedando dormido en la cama de Adrian, con Milo entre los dos y una tranquilidad que no encajaba en absoluto con la cantidad de reglas que había creado para mantener aquello sencillo.

CAPÍTULO 12

U nas pocas semanas bastaron para que el acuerdo casual empezara a producir una cantidad preocupante de hábitos. Teo seguía durmiendo en su propia casa la mayoría de las noches, pero a veces despertaba en el apartamento de Adrian y tenía que cruzar el pasillo por la mañana para buscar una camisa limpia. Adrian empezó a cenar en el apartamento de Teo con suficiente frecuencia como para saber ya dónde estaban los platos, aunque seguía dejando los vasos en el lado equivocado del escurridor solo porque había descubierto que aquello lo molestaba. Los cuidados de Milo también dejaron de pertenecer claramente a una casa u otra. Quien estuviera más cerca comprobaba el agua, revisaba el registro de alimentación o abría el balcón cuando el gato empezaba a quejarse. En dos tardes en las que su propio apartamento estaba ruidoso debido a unas reparaciones en otra unidad, Teo trabajó durante algunas horas en la mesa de Adrian y descubrió que conseguía concentrarse incluso con el vecino moviéndose detrás de él. Adrian, por su parte, aprendió una regla que Teo no necesitó repetir: incluso cuando sabían que pasarían la noche juntos, llamaba antes de entrar. Nunca volvió a abrir la puerta de Teo solo porque lo hubieran invitado diez minutos antes.

Los mensajes cambiaron de una manera todavía más evidente. Antes, Milo tenía que existir en alguna parte de la conversación. Ahora podía estar dormido en el sofá junto a Teo mientras Adrian enviaba una fotografía de un plato que había fotografiado aquel día, se quejaba de un cliente o preguntaba si Teo consideraba un crimen

dejar los platos de la cena para lavarlos a la mañana

siguiente. Teo respondía que la pregunta revelaba más sobre Adrian de lo que le gustaría saber y recibía a cambio una acusación de obsesión por el orden. Las discusiones continuaban, pero ya no tenían suficiente fuerza como para llamarlas peleas. Adrian todavía se metía con la manera en que Teo organizaba la nevera; Teo seguía diciendo que el apartamento de Adrian parecía estar permanentemente a diez minutos de necesitar una reorganización. Ninguno de los dos parecía desear realmente que el otro dejara de hacerlo.

Una tarde de sábado, Teo abrió el armario donde guardaba la comida de Milo y encontró menos de lo que esperaba. Después de revisar el paquete, comprobó que no quedaba suficiente para llegar al principio de la semana.

—Necesito comprar la comida de Milo —comentó Teo, mirando a Adrian, que estaba sentado en el sofá con el gato tumbado sobre las piernas.

—Perfecto. —Adrian acarició la cabeza de Milo—. Aprovecha y compra algo para compensar el trauma de la dieta.

—La dieta que tuvo que hacer porque los dos exageramos.

—Exactamente. Es víctima de un sistema.

Teo cogió la cartera que estaba sobre la encimera.

—Voy a esa tienda más grande. La otra no siempre tiene esta comida.

—Voy contigo —dijo Adrian, apartando a Milo de su regazo antes de levantarse.

Teo lo miró.

—No hace falta.

—Lo sé. Quiero salir de casa y también necesito comprar algunas cosas para aquí.

La justificación era suficiente. Aun así, unos meses antes Teo habría encontrado al menos tres motivos para preferir ir solo. En aquel momento, simplemente cogió las llaves.

—Entonces vamos. Quiero volver antes de que se llene.

—Y ahí se fue toda la espontaneidad del paseo.

—Comprar comida para gatos no es un paseo.

—Contigo, aparentemente ni salir de casa cuenta como paseo.

La tienda estaba concurrida, aunque no lo suficiente como para justificar la predicción pesimista de Teo. Adrian cogió un carrito a pesar de que Teo insistía en que solo necesitaban un paquete de comida y terminó metiendo dos bolsas de arena que compraría para dejar en casa, un juguete para Milo que Teo retiró de inmediato y un segundo juguete que intentó esconder debajo de la arena.

—Lo vi.

—No sé de qué estás hablando —respondió Adrian, manteniendo una mano sobre el carrito.

—Milo ya tiene suficientes juguetes.

—No tiene este.

—Es una pelota.

—Una pelota con catnip.

—Sigue siendo una pelota.

—No respetas la innovación.

Teo devolvió el juguete a la estantería. Adrian esperó a que se alejara y volvió a meterlo en el carrito.

—Tienes treinta y cuatro años —dijo Teo, mirando otra vez la pelota.

—Y mis propios ingresos. Es liberador.

Teo decidió que discutir sería exactamente lo que Adrian quería y siguió hasta la sección de comida para gatos. Encontró la marca correcta, pero había dos paquetes casi iguales y pasó unos segundos comparando la información. Adrian cogió uno.

—Es este.

—No.

—Es la misma marca.

—Ese es para gatos adultos castrados con control de peso. El suyo es el otro.

Adrian volvió a mirar el paquete.

—Oficialmente perdí el derecho de elegir comida después del veterinario.

—Por fin aprendiste.

—Fue humillante, pero hubo crecimiento.

Teo encontró el paquete correcto y lo puso en el carrito. A la hora de pagar, Adrian todavía consiguió recuperar la pelota con catnip sin que él se diera cuenta. Teo solo la vio cuando los productos ya estaban pasando por caja.

—¿Volviste a buscar eso?

—No sé cómo terminó ahí.

—Adrian.

—Quizá Milo la puso.

El empleado que los atendía sonrió mientras registraba la comida y después la arena.

—El gato de ustedes debe de estar muy mimado.

La frase fue tan casual que probablemente habría desaparecido al instante siguiente si Teo no hubiera respondido demasiado rápido.

—Es mío.

Adrian giró el rostro hacia él.

Teo se dio cuenta de su propio tono un segundo demasiado tarde e intentó corregirse sin saber exactamente qué había que corregir.

—Quiero decir, Milo es mi gato. Adrian solo... ayuda a veces.

—¿A veces? —repitió Adrian, levantando las cejas—. ¿Después de todo lo que he hecho?

El empleado se rio, interpretando el intercambio únicamente como una broma.

—Entonces usted es el padrastro que compra regalos a escondidas.

—Por fin alguien reconoce mi posición —respondió Adrian, colocando la pelota sobre el mostrador antes de que Teo pudiera retirarla otra vez.

—No lo animes —le pidió Teo al empleado.

—Demasiado tarde —dijo Adrian—. Ahora existe reconocimiento público de mi autoridad.

Teo pagó la comida mientras Adrian pagaba el resto, y la conversación murió allí. Cuando salieron de la tienda, Adrian seguía bromeando.

—Solo para que conste, me pareció que «padraastro» era un ascenso importante respecto a «vecino que da premios».

—No tienes ninguna autoridad sobre Milo.

—Tengo una pelota con catnip. Ya veremos qué autoridad reconoce cuando lleguemos.

Teo soltó un sonido de desaprobación y siguió hasta el coche. La situación parecía terminada. Adrian se había reído, Teo había respondido y ninguno de los dos volvió a hablar del comentario del empleado. Aun así, Adrian había percibido la rapidez de la corrección. No había sido únicamente Teo aclarando quién era el dueño legal del gato. Durante un instante, su cuerpo se había tensado y la respuesta había salido antes de que existiera una verdadera necesidad de aclarar nada. El empleado había mirado a los dos y había asumido que formaban una unidad. Teo se había apresurado a deshacerla.

Adrian no sabía exactamente por qué aquello le molestaba.

El acuerdo entre ellos seguía siendo sencillo. Casual. Discreto. Ninguno de los dos había prometido una relación, y Teo había sido claro desde el principio sobre no querer que su vida personal se convirtiera en tema de conversación ajena. Adrian lo había aceptado sin dificultad. Aun así, mientras guardaba las compras en el maletero, se dio cuenta de que habría preferido que Teo simplemente dejara pasar el comentario.

No dijo nada.



Maya apareció en el apartamento de Adrian al final de aquella tarde y encontró la pelota con catnip abandonada en medio de la sala, a

Milo durmiendo en el sofá y a Adrian guardando equipo en una mochila. Conocía a Adrian desde hacía suficiente tiempo como para notar cambios sin necesidad de preguntar por ellos, pero aun así esperó unos minutos mientras él se quejaba de un cliente que quería repetir parte de las fotografías después de haber aprobado el material.

—Y mañana necesito terminar temprano porque Teo va a trabajar aquí por la tarde —comentó Adrian mientras comprobaba una batería—. En su apartamento va a haber algo de mantenimiento en el piso y odia el ruido cuando tiene reuniones.

Maya, que estaba mirando el teléfono, levantó los ojos.

—¿Teo?

—Sí.

—¿El vecino del gato?

—Sí.

Adrian se detuvo por un instante.

—Sabes quién es.

—Lo sé porque hablas de él cada vez que te veo.

—No hablo de él.

Maya dejó el teléfono sobre la mesa.

—Empezaste hablando del gato. Después pasaste a hablar del dueño del gato. Ahora sé que trabaja desde casa algunos días, organiza la nevera de una manera que tú consideras psicótica, no le gusta que entres sin llamar y, al parecer, mañana va a trabajar en tu mesa.

—La mesa es grande.

—Esa no era la parte importante.

Adrian cerró un compartimento de la mochila.

—Estamos liándonos. No es tan complicado.

—Yo no dije que fuera complicado.

—Tu cara sí.

—Mi cara está preguntando por qué te estás justificando.

Adrian la señaló.

—Precisamente por esto evito contar cosas.

Maya sonrió y se levantó para buscar agua. Cuando abrió uno de los armarios de la cocina, se detuvo al ver el interior reorganizado.

—Cambiate las tazas de sitio.

—Teo se quejaba de que las guardaba demasiado cerca de la cocina.

—Usabas ese armario desde que te mudaste.

—Y ahora uso el otro.

Maya abrió la nevera y encontró recipientes organizados de una forma inusualmente eficiente para los estándares de Adrian.

—¿Él también hizo esto?

—Lo hice yo.

Ella se giró lentamente.

—¿Reorganizaste la nevera porque tu vecino la prefiere así?

—Porque tiene sentido. En esto tenía razón.

—Y compraste café.

—Yo también tomo.

—Lo odiabas.

—La gente cambia.

Maya cerró la nevera, se apoyó contra la encimera y cruzó los brazos.

—Adrian, estás adaptando tu casa para un hombre con el que dices que solo te estás acostando.

—No estoy adaptando mi casa para él. —Adrian señaló el apartamento a su alrededor—. Sigo viviendo exactamente igual.

—Excepto por las tazas, la nevera, el café, el hecho de que llamas a su puerta incluso cuando te está esperando y el espacio que dejaste libre en ese cajón del baño.

Adrian la miró.

—¿Cómo sabes lo del cajón?

—Tú me lo dijiste.

Se quedó en silencio.

Maya sonrió.

—Gracias por colaborar con mi argumento.

Adrian volvió a la mochila y empezó a guardar cables que ya estaban perfectamente guardados.

—Acordamos que sería casual.

—No te estoy preguntando lo que acordaron. Estoy hablando de ti.

—Y yo estoy bien.

—Tampoco pregunté eso. —Maya se acercó y apoyó una mano sobre la mesa—. Te gusta.

—Claro que me gusta. Sería raro seguir acostándome con alguien a quien no soporto.

—Lo soportabas bastante bien cuando se quejaba del pasillo.

Adrian se rio.

—Eso era diferente.

—Lo sé.

Cerró la mochila con más fuerza de la necesaria y finalmente dejó de fingir que la conversación no le afectaba.

—Está bien. Me gusta.

—Más que de forma casual.

Adrian iba a responder, pero la negativa se le quedó atascada antes de salir. Pensó en la mañana en que Teo había trabajado en su mesa mientras él preparaba su propio equipo y en cuánto le había gustado aquella presencia silenciosa. Pensó en las noches en que Teo dormía allí y en cómo ya sabía, sin preguntar, qué lado de la cama elegiría. Pensó en los mensajes enviados durante el día sin ningún motivo, en las discusiones que buscaba porque le gustaba la respuesta, en el cuidado automático de Milo porque aquello ya formaba parte de la rutina de los dos. Y entonces recordó la tienda. Al empleado diciendo «el gato de ustedes» y la rapidez con la que Teo lo había corregido.

No le habría molestado si aquello fuera realmente tan sencillo como decía el acuerdo.

—Mierda —murmuró Adrian.

Maya no sonrió esta vez.

—¿Te diste cuenta?

Adrian se pasó una mano por el rostro y se sentó.

—Creo que sí.

Decirlo en voz alta todavía parecía excesivo. Aun así, después de reconocer la dirección de aquel pensamiento, no pudo fingir que no sabía dónde terminaba. No era solo deseo, compañía conveniente o el placer de provocar a Teo. Estaba haciendo espacio en su casa, en su rutina y en su tiempo para alguien que había entrado en su vida por una abertura bajo una división, y lo hacía sin sentir que estuviera renunciando a nada.

Estaba enamorado de Teo.

La constatación trajo consigo la incomodidad que intentaba minimizar desde la tienda.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Maya, percibiendo el cambio en su rostro.

—Nada serio. —Adrian apoyó los antebrazos sobre las piernas—. Hoy un tipo de la tienda habló de Milo como si fuera nuestro. Teo corrigió enseguida que el gato era suyo.

—El gato *es* suyo.

—Lo sé. No fue eso.

Maya esperó.

—Se puso tenso —continuó Adrian—. Parecía importante dejar claro que no existía ningún «nosotros» ahí. Después volvió a la normalidad, hizo bromas, todo bien. Probablemente le estoy dando más importancia porque acabo de descubrir que soy un idiota.

—Enamorado no es sinónimo de idiota. No siempre, al menos.

—En mi caso hay una intersección considerable.

Maya se sentó a su lado.

—¿Vas a hablar con él?

Adrian pensó en la pregunta. Teo había dejado claro lo que quería antes de que empezaran. Nada serio, ninguna expectativa, discreción. Adrian había aceptado porque en aquel momento también creía que sería capaz de mantenerse exactamente dentro de aquellos límites. El hecho de que sus sentimientos hubieran cambiado no convertía retroactivamente aquel acuerdo en una promesa que Teo nunca había hecho.

—Ahora no —respondió—. Acordamos otra cosa. No voy a aparecer mañana diciendo que cambié de opinión y esperar que él cambie conmigo solo porque yo fui más rápido.

—Eso no significa que tengas que fingir para siempre.

—Lo sé. Solo significa que necesito entender qué quiero hacer antes de convertirlo en un problema suyo.

Maya asintió. No intentó convencerlo de lo contrario.

Adrian miró a Milo durmiendo en el sofá. La pelota con catnip estaba abandonada a pocos centímetros de una de sus patas después de menos de diez minutos de entusiasmo.

—Y encima perdí dinero con este desagradecido.

—¿De quién es el gato, entonces?

Adrian miró a Maya.

Ella empezó a reírse.

—Vete.

—Tú abriste esa puerta.

—Fue un error.

Maya siguió riéndose mientras Adrian recogía la pelota del suelo y se la lanzaba. La conversación cambió, pero la constatación permaneció. Cuando Maya se fue, Adrian se quedó solo en el apartamento durante unos minutos, escuchando únicamente los sonidos bajos del edificio y la respiración de Milo en el sofá. El impulso de enviarle un mensaje a Teo apareció antes incluso de que tuviera algún tema.

Cogió el teléfono.

Había un mensaje suyo enviado pocos minutos antes.

Dejó la mitad de la comida anterior en el plato. ¿Tienes idea de dónde consiguió comida?

Adrian miró a Milo.

Está durmiendo aquí desde que llegamos. No fui yo.

La respuesta llegó casi de inmediato.

Entonces mañana le doy un poco menos.

Adrian sonrió.

Buenas noches para ti también.

Aparecieron los tres puntos.

Buenas noches, Adrian.

Dejó el teléfono sobre la mesa y volvió a mirar al gato.

Casual.

La palabra ya empezaba a exigir esfuerzo.

En el apartamento de al lado, el teléfono de Teo volvió a vibrar poco después. Esta vez no era Adrian.

Era Sofia.

¿Vas a estar en casa el próximo fin de semana? Quiero pasar por ahí. Hace tiempo que no veo bien el apartamento desde la mudanza. Y echo de menos a Milo.

Teo respondió confirmando antes de volver a lo que estaba haciendo.

CAPÍTULO 13

Adrian llevaba poco más de una hora en el apartamento de Teo cuando el teléfono sobre la encimera vibró. Los dos habían almorzado tarde y todavía no habían decidido si pasarían el resto de la tarde allí o en el apartamento de al lado. Milo había resuelto la cuestión por su cuenta al acomodarse en el sofá de Teo, y Adrian estaba sentado en el suelo frente a él, intentando convencer al gato de que mostrara algún interés por la pelota con catnip que había comprado a escondidas. Teo observaba el intento mientras guardaba los últimos platos, demasiado satisfecho con el hecho de que Milo ignorara el juguete.

—Gastaste dinero en eso y ni siquiera lo mira —dijo Teo, cerrando el armario—. Creo que es importante disfrutar de este momento.

—Se está haciendo el interesante porque sabe que estás mirando —respondió Adrian, haciendo rodar la pelota hacia el sofá. Milo siguió el movimiento con los ojos y permaneció tumbado—. Esto es manipulación emocional.

—O simplemente no le gustó.

—Estás poniendo al niño en mi contra.

—El niño tiene cinco años, cuatro patas y acaba de bostezarte en la cara.

El teléfono volvió a vibrar. Teo cogió el aparato todavía sonriendo y abrió el mensaje. La sonrisa desapareció cuando vio el nombre de Sofia.

Ya llegué. Estoy entrando en el edificio.

Teo se quedó inmóvil con el teléfono en la mano.

Adrian notó el cambio casi de inmediato.

—¿Ha pasado algo?

—Llegó mi hermana.

—De acuerdo. —Adrian miró hacia la puerta y después a Teo—. ¿Olvidaste que venía?

—No. Lo sabía.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

Teo dejó el teléfono sobre la encimera. Había recordado la visita durante toda la mañana. Lo que no había planeado era que Adrian siguiera allí cuando Sofia llegara. Podría haber dicho antes que necesitaba quedarse solo, podría haber terminado el almuerzo y esperado a su hermana. No había hecho ninguna de las dos cosas porque estar con Adrian ya había empezado a parecer una parte normal de sus fines de semana. Ahora quedaban menos de cinco minutos entre él y una situación que nunca había experimentado.

—Ella sabe —dijo Teo.

Adrian frunció ligeramente el ceño.

—¿Sabe qué?

—Sobre mí. —Teo hizo una pausa, irritado por su propia dificultad para formular algo tan sencillo—. Que soy gay.

La comprensión apareció en el rostro de Adrian. No respondió de inmediato.

—Cuando dije que una persona de mi familia lo sabía, era ella —continuó Teo—. Sofia lo sabe desde hace años. Es la única.

Adrian asintió, sin mostrar una sorpresa exagerada.

—Entiendo.

Teo empezó a acomodar innecesariamente un objeto sobre la encimera y luego se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Lo dejó en su sitio.

—Si quieres, vuelvo a casa —ofreció Adrian—. No hace falta convertir su visita en una situación complicada porque yo esté aquí.

Son literalmente unos pocos pasos.

Teo miró hacia la puerta. Sería fácil. Adrian cruzaría el pasillo, Sofia llegaría y nada tendría que cambiar. Más tarde, cuando ella se marchara, podría ir a buscar a Adrian otra vez o simplemente mandarle un mensaje. Nadie saldría herido. Nadie preguntaría nada. Aun así, la idea le produjo una incomodidad inmediata.

—No hace falta que te vayas.

Adrian lo observó con atención.

—¿Seguro?

—Sí. Ella sabe. No hay ningún motivo.

—Saber que eres gay y encontrarse a un hombre aquí pueden ser dos informaciones distintas.

—Lo sé.

—No quiero que te sientas presionado.

Teo respiró hondo.

—Lo sé. Y te estoy diciendo que no tienes que irte.

El timbre sonó antes de que Adrian pudiera responder. Teo permaneció quieto durante un segundo y después fue a abrir. Sofia entró con un bolso al hombro y un paquete pequeño en las manos, hablando incluso antes de que la puerta se cerrara.

—Traje aquello que dejaste en mi casa y, antes de que preguntes, no, no lo abrí.

Le entregó el paquete a su hermano, se quitó los zapatos cerca de la entrada y solo entonces se dio cuenta de que no estaban solos.

Adrian se había levantado. Milo seguía tumbado en el sofá.

Sofia miró al hombre frente a ella y después a Teo.

Teo sintió la absurda necesidad de explicarse inmediatamente.

—Este es Adrian. Mi vecino.

La palabra salió demasiado rápido. Adrian no reaccionó.

Sofia levantó discretamente las cejas y volvió su atención hacia él.

—El famoso vecino —dijo.

—Depende mucho de lo que haya contado —respondió Adrian, acercándose para saludarla—. Si empezó por la queja formal, exijo derecho a defensa.

Sofia le estrechó la mano y se rio.

—Empezó por el gato desaparecido.

—Esa versión me favorece un poco más.

—No te favorece —intervino Teo—. Empezaste a darle premios a escondidas dos días después.

—Hubo circunstancias atenuantes.

—El gato maulló.

—Exactamente.

Sofia miró de uno a otro, y Teo se dio cuenta demasiado tarde del nivel de familiaridad de aquella discusión. No había ninguna formalidad entre ellos. Adrian conocía la cocina, estaba descalzo en el apartamento y acababa de hablar de una historia que requería varias semanas de convivencia para tener sentido. Presentarlo como «vecino» no era mentira. Simplemente parecía incompleto.

—Entonces tú eres el responsable de la segunda residencia de Milo

—comentó Sofia, acercándose al sofá para acariciar al gato.

—Prefiero pensar que ofrezco intercambio cultural —respondió Adrian.

—Ofrece sofá y pésimas decisiones alimentarias —corrigió Teo.

—La cuestión alimentaria se resolvió judicialmente hace tiempo.

—Por la administración del edificio —explicó Teo al notar la mirada de su hermana.

Sofia empezó a reírse.

—¿De verdad involucraron a la administración en una pelea por premios?

—Él presentó una queja formal —dijo Adrian, señalando a Teo.

—Porque ignoraste una regla sencilla.

—Y hoy compartimos una hoja de cálculo de alimentación. Mira cuánto hemos crecido.

Sofia se levantó y miró a su hermano con una expresión que él conocía demasiado bien.

—¿Tienen una hoja de cálculo compartida del gato?

—Es un registro.

—Claro.

Teo decidió no continuar con aquella conversación. Fue a la cocina, preguntó si Sofia quería café y recibió un sí como respuesta. Adrian se ofreció a prepararlo mientras Teo buscaba algo para comer, y la manera automática en que ambos se movieron hizo todavía más difícil cualquier intento de presentar aquello como una convivencia casual. Adrian sabía dónde estaba el café. Teo le entregó una taza sin preguntar cuál usaría. Adrian abrió el cajón correcto para coger una cuchara. Sofia observó en silencio el tiempo suficiente como para que Teo empezara a irritarse.

—Deja de mirar así —dijo él.

—¿Así cómo? —preguntó Sofia, demasiado inocente.

—Ya sabes.

—Solo estoy sentada.

Adrian dejó el café frente a ella.

—Yo no me metería. Tiene antecedentes de interpretar miradas como infracciones.

—Estás en mi casa —le recordó Teo.

—Y llamé antes de entrar.

Sofia miró a Adrian.

—¿Él te hizo adquirir ese hábito?

—Fue un proceso de reeducación largo y doloroso.

—¿Entrabas sin llamar? —preguntó ella, girándose hacia su hermano.

—Una vez —corrigió Adrian antes de que Teo respondiera—. Y había contexto.

—No había suficiente contexto.

—Estaba llevando al gato.

—Que no necesitaba que lo llevaras porque sabía volver solo.

—¿Ves? —Adrian señaló a Teo—. Han pasado meses y seguimos discutiendo el mismo caso.

Teo dejó su café frente a sí y se sentó. La irritación solo era real en la superficie. Sofia lo notó enseguida. Teo también notó que ella lo había notado. Era imposible impedirlo sin cambiar deliberadamente la forma en que hablaba con Adrian, y hacer eso delante de Sofia parecía más incómodo que simplemente continuar.

La conversación siguió. Sofia preguntó por el trabajo de Adrian después de descubrir que era fotógrafo, quiso saber cómo había empezado en aquel campo y escuchó algunas historias sobre clientes y sesiones gastronómicas. Adrian, por su parte, le preguntó a qué se dedicaba y consiguió sacarle una queja detallada sobre una compañera que estaba ocupando demasiado tiempo de las reuniones. Teo participó sin la tensión que había esperado sentir. En un momento, Adrian se levantó para buscar agua y tocó brevemente el hombro de Teo al pasar. Teo ni siquiera reparó en el gesto hasta que vio a Sofia siguiendo el movimiento con los ojos.

Más tarde, Milo saltó al regazo de Adrian y se acomodó.

—Impresionante —comentó Sofia—. De verdad te adoptó.

—Gracias. Por fin alguien acepta la realidad.

—Ni empieces —advirtió Teo.

—No dije nada sobre custodia.

—Todavía.

Sofia acarició a Milo mientras permanecía sobre Adrian y luego miró a su hermano.

—¿Y se conocieron por él?

—Técnicamente conocí a Teo antes —respondió Adrian—. Llegó quejándose de mis cajas en el pasillo.

—Estorbaban.

—Una estaba ligeramente fuera de lugar.

—Tuve que esquivarla.

—Eso explica muchas cosas —concluyó Sofia.

Teo entrecerró los ojos.

—¿Qué exactamente?

—Nada. Solo estoy entendiendo el origen de esta relación tan saludable.

La palabra permaneció en el aire el tiempo suficiente.

Relación.

Teo miró a Sofia. Después a Adrian.

Adrian no hizo nada para ayudarlo.

—Estamos saliendo —dijo Teo.

No había ninguna necesidad de anunciarlo de aquella forma. Sofia claramente ya lo había entendido. Aun así, decirlo produjo una extraña sensación de haber cruzado una línea que él mismo había trazado. Adrian desvió la mirada hacia él, y Teo percibió la sorpresa antes de que desapareciera.

Sofia simplemente asintió.

—Me lo imaginaba.

Teo esperó.

—¿Solo eso? —preguntó.

—¿Qué querías que hiciera? —Sofia cogió su taza—. Puedo fingir sorpresa si ayuda. Adrian, estoy impactada. Jamás habría imaginado que ustedes están saliendo después de verte moverte por su cocina sin preguntar dónde está nada.

Adrian se rio.

—No lo animes —pidió Teo.

—Me alegro por ti —continuó Sofia, ahora sin bromear demasiado—. Solo eso.

Teo bajó la mirada hacia el café.

—No pongas cara de que acabas de recibir un diagnóstico malo —se quejó ella.

—No estoy poniendo ninguna cara.

—Sí que lo estás.

Adrian miró a Sofia.

—¿La frente?

—Exactamente.

Teo se giró hacia él.

—¿Le hablaste de mi frente en algún momento que yo no vi?

—No hizo falta. Es una característica muy comunicativa.

Sofia se rio, y Teo terminó acompañándola pese a sus ganas de seguir irritado.

Después de eso, algo se disolvió. Ya se había dicho. Sofia sabía que Adrian no era solo el vecino. No ocurrió nada malo a continuación. No hubo necesidad de justificar cuánto tiempo llevaban juntos, definir qué significaba aquello ni anticipar el futuro.

La tarde continuó.

Adrian percibió el cambio con más claridad que los otros dos. Teo ya era diferente cuando estaban solos, sobre todo después de que habían empezado a dormir juntos. Se relajaba más, aceptaba bromas sin responder a todas como si fueran una ofensa y, a veces, iniciaba el contacto físico sin darse cuenta. Con Sofia, sin embargo, había algo más: no existía vigilancia. Teo interrumpía a su hermana, se reía, se quejaba, admitía cuando ella tenía razón después de mucha resistencia y no parecía revisar cada frase antes de pronunciarla. Cuando Sofia comentó que Victor había preguntado si Teo finalmente había solucionado algún problema del apartamento, respondió con normalidad, sin el cambio brusco que Adrian había presenciado durante la visita de su padre. El nombre de Victor todavía llevaba cierto peso, pero Sofia claramente pertenecía al espacio en el que Teo no necesitaba esconderse.

Cuando se levantó para marcharse, habían pasado casi dos horas.

—La próxima vez traigo comida —dijo Sofia, cogiendo el bolso.

—Siempre dices eso y apareces con algo que hay que calentar —respondió Teo.

—Eso sigue siendo comida.

—Técnicamente.

Ella abrazó a su hermano y después se despidió de Adrian.

—Me gustó conocerte.

—A mí también.

—Y buena suerte con la custodia.

—Sofia —protestó Teo.

—Ya me voy.

Adrian sonrió ampliamente.

—Gracias. Por fin tengo apoyo.

Teo cerró la puerta detrás de su hermana antes de que los dos pudieran continuar. Cuando se giró, Adrian todavía sonreía.

—No te acostumbres. A ella le cae bien cualquiera que me irrite.

—Entonces tengo ventaja.

—Claramente.

Teo recogió las tazas y las llevó a la cocina. Adrian lo siguió, pero no regresó de inmediato a las bromas. La pregunta que llevaba guardando desde el momento en que Teo le había explicado quién era Sofia seguía allí. Esperó mientras Teo dejaba las cosas en el fregadero y solo habló cuando él se giró.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Teo reconoció el tono.

—Puedes.

—¿Por qué solo ella lo sabe?

La respuesta no llegó rápido.

Adrian no añadió nada.

Teo se apoyó contra la encimera y cruzó los brazos. Durante algunas semanas había conseguido mantener aquella parte de su vida separada de la relación entre ellos. Adrian sabía que Teo era gay, sabía que solo una persona de su familia conocía la verdad y ya había percibido que Victor provocaba algún cambio en él. Hasta entonces, nunca había unido los puntos en voz alta. Ahora Sofia había entrado en el apartamento y le había mostrado a Adrian exactamente el tamaño de aquella diferencia.

—Porque Sofia es diferente —respondió Teo.

—¿Diferente de tu padre?

Teo asintió.

—Sobre todo de él.

Adrian siguió esperando.

Teo miró hacia la sala. Milo estaba otra vez en el sofá, ahora solo, y la casa parecía excesivamente silenciosa después de la marcha de Sofia.

—Mi padre siempre ha sido conservador —empezó—. No en esa versión en la que alguien dice que es conservador porque le gustan ciertas cosas de una forma tradicional. De verdad tiene opiniones... rígidas. Siempre las ha tenido.

Adrian no lo interrumpió.

—Cuando era adolescente, una vez apareció una pareja de hombres en una serie que estaba viendo. Mi padre hizo un comentario desagradable y cambió de canal. No era sobre mí. Ni siquiera sabía nada. Pero yo lo escuché. Después vinieron otras cosas a lo largo de los años. Comentarios sobre que un hombre tenía que comportarse de determinada manera, bromas, opiniones. Nunca fue una conversación en la que se sentara conmigo y dijera que odiaba a las personas gays. Pero yo fui acumulándolo todo.

—Y creíste que no te aceptaría.

—Todavía creo que existe la posibilidad de que no me acepte —respondió Teo, corrigiendo la frase sin agresividad—. No quiero fingir que me lo inventé todo en la cabeza. Las cosas que dijo fueron reales.

—No estoy diciendo que te las inventaras.

Teo asintió, agradeciendo en silencio que Adrian no intentara ofrecerle un consuelo barato.

—Es mi padre. Siempre ha estado presente. Puede ser difícil, pero nunca ha sido ausente. Cuando necesitaba algo, aparecía. Cuando compré este apartamento, estaba deseando venir a arreglarlo todo. Cuando era más joven, era igual. —Teo se pasó una mano por el

brazo—. Creo que eso lo empeoraba. Tenía una relación con él que me importaba. Así que nunca quise arriesgarme a descubrir qué pasaría si lo supiera.

—¿Y Sofia?

—Sofia se enteró hace años. Lo sabe todo. Nunca se lo contó a nadie y nunca intentó obligarme a contarlo.

Adrian se acercó un poco, pero siguió sin tocarlo.

—¿Nunca tuviste una relación seria durante todo ese tiempo?

Teo lo miró.

La pregunta encontró exactamente el punto que faltaba.

—Sí.

Adrian percibió por su expresión que había más.

—¿Fue antes?

—Hace algunos años. —Teo respiró hondo—. Estuve con un chico durante bastante tiempo. Al principio funcionaba porque era fácil mantenerlo separado. Nos veíamos, salíamos a sitios donde yo creía que no encontraría a nadie conocido, él nunca estaba conmigo cuando veía a mi familia. Yo decía que necesitaba privacidad y él lo aceptaba.

La última frase salió más baja.

Adrian no apartó la mirada.

—Después se volvió serio —continuó Teo—. Y empezó a ser difícil. Él quería pasar más tiempo conmigo, quería conocer a personas de mi vida, quería poder estar cerca sin que yo estuviera calculando quién podía aparecer. No era una exigencia absurda. Lo sabía incluso entonces. Solo que cuanto más importante se volvía para mí, mayor parecía el riesgo.

—¿Tu padre nunca se enteró?

—No.

—¿Qué pasó?

Teo tardó en responder.

—Terminé con él.

Adrian guardó silencio.

—Él no hizo nada —añadió Teo—. No me engañó, no me trató mal, no hizo ninguna exigencia imposible. Simplemente me di cuenta de que estaba llegando a un punto en el que continuar significaba aumentar las posibilidades de que alguien se enterara. Sobre todo mi padre. Así que terminé antes.

—¿Lo amabas?

Teo podría haber evitado la respuesta. No lo hizo.

—Sí.

Adrian bajó la mirada durante un instante.

—¿Mucho?

—Lo suficiente como para pasar bastante tiempo intentando convencerme de que terminar había sido la decisión correcta.

El silencio que siguió fue más pesado. Teo había contado partes de aquella historia a Sofia durante años, pero nunca de aquella forma a alguien con quien estuviera involucrado. Después de aquella relación, había evitado cualquier situación que pudiera acercarse al mismo punto. Las relaciones cortas eran más fáciles. Los hombres que no exigían un espacio real en su vida eran seguros. Cuando alguien empezaba a acercarse demasiado, Teo conseguía alejarlo antes de tener que explicar por qué.

Adrian parecía reorganizar mentalmente varias cosas que hasta entonces había interpretado de otra manera. La insistencia en la discreción. Las presentaciones cuidadosas. El cambio frente a Victor. La facilidad con la que Teo existía dentro de los apartamentos y la resistencia ante cualquier posibilidad de que aquella vida cruzara la puerta.

—Entonces, cuando dijiste que querías discreción... —empezó Adrian.

—Hablaba en serio.

—Lo sé. Solo creo que no había entendido lo que significaba para ti. Teo descruzó los brazos.

—No te mentí.

—No dije que lo hicieras.

—Pero no te conté esto.

—No me debías toda tu historia antes de besarme —respondió Adrian, ahora más cerca—. Teo, no estoy intentando encontrar algo que hayas hecho mal.

La actitud defensiva de Teo disminuyó un poco.

—Necesito que entiendas una cosa —continuó Adrian—. No voy a obligarte a contárselo a tu padre. Ni a tu familia ni a nadie. No voy a imponerte plazos ni convertir esto en una prueba de cuánto te importo.

Teo apartó la mirada durante un segundo.

—No quiero que pienses que estoy esperando eso —añadió Adrian.

—No sé qué estás esperando.

Adrian estuvo a punto de responder, pero se detuvo. Desde la conversación con Maya sabía exactamente cuál era su propio problema: esperaba más de lo que el acuerdo permitía. Todavía no se lo había contado. Quizá aquel fuera el momento. Teo, sin embargo, acababa de entregarle una parte de su vida que claramente llevaba años guardando. Adrian no quería convertir su vulnerabilidad en una obligación de recibir una declaración a cambio.

—Espero que seas sincero conmigo sobre lo que puedes dar —respondió.

Teo levantó los ojos.

—Eso es todo —continuó Adrian—. No necesito que resuelvas hoy tu relación con tu padre. Solo necesito saber dónde estoy.

Teo permaneció en silencio.

—Nunca le conté esto a nadie con quien estuve después de él —admitió.

Adrian asimiló la información sin dramatizarla.

—Gracias por contármelo.

La sencillez de la respuesta apretó algo dentro de Teo. Había esperado preguntas, quizá incomodidad, quizá alguna preocupación

inmediata sobre lo que aquello significaría para Adrian. En lugar de eso, recibió únicamente reconocimiento.

Adrian dio otro paso y le tomó suavemente la mano.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Estás aprovechando bastante este pase libre.

—Es una pregunta importante.

Teo miró los dedos entrelazados.

—Pregunta.

—¿Qué quieres conmigo ahora?

Teo sintió que todo su cuerpo se ponía alerta.

Adrian no soltó su mano.

—Cuando empezamos, acordamos que sería casual. Sin expectativas, sin relación seria. Lo acepté porque también era lo que quería en ese momento. Pero han pasado algunas semanas. Así que necesito saber si todavía estás exactamente en ese mismo punto.

Teo pensó en responder automáticamente que sí. El acuerdo funcionaba. Era seguro. Los dos tenían apartamentos separados, rutinas propias y ninguna obligación aparte de las que decidían aceptar. Llamarlo casual permitía que siguiera existiendo sin exigir nada más.

El problema era que ya no parecía verdad.

Teo pensó en las noches en la cama de Adrian, en las cenas, en los mensajes sin motivo, en la mesa donde trabajaba mientras Adrian se movía por la casa. Pensó en Sofia sentada allí poco antes, riéndose con los dos, y en la inesperada sensación de no tener que elegir qué parte de su propia vida podía permanecer en la habitación. Pensó en cuánto le molestaría que Adrian dijera que estaba viendo a otro hombre.

La respuesta se volvió muy sencilla.

—No quiero que estés con otra persona.

Adrian no mostró sorpresa inmediata.

—Bien...

—Y yo tampoco quiero estar con otra persona —añadió Teo—. No estoy con nadie más.

—Yo tampoco.

Teo asintió, pero sabía que todavía estaba desviándose de la pregunta.

—Eso parece un cambio en el acuerdo —dijo Adrian.

—Eso parece.

—¿Quieres cambiarlo?

Teo pasó el pulgar por sus dedos.

—Sí.

Adrian respiró hondo, y la discreta tensión que llevaba consigo desde la conversación con Maya disminuyó un poco.

—¿Exclusivos? —preguntó.

—Exclusivos.

—Sin otras personas.

—Sin otras personas —confirmó Teo. Después de una pausa, añadió —: Seguimos cada uno en su propia casa.

Adrian sonrió.

—Estaba a punto de sugerir que derribáramos la pared.

—Ni bromees con eso.

La risa de Adrian llegó de inmediato, y Teo sintió relajarse su propio cuerpo.

—Entonces exclusividad, apartamentos separados y prohibición absoluta de obras estructurales —resumió Adrian—. ¿Alguna cláusula más?

—La discreción sigue vigente.

La sonrisa disminuyó solo lo suficiente para dejar espacio a la seriedad.

—Está bien.

Teo observó su rostro.

—¿De verdad estás bien con eso?

—Estoy bien con mantener nuestra vida privada. Y acabo de decirte que no voy a obligarte a contárselo a nadie. —Adrian apretó suavemente su mano—. Solo quiero que sigamos siendo sinceros el uno con el otro cuando algo cambie.

Teo asintió.

—Entonces ya está —dijo Adrian.

—¿Ya está?

—¿Esperabas una firma?

—No.

—¿Certificación notarial?

—Adrian.

—Solo estoy comprobando el nivel de formalidad.

Teo intentó contener la sonrisa y fracasó.

Adrian lo observó durante un instante.

—¿Puedo besarte o eso necesita una cláusula aparte?

Teo lo agarró de la camiseta antes de responder.

El beso empezó de una forma distinta a los anteriores. No había urgencia por descubrir si aquello podía suceder ni necesidad de demostrar que Teo no retrocedería. Adrian lo tocó con la familiaridad construida durante las últimas semanas, su mano encontrando la cintura de Teo mientras él acercaba el cuerpo. El deseo seguía allí, claro, pero había una nueva conciencia debajo. Cuando Teo volvió a besarlo, sabía que no estaba eligiendo únicamente aquella noche. Acababa de elegir continuar.

Adrian se apartó unos centímetros.

—¿Estás seguro?

—Acabo de pasar media hora explicándote cosas que nunca le conté a nadie con quien estuve y acepté ser exclusivo contigo. —Teo le sujetó la nuca—. Si preguntas si estoy seguro cada dos minutos, voy a reconsiderarlo por otro motivo.

—Esta versión tuya es muy romántica.

—Sabías dónde te estabas metiendo.

—En realidad, empecé dándole agua a un gato fugitivo. Nadie me explicó el resto.

Teo lo besó para terminar con la provocación.

La intimidad llegó sin necesidad de separar cada paso. Ya conocían el cuerpo del otro, sabían qué funcionaba y cuándo reducir el ritmo. Lo que había cambiado era Teo. Las otras veces, incluso relajado, alguna parte de él seguía tratando aquellos momentos como algo que existía de forma aislada, una experiencia contenida detrás de las puertas de los dos apartamentos. Aquella tarde, lo que ocurría entre ellos tenía continuidad. Existía un antes y habría un después. No era únicamente deseo permitido durante unas horas.

Adrian también percibió la diferencia. Tocó a Teo sin prisa, atento a las reacciones que ahora conocía, pero no intentó convertir la cercanía en algo solemne. Teo no necesitaba solemnidad. Necesitaba aquel espacio en el que podía apoyar la frente en el hombro de Adrian, reírse cuando algo perdía el ritmo, atraerlo de vuelta cuando se apartaba y no pensar en cómo se vería para alguien que no estuviera allí.

Cuando finalmente se quedaron quietos, Teo permaneció cerca de él en lugar de buscar inmediatamente su ropa. Adrian deslizó lentamente los dedos por su brazo.

—Entonces, ¿qué es esto ahora? —preguntó Adrian.

Teo abrió un ojo.

—Ni empieces.

—Pregunta legítima.

—Acabamos de definirlo.

—Definimos exclusividad. Estoy preguntando si tiene nombre.

Teo permaneció en silencio.

Adrian sonrió.

—Te da miedo la palabra.

—No.

—Entonces dilo.

—No hace falta.

—Interesante.

Teo se giró de lado para mirarlo.

—¿Quieres que diga que somos novios?

Adrian lo pensó durante un instante.

—Quiero saber si eso es lo que tú crees que estamos haciendo.

La pregunta no sonaba a exigencia. Era exactamente lo que Adrian había prometido: sinceridad sobre dónde estaban.

Teo respiró hondo.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—No presiones.

Adrian se rio y se acercó para besarle rápidamente.

—Acepto el «creo» por ahora.

—Muy generoso.

—Tengo mis momentos.

Teo se quedó allí. La palabra todavía le producía una resistencia difícil de nombrar, pero no parecía equivocada. Noviazgo. Privado, sin ningún anuncio, sin cambiar lo que estaba preparado para compartir con el resto del mundo. Aun así, entre los dos, algo había dejado de necesitar la protección de «casual».

Milo apareció en la puerta del dormitorio poco después, miró a los dos y entró con su tranquilidad habitual.

—No —advirtió Teo al darse cuenta de la dirección que llevaba el gato—. Hoy no.

Milo saltó a la cama.

Adrian intentó ocultar la risa.

—No lo animes.

—No hice nada.

Milo caminó directamente hasta Adrian y se tumbó cerca de su pierna.

Teo señaló al gato.

—Esto es el resultado de años de sobornos.

—Meses.

—Parecen más.

Adrian acarició al gato y miró a Teo.

—Entonces, ahora que somos exclusivos, ¿me corresponde un aumento de custodia?

—No.

—¿Visitas sin supervisión?

—Ya las tienes.

—¿Poder de decisión médica?

—Nunca.

—¿Derecho a fiestas alternas?

Teo cogió una almohada y le dio en el pecho.

Adrian se rio mientras Milo levantaba la cabeza, molesto por el movimiento.

Teo terminó riéndose también.

Poco después, el dormitorio volvió a quedar en silencio. Milo permaneció entre los dos, Adrian siguió con una mano apoyada sobre el brazo de Teo y ninguno volvió a mencionar cómo llamarían a aquello.

No hacía falta.

CAPÍTULO 14

Adrian hizo la invitación un jueves por la noche, cuando estaba en el apartamento de Teo con una pierna estirada sobre el sofá y Milo acomodado sobre su vientre. Hablaba mientras miraba el teléfono, aparentemente sin darle especial importancia a la propuesta.

—Maya quiere organizar un brunch el domingo. ¿Vienes conmigo? —preguntó Adrian, levantando los ojos hacia Teo—. Dijo que necesita confirmar que existes fuera de las historias que cuento.

Teo, que estaba guardando algunas cosas en la cocina, se detuvo por un instante.

—¿Con ustedes dos?

—Ese suele ser el principio de invitar a alguien. Yo, tú y Maya.

La vacilación apareció antes de que Teo pudiera ocultarla. Desde la visita de Sofia, algo entre ellos se había vuelto más definido. No usaban la palabra novio con frecuencia, sobre todo porque Teo todavía sentía una resistencia inexplicable cada vez que surgía, pero habían acordado exclusividad y ambos sabían que ya no se limitaban simplemente a verse. Dentro de los dos apartamentos, el cambio había sido fácil. Salir con Adrian para encontrarse con Maya sería diferente. No sería una cena improvisada después de ir a buscar a Milo ni una visita a una tienda motivada por el gato. Sería la primera vez que Teo entraría deliberadamente en un entorno social ocupando, junto a Adrian, una posición que ambos reconocían ahora.

—¿Dónde? —preguntó.

Adrian le dijo el nombre del lugar y la zona. Teo la conocía. Estaba en un área concurrida, con restaurantes, cafeterías y algunos edificios de oficinas. No quedaba exactamente cerca de su trabajo, pero tampoco era un sitio donde pudiera garantizar que jamás se encontraría con alguien conocido.

—No quieres ir —concluyó Adrian, sin convertir la observación en una queja.

—No dije eso.

—Tu frente lo dijo.

Teo le lanzó una mirada irritada.

—Deja de hablar de mi frente.

—Participa mucho en las conversaciones.

Teo volvió a guardar lo que tenía en las manos, aprovechando aquellos segundos para pensar. Maya ya sabía lo de ellos. Sofia también. Nadie de su familia estaría en aquel brunch. Adrian conocía toda la historia relacionada con Victor y no lo había presionado en ningún momento desde entonces. Si Teo se negaba simplemente porque existía una posibilidad remota de que alguien los viera sentados en la misma mesa, empezaría a convertir su propia exigencia de discreción en algo todavía más restrictivo de lo que pretendía.

—Iré —decidió.

Adrian levantó las cejas.

—¿Estás seguro?

—Si vuelves a preguntar, cambio de opinión.

—Entonces estoy satisfecho con la primera respuesta.

El domingo, Teo descubrió que aceptar la invitación había sido considerablemente más fácil que llegar al restaurante. Encontraron a Maya delante de la entrada, y ella saludó a Adrian con un abrazo antes de dirigir la atención hacia Teo. No hubo ninguna mirada evaluadora, ningún comentario sobre conocerlo por fin ni intento alguno de convertir el encuentro en una inspección de la relación.

—El hombre de la nevera organizada —dijo Maya, tendiéndole la mano.

Teo miró inmediatamente a Adrian.

—¿Qué exactamente vas contando de mí?

—Conté que reorganizaste mi nevera.

—Tú reorganizaste tu propia nevera.

—Bajo tu influencia ideológica.

Maya sonrió.

—Habló de ti durante unos cuarenta minutos y, al parecer, la nevera terminó convirtiéndose en un símbolo importante.

—No fueron cuarenta minutos —protestó Adrian.

—Fueron más. Estoy intentando preservar tu dignidad.

Teo casi sonrió a pesar de la tensión que llevaba consigo desde que había salido de casa. Entraron, los llevaron hasta una mesa y empezaron a mirar el menú. Maya se sentó frente a los dos, dejando a Adrian y Teo uno al lado del otro sin hacer ningún comentario sobre la disposición. Era un detalle pequeño, pero Teo lo notó. También notó cuando Adrian apoyó casualmente el brazo en el respaldo de su silla mientras le preguntaba qué iba a pedir.

—Todavía no lo sé —respondió Teo, sin dejar de examinar el menú.

—Llevas cinco minutos leyendo.

—Porque hay demasiadas opciones.

—Es un desayuno tardío, no una financiación inmobiliaria.

—Si elijo mal, tendré que quedarme con eso hasta terminarlo.

Maya cerró su propio menú.

—¿Siempre convierte la comida en una decisión estratégica?

—Todo es una decisión estratégica para Teo —respondió Adrian—. Deberías verlo eligiendo una película.

—Me pediste mi opinión sobre una película mala y después la ignoraste.

—Porque tu opinión estaba equivocada.

—Te dormiste a la mitad.

—Eso no demuestra nada.

Maya observó la discusión con evidente diversión, pero no hizo ningún comentario sobre la intimidad de los dos. La conversación pasó a otros temas. Ella contó una situación del trabajo, Adrian aprovechó para burlarse de algunas de sus decisiones y Teo empezó a participar sin tener que pensar cada frase. Cuando llegaron los pedidos, ya era menos consciente de la distancia entre su silla y la de Adrian. El restaurante estaba lleno, pero nadie parecía prestar atención a aquella mesa. Había familias, amigos, parejas, personas solas trabajando con sus portátiles y grupos demasiado ocupados con sus propias conversaciones como para notar cualquier cosa que ocurriera entre tres desconocidos.

Adrian tocó el brazo de Teo al pasarle un plato que había quedado cerca de él.

Teo lo notó.

No se apartó.

Más tarde, mientras Maya contaba una historia, Adrian dejó la mano sobre la mesa cerca de la de Teo. Sus dedos se rozaron durante unos segundos cuando Teo fue a coger su taza. No hubo ningún intento de sujetarlo ni ningún gesto evidente. Adrian simplemente mantuvo la mano allí, y Teo no corrigió la cercanía.

Era extraño descubrir cuánto no pasaba nada.

Nadie dejaba de hablar para mirarlos. Ningún camarero cambiaba la forma de tratarlos. Maya no intentaba poner en evidencia la relación y Adrian no hacía nada que pareciera planeado para poner a prueba sus límites. Después de un tiempo, Teo se dio cuenta de que había pasado varios minutos sin pensar en quién podía estar mirando. La constatación produjo un alivio discreto. Quizá había imaginado demasiadas dificultades antes siquiera de intentarlo.

—Estás más callado —comentó Maya al cabo de un rato.

—Se pone así cuando está juzgando la comida —respondió Adrian.

—Estoy comiendo —replicó Teo—. No toda pausa necesita un diagnóstico.

—¿La comida aprobó?

Teo miró el plato de Adrian.

—La mía está mejor que la tuya.

—Ni siquiera probaste la mía.

—No hace falta.

—Eso es prejuicio gastronómico.

—Eso es tener ojos.

Maya empezó a reírse, y Adrian puso una mano sobre el antebrazo de Teo en un intento inútil de demostrar ofensa. Teo permitió el contacto y, cuando Adrian tardó un poco más en retirar la mano, no hizo nada. La tensión del principio ya parecía desproporcionada. Se estaba divirtiendo. Le gustaba Maya, que tenía la misma facilidad que Adrian para provocar sin exigir que cada reacción se convirtiera en una discusión seria. Le gustaba estar allí con él. Y, sobre todo, empezaba a creer que podía existir de aquella manera fuera de los apartamentos sin que el mundo reaccionara.

Sin embargo, el lugar estaba en una zona donde había oficinas de algunas empresas con las que Teo ya había trabajado y establecimientos frecuentados por personas de su círculo profesional. Lo sabía desde que Adrian había hecho la invitación. Durante las primeras horas, aquella información había permanecido presente en algún rincón de su cabeza. Después había desaparecido bajo la conversación.

Fue Maya quien notó primero que Teo había dejado de prestarle atención.

—¿Lo conoces? —preguntó, siguiendo su mirada.

Teo sintió que se le cerraba el estómago.

Un hombre acababa de entrar en el restaurante acompañado de otra persona. Teo lo conocía del trabajo. No eran amigos, pero ya habían participado en reuniones juntos y hablaban con suficiente frecuencia como para que fingir no reconocerse fuera imposible. El compañero todavía no había mirado hacia la mesa.

La mano de Teo estaba cerca de la de Adrian.

La retiró de inmediato.

El movimiento fue tan rápido que su brazo casi chocó con su propia taza. Teo enderezó la postura y se apartó unos centímetros hacia un lado, creando una distancia que hasta entonces no existía entre las dos sillas. Adrian lo notó todo. No dijo nada.

—Trabajo —respondió Teo en voz baja.

Maya entendió lo suficiente como para no hacer más preguntas.

El compañero miró hacia ellos unos segundos después y reconoció a Teo. Sonrió, dijo algo a la persona que lo acompañaba y se acercó a la mesa.

—¿Teo? —saludó al aproximarse—. No esperaba encontrarte aquí.

—Hola. Yo tampoco esperaba encontrarte —respondió Teo, adoptando sin darse cuenta el mismo tono controlado que utilizaba en las reuniones—. ¿Todo bien?

—Todo bien. Vine a encontrarme con unas personas dentro de un rato.

El hombre miró brevemente a Maya y Adrian.

Teo percibió la expectativa de que los presentara.

—Ella es Maya. Y él es Adrian.

No añadió nada más.

Adrian sonrió y saludó al compañero con naturalidad.

—Encantado.

—Encantado. —El hombre volvió su atención hacia Teo—. ¿Viste el correo que enviaron el viernes?

—Sí. Voy a responder mañana por la mañana. Creo que es mejor revisar los números antes.

—Yo también lo pensé. Hay una parte que no coincide con lo que habían presentado en la reunión anterior.

La conversación se mantuvo en el trabajo durante unos pocos minutos. Teo respondió a las preguntas, hizo un comentario sobre una futura reunión y consiguió comportarse con suficiente normalidad como para que el compañero no demostrara ninguna

curiosidad por las personas sentadas con él. Adrian no intentó participar más de lo necesario. Maya tampoco. Cuando el hombre finalmente se despidió, solo dijo que hablaría con Teo el lunes y siguió hacia otra parte del restaurante.

Teo esperó a que se alejara antes de volver la mirada hacia la mesa. Adrian estaba bebiendo café.

Maya retomó la conversación anterior sin mencionar lo que acababa de ocurrir.

—En fin, antes de la interrupción, estaba explicando por qué nunca más deberían permitirle elegir restaurante.

—Una vez —protestó Adrian—. Elegí mal una vez.

—La comida tardó dos horas.

—Eso no estaba en la página web.

—Y tú insististe en que valdría la pena esperar.

Teo tardó unos segundos en volver a seguir el tema. Sabía que Adrian había notado su reacción. Era imposible que no lo hubiera hecho. Aun así, no estaba utilizándolo para provocarlo ni cambiando su comportamiento delante de Maya. La mano que antes había estado cerca de la de Teo ahora sostenía su propia taza. La distancia entre ellos seguía siendo mayor.

Teo intentó participar otra vez en la conversación. Lo consiguió, pero no con la misma facilidad. La presencia de su compañero en algún lugar del restaurante mantenía su cuerpo alerta. Cada vez que alguien pasaba cerca de la mesa, sus ojos se movían automáticamente. Adrian no intentó tocarlo otra vez.

Eso molestó a Teo más de lo que esperaba.

El resto del brunch siguió siendo agradable, pero la ligereza de las primeras horas no regresó por completo. Maya pareció darse cuenta y evitó cualquier cosa que pudiera aumentar la incomodidad.

Cuando terminaron, pagaron la cuenta y salieron juntos. Hablaron algunos minutos más en la acera hasta que Maya avisó que seguiría en otra dirección.

—Me gustó conocerte por fin fuera de las modificaciones estructurales que Adrian hizo en casa —le dijo a Teo.

—No fueron modificaciones estructurales.

—Cambió las tazas de armario. Para él eso casi es una reforma.

—Los odio a los dos —declaró Adrian.

Maya lo abrazó y después se despidió de Teo.

—Nos vemos.

—Espero que sí.

Ella sonrió y se marchó.

Teo y Adrian empezaron a caminar solos. Durante los primeros minutos, ninguno de los dos habló del tema. Adrian mantuvo las manos en los bolsillos y comentó algo sobre el restaurante. Teo respondió, pero sabía que aquella conversación existía únicamente porque Adrian le estaba dando tiempo.

Fue Teo quien terminó rompiendo el silencio.

—Te molestó.

Adrian lo miró.

—Un poco.

La respuesta directa hizo que Teo respirara más profundamente.

—Por mi compañero.

—Por lo que pasó cuando apareció.

—No estaba preparado para que alguien del trabajo lo supiera.

—Lo sé.

—Ni siquiera sé qué piensa sobre esto. Y el trabajo es diferente. Algo puede empezar como un comentario y después convertirse en tema de conversación para otras personas. No quería tener que lidiar con eso sin estar preparado.

Adrian asintió.

—Tienes derecho a decidir quién sabe que eres gay.

Teo esperaba resistencia y encontró acuerdo. Eso no terminó de tranquilizarlo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Adrian caminó unos pasos antes de responder, eligiendo las palabras.

—No es que no nos presentaras como pareja. No necesitaba que dijeras «este es mi novio» a un compañero que apareció de la nada. Tampoco necesitaba que mantuvieras la mano cerca de la mía solo para demostrar algo.

Teo lo miró.

—Lo que me afectó fue la rapidez con la que dejé de ser lo que era cinco segundos antes —continuó Adrian—. Retiraste la mano, te apartaste y cambiaste completamente de postura. Cuando nos presentaste, yo no era tu novio, no era el hombre con el que estás, no era nada más que una persona sentada en aquella mesa.

—Él no preguntó quién eras.

—Lo sé. Y no quería que dieras una información que no había pedido. —Adrian sacó una mano del bolsillo y se la pasó por la nuca—. Estoy intentando explicar otra cosa.

Teo guardó silencio.

—Antes de que apareciera ese tipo, estaba sentado a tu lado y sabía cuál era mi lugar. Después de que lo viste, pareció que mi lugar se había convertido en un problema que necesitabas esconder inmediatamente. Ese cambio fue extraño.

Teo sintió surgir una defensa automática.

—No estaba escondiéndote. Solo no quería que él supiera...

Adrian lo miró.

Teo oyó su propia frase después de decirla.

Solo no quería que él supiera.

La diferencia parecía pequeña únicamente hasta que se formulaba de aquella manera.

—Eso es esconder —admitió Teo, en voz más baja.

—En aquel momento, sí. —Adrian no lo dijo como una acusación—. Y entiendo por qué. Lo que intento decirte es que comprender el

motivo no hace que la sensación desaparezca.

Siguieron caminando. Teo miró la acera durante unos segundos, reorganizando lo que había ocurrido. Hasta entonces había imaginado el problema de Adrian de una manera más sencilla. Tal vez como el deseo de poder cogerle la mano en público, demostrar cariño o ser presentado formalmente como su novio. Cosas que Teo todavía no sabía si sería capaz de hacer con naturalidad. Pero Adrian no estaba pidiendo ninguna de ellas. La incomodidad venía del hecho de que Teo había alterado activamente la realidad entre los dos en cuanto apareció alguien conocido.

—Pensé que te había molestado porque retiré la mano —dijo Teo.

—Tampoco fue maravilloso —respondió Adrian con una pequeña sonrisa—. Pero puedo sobrevivir sin ir de la mano.

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí. —La sonrisa desapareció—. Teo, no necesito demostraciones públicas. No estoy intentando sacarte del armario por la fuerza. Después de lo que me contaste sobre tu padre y tu ex, sería especialmente cruel hacerlo.

Teo asintió.

—Solo no quiero tener que estar preparado para desaparecer cada vez que alguien conocido se acerque.

La frase se quedó con Teo.

Adrian volvió a meter la mano en el bolsillo.

—Y antes de que conviertas esto en una catástrofe, no estoy diciendo que se haya acabado ni te estoy dando un ultimátum. Es la primera vez que pasa desde que decidimos estar juntos. Te asustaste. Lo entendí.

—Pero te dolió.

Adrian respiró hondo.

—Un poco.

Teo habría preferido que lo negara. Sería más fácil considerar su propia reacción como algo pequeño si Adrian dijera que no había importado. En cambio, estaba siendo cuidadoso y, aun así, sincero.

—Perdón.

—No necesito que te disculpes por sentir miedo.

—No me estoy disculpando por eso. —Teo lo miró—. Me disculpo por cómo te traté cuando lo sentí.

Adrian sostuvo su mirada durante unos segundos y asintió.

—Eso sí lo acepto.

Teo redujo un poco el paso.

—No sé si puedo prometer que estaré completamente tranquilo si vuelve a pasar.

—No quiero esa promesa.

—Pero puedo intentar no reaccionar de aquella forma.

Adrian permaneció en silencio.

—En serio —continuó Teo—. Quizá todavía no pueda presentarte como mi novio ante cualquiera que aparezca. Quizá me ponga nervioso. Pero puedo intentar no actuar como si necesitara crear distancia inmediatamente solo porque alguien me haya reconocido.

—Por ahora, eso es suficiente para mí.

—¿Por ahora?

Adrian soltó una pequeña risa.

—No empieces una investigación por una palabra.

—Tú elegiste la palabra.

—Y tú sigues siendo tú.

La tensión disminuyó lo suficiente para que Teo sintiera ganas de responder con alguna provocación, pero el tema todavía no parecía completamente resuelto dentro de él.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro de que no quiero que cada dificultad tuya termine convirtiéndose en un ultimátum. —Adrian miró al frente mientras caminaban—. Esto es nuevo para ti. Y, después de ayer, sé que hay toda una historia detrás. Puedo tener paciencia sin fingir que nada me afecta.

Teo asimiló la frase.

—Parece justo.

—Milagro. Estuviste de acuerdo sin convocar a Helena.

—No existe ningún reglamento del edificio para esto.

—Todavía.

Teo sonrió. Adrian también, y unos pasos después su mano rozó brevemente el brazo de Teo. El contacto fue discreto, fácil de ignorar para cualquiera que pasara cerca. Esta vez, Teo no se apartó.

La relación seguía intacta. No había amenaza de ruptura, ninguna exigencia nueva, ningún conflicto lo bastante grande como para cambiar lo que habían decidido antes. Aun así, algo había quedado expuesto. Teo ahora sabía que el miedo que siempre había tratado como un problema exclusivamente suyo tenía la capacidad de alcanzar a Adrian.

Cuando llegaron frente al edificio, Adrian solo lo besó después de que entraran en el ascensor vacío. Teo correspondió, pero la conversación del camino seguía presente. Más tarde, solo en el apartamento, encontró a Milo tumbado en el árbol para gatos que durante semanas prácticamente había ignorado y se sentó en el sofá. El episodio del restaurante volvía en detalles incómodos: la mano retirada, la silla apartada, el cambio instantáneo de postura, la presentación sin ningún contexto. No había planeado hacer nada de aquello. Su cuerpo simplemente había reaccionado antes de que tuviera tiempo de decidir.

Eso era precisamente lo que más le molestaba.

Años antes, cuando su antigua relación había empezado a exigir demasiado espacio fuera de los lugares privados, Teo había resuelto el problema reduciendo ese espacio. Había evitado situaciones, separado personas, impedido encuentros y, cuando aquello se volvió demasiado difícil, terminó la relación. En aquel momento había conseguido llamar a todo eso protección, prudencia, necesidad. Ahora le había prometido a Adrian que intentaría hacerlo de otra manera, pero la primera aparición inesperada de alguien conocido había bastado para devolverle un reflejo que Teo conocía mejor de lo que le gustaría.

Milo levantó la cabeza cuando Teo pasó una mano por su pelaje.

—No es lo mismo —murmuró.

El gato volvió a cerrar los ojos.

Teo permaneció sentado, mirando la sala silenciosa.

Todavía no era lo mismo.

CAPÍTULO 15

Teo buscó a Sofia al día siguiente. Podría haberle enviado un mensaje, pero pasó toda la mañana reorganizando mentalmente la conversación con Adrian y descubrió que no quería resumir aquello en media docena de frases en una pantalla. Cuando por fin estuvieron solos, tardó más de lo que pretendía en empezar. Sofia se dio cuenta de que algo iba mal y esperó. Teo le contó lo del brunch, el compañero del trabajo, el movimiento automático de retirar la mano y alejarse de Adrian, y después repitió casi palabra por palabra lo que Adrian había dicho durante el paseo. Explicó que no había exigido que lo presentara como su novio, no había pedido ninguna demostración pública ni había convertido la situación en un ultimátum. Aun así, se había sentido herido porque, en cuanto apareció alguien conocido, Teo cambió por completo la forma en que lo trataba.

—Y entendí lo que quiso decir —concluyó Teo, pasándose una mano por el rostro—. Creo que esa es la peor parte. Si estuviera exigiendo que se lo contara a todo el mundo, sería fácil decir que no puedo. Pero no fue eso. Solo dijo que, durante unos minutos, dejó de ocupar el lugar que tenía en mi vida porque apareció alguien que yo conocía.

Sofia permaneció en silencio unos segundos antes de preguntar:

—¿Quieres seguir con él?

—Sí —respondió Teo sin necesidad de pensarlo.

La rapidez de la respuesta hizo que Sofia levantara ligeramente las cejas.

—Entonces empieza por ahí. Porque eso ya es diferente.

—¿Diferente de qué?

—De casi todo lo que hiciste después de aquella relación antigua. —Sofia apoyó los brazos sobre las piernas y lo miró—. Pasaste años eligiendo relaciones que podían terminar antes de llegar a este punto. Si alguien no ocupaba suficiente espacio en tu vida, tampoco existía el riesgo de que ese espacio llegara cerca de la familia, de papá, del trabajo o de cualquier otra parte que mantienes separada. Teo sintió la crítica antes incluso de decidir si era injusta.

—Yo no elegía a las personas pensando en eso.

—No estoy diciendo que hicieras una selección consciente. Estoy diciendo que te funcionaba. Las relaciones superficiales no exigían que resolvieras nada. Podías salir con alguien durante unas semanas, unos meses, mantenerlo todo dentro de los límites que controlabas y terminar sin tener que preguntarte qué pasaría si esa persona empezara a formar parte de tu vida de verdad.

—Adrian ya forma parte.

—Lo sé. Por eso estás aquí.

Teo guardó silencio. Sofia no parecía interesada en suavizar la conclusión solo para hacerlo sentir más cómodo.

—Y no te digo esto para atacarte —continuó ella—. Solo quiero que te des cuenta de que el problema no empezó en el brunch. Aquello fue la primera vez que viste lo que pasa cuando las dos partes de tu vida se encuentran por accidente.

—Le prometí que intentaré manejarlo mejor si vuelve a pasar.

—Perfecto. Pero ¿sabes por qué tu primera reacción fue esa?

Teo lo sabía. Esa era precisamente la pregunta que llevaba evitando desde que había vuelto a casa.

—Porque no quería que mi compañero lo supiera.

—Eso explica el miedo. No explica por qué el miedo decidió todo antes de que tuvieras tiempo de pensar.

Teo apartó la mirada. El recuerdo de su relación anterior había regresado varias veces desde el brunch, y no le gustaba el motivo.

Durante años había tratado aquella historia como una decisión dolorosa, cerrada en el pasado. Ahora empezaba a ver una continuidad que prefería no encontrar.

—No fue igual —dijo.

—Todavía no —admitió Sofia—. Pero tú mismo me contaste cómo aquello empezó a ir mal. Tu ex quería ocupar más espacio en tu vida y tú empezaste a calcular todo lo que podía pasar si seguían juntos. A dónde podían ir, quién podía verlos, cuánto tiempo podías mantener cada parte separada. Hasta que se volvió demasiado difícil.

—Y terminé con él.

—Antes de que papá se enterara —completó Sofia—. No después. Teo la miró.

—Victor nunca descubrió aquella relación —continuó Sofia—. No te obligó a terminar. No les prohibió estar juntos. No montó ningún escándalo. Tú decidiste por adelantado que no soportarías lo que podría pasar si lo supiera y terminaste la relación antes de descubrir cuál sería su reacción real.

—Porque tenía motivos para pensar que sería mala.

—Los tenías. Y todavía tienes motivos para sentir miedo. Nunca dije lo contrario.

Teo permaneció unos segundos en silencio. Sofia conocía las mismas historias que Adrian conocía ahora. Sabía de los comentarios de Victor, de sus opiniones sobre la masculinidad, de la reacción ante la pareja de hombres en la televisión. Nunca había intentado convencerlo de que se había imaginado aquellas cosas.

—¿De verdad crees que me aceptaría? —preguntó Teo.

Sofia no respondió de inmediato, y la demora ya le dio a Teo parte de la respuesta.

—No lo sé.

—Siempre dices que me quiere.

—Porque te quiere.

—Entonces crees que me aceptaría.

—No conviertas una cosa en la otra porque quieres una garantía —respondió Sofia, sin elevar la voz—. Puedo saber que nuestro padre te quiere y aun así no saber exactamente cómo va a reaccionar cuando descubra que eres gay. No voy a prometerte una reacción que solo le pertenece a él.

Teo se recostó y cruzó los brazos.

—Eso ayuda muchísimo.

—¿Quieres ayuda o quieres que te diga que todo va a salir bien?

—Quería saber qué piensas.

—Y te lo estoy diciendo. Creo que Victor es rígido, conservador y ha dicho suficientes cosas como para que tengas miedo. También creo que ha pasado toda nuestra vida involucrado con sus hijos. Ya ha estado en desacuerdo con decisiones mías, tuyas, se ha quejado, ha criticado, ha intentado convencernos y ha seguido apareciendo al día siguiente con herramientas, comida o alguna solución práctica que nadie le pidió.

Teo recordó la primera visita de su padre al apartamento. Victor había criticado la disposición de los muebles, los acabados, la elección del inmueble y, poco después, había dicho que no era él quien viviría allí. *Yo puedo pensar que lo habría hecho de otra manera. Eso no significa que tú tengas que vivir como yo.* La frase seguía en su memoria, pero Teo se negaba a tratarla como respuesta a una cuestión mucho más grande.

—Estás comparando un apartamento con que yo sea gay.

—No —respondió Sofia de inmediato—. Y tienes razón si crees que no son comparables. La sexualidad no es una elección de vivienda, carrera o muebles. Precisamente por eso no voy a mirarte y decirte: «Aceptó otras decisiones, así que también aceptará esto». No lo sé. Teo soltó el aire lentamente.

—Lo que sí sé —continuó Sofia— es que llevas años tratando la peor reacción posible de nuestro padre como si ya hubiera ocurrido. No sabes si se va a enfadar, si se sentirá decepcionado, confundido, si necesitará tiempo o si reaccionará mejor de lo que imaginas. No lo sabes porque nunca permitiste que existiera una respuesta. Hasta

ahora, todas tus decisiones se han basado en la versión más aterradora de ella.

—Porque una vez que se lo cuente no hay vuelta atrás.

—Lo sé.

—Si sale mal, no eres tú quien pierde la relación con él.

Sofía asimiló la frase sin reaccionar a la defensiva.

—Es verdad. Y por eso nunca se lo contaré por ti ni te diré que tienes que hacerlo. El riesgo lo corres tú. Y tú decides si puedes asumirlo.

Teo se pasó los dedos por la frente. Había esperado que hablar con Sofía le ayudara a ordenar el problema. En cambio, ella se negaba precisamente a darle lo único que habría hecho sencilla la decisión: certeza.

—Todavía no puedo contárselo.

—Entonces no se lo cuentes ahora.

Teo levantó la mirada, sorprendido por la facilidad de la respuesta.

—Pensé que ibas a decir que tengo que hacerlo.

—No. Nadie debería obligarte a salir del armario para demostrar valentía, amor ni ninguna otra cosa. —Sofía se inclinó un poco hacia delante—. Pero hay otra parte que también tienes que aceptar: mientras no se lo cuentes, no puedes fingir que sabes cuál sería su respuesta. Llevas años tomando decisiones por papá. Decides lo que sentiría, lo que haría, hasta dónde llegaría y organizas tu vida alrededor de eso. Tal vez tengas razón. Tal vez no. Pero no hay forma de saberlo mientras sigas respondiendo por él.

Teo se quedó callado.

—Y ahora ya no se trata solo de ti —añadió Sofía.

—Lo sé.

—¿De verdad?

Teo la miró.

—Adrian no tiene derecho a obligarte a salir del armario —continuó Sofía—. Pero sí tiene derecho a decidir hasta dónde puede llegar en

una relación escondida. Las dos cosas pueden existir al mismo tiempo. Puedes tener motivos reales para no poder contarle y él puede tener motivos reales para sentirse herido cuando lo borras en cuanto aparece alguien.

—No amenazó con terminar. De hecho, fue todo lo contrario. Dejó claro que no quería convertirlo en un ultimátum.

—Y eso está bien. Solo no esperes que su paciencia sea una obligación permanente. También es su vida la que está en juego y quizá no quiera vivir así para siempre.

Teo sintió aumentar la incomodidad.

—Le prometí que voy a intentarlo.

—Entonces inténtalo. Solo no esperes que «intentarlo» signifique que él nunca más pueda decir que algo le dolió o le molestó.

La frase permaneció entre ellos. Sofia no parecía estar poniéndose del lado de Adrian contra su hermano. Precisamente por eso todo era más difícil. Reconocía el miedo de Teo sin permitir que lo utilizara para invalidar lo que Adrian sentía.

—No quiero perderlo —admitió Teo.

Sofia lo observó durante un momento.

—Entonces quizá haya llegado el momento de dejar de pensar solo en lo que necesitas hacer para no perder a alguien y empezar a pensar en qué tipo de relación puedes ofrecer de verdad.

Teo no respondió. La pregunta no tenía solución aquel día. Todavía no podía imaginar una conversación con Victor sin sentir que todo su cuerpo se resistía a la idea. Seguía sin saber qué haría si otro compañero volvía a encontrárselo con Adrian. Solo sabía que, por primera vez desde aquella relación antigua, había alguien de quien no quería simplemente alejarse cuando las cosas empezaban a complicarse.

Cuando regresó al edificio, ya estaba oscureciendo. Teo entró en el apartamento esperando encontrar a Milo y descubrió la sala vacía. La puerta del balcón estaba abierta, lo que explicaba su desaparición. Probablemente el gato había cruzado hasta Adrian.

Teo dejó las llaves sobre la encimera y pasó unos segundos mirando la división a lo lejos, preguntándose si debía ir a buscarlo. El teléfono vibró antes de que decidiera.

Milo está aquí. Cenó lo que estaba registrado y, al parecer, piensa quedarse un rato.

Nada sobre el brunch.

Nada sobre la conversación del día anterior.

Teo respondió:

Déjalo. Después volverá.

Adrian envió únicamente una confirmación. Teo esperó otro mensaje y se dio cuenta de que no llegaría. No había ninguna pregunta sobre dónde había pasado la tarde, ningún intento de retomar el tema, ninguna exigencia para saber si había pensado en lo que habían hablado. Adrian estaba haciendo exactamente lo que había prometido: darle espacio.

Milo regresó algún tiempo después por el balcón y caminó hasta la sala. Teo se agachó para acariciarlo y después oyó deslizarse la puerta del balcón vecino al otro lado de la división. Adrian estaba a pocos metros. Teo podía cruzar el pasillo o enviarle un mensaje. Al final no hizo ninguna de las dos cosas aquella noche. No porque quisiera distancia, sino porque empezaba a darse cuenta de cuánta distancia estaba aceptando Adrian para no presionarlo.

Hasta su silencio era una concesión.

Teo se sentó en el sofá mientras Milo subía a su lado. Adrian conocía la historia con Victor, sabía del antiguo novio, había salido herido del brunch y, aun así, no había exigido una solución inmediata. No había pedido anuncios, presentaciones, revelaciones ni plazos. Solo había dicho que ser borrado dolía y había confiado en que Teo haría algo con aquella información.

Eso significaba que Teo ya no podía fingir que el problema no existía.

Todavía no sabía cómo resolverlo. Todavía no podía contárselo a su padre. Seguía sintiendo el mismo miedo que llevaba años cargando.

Pero ahora sabía que obedecer automáticamente a ese miedo tenía consecuencias para alguien más que él.

CAPÍTULO 16

La semana empezó mal el lunes y consiguió empeorar hasta el jueves. Teo pasó más horas frente al ordenador de las que le gustaría admitir, acumuló dos reuniones que podrían haberse resuelto por correo electrónico, recibió una revisión que lo obligaba a rehacer parte de un trabajo casi terminado y empezó a responder mensajes profesionales mientras comía. El miércoles se dio cuenta de que estaba usando la misma taza de café desde la mañana únicamente porque no se había detenido el tiempo suficiente para llevarla hasta la cocina. El jueves, Adrian le envió una foto de Milo durmiendo en su sofá acompañada de una queja por abandono parental, y Teo respondió casi una hora después con una sola frase diciendo que estaba ocupado. Adrian no insistió. El viernes, cuando Teo finalmente cerró el portátil poco después de las ocho de la noche, no sintió alivio. Solo se dio cuenta de que estaba demasiado cansado incluso para decidir qué haría a continuación.

El timbre sonó unos minutos después. Teo miró hacia la puerta, sabiendo ya quién era. Adrian no entraba sin llamar desde hacía semanas, incluso cuando Teo le enviaba un mensaje diciéndole que pasara. Al principio, aquello había parecido un ajuste pequeño. Esa noche, Teo se dio cuenta de cuánto significaba no tener que estar preparado para que la puerta se abriera en cualquier momento.

—Entra —dijo Teo después de abrir.

Adrian entró, pero se detuvo en cuanto lo miró mejor.

—Tienes un aspecto terrible.

—Gracias.

—No era una crítica estética. —Adrian dejó el teléfono sobre la encimera y observó el portátil cerrado, los papeles a un lado y la taza olvidada cerca del sofá—. ¿Comiste?

—Sí.

Adrian entrecerró los ojos.

—¿Hoy?

Teo lo pensó un instante.

—Técnicamente.

—Eso no me tranquiliza.

—Almorcé.

—¿A qué hora?

—No sé.

Adrian pareció estar a punto de hacer otra pregunta, pero desistió. En lugar de empezar a recoger cosas, mandar a Teo a ducharse o decidir por su cuenta qué debía ocurrir aquella noche, simplemente se apoyó contra la encimera.

—¿Qué necesitas?

Teo levantó los ojos.

—¿Qué?

—Estás agotado. Puedo irme y dejarte descansar, puedo preparar comida, puedo poner algo para ver, puedo quedarme aquí. Solo dime qué necesitas.

La pregunta era sencilla, pero Teo tardó unos segundos en responder. Durante mucho tiempo, cualquier persona que intentara ayudarlo cuando estaba sobrecargado terminaba produciendo una tarea más: responder preguntas, conversar, reaccionar, aceptar sugerencias que no quería. Adrian, unos meses antes, probablemente habría entrado hablando, habría abierto la nevera, decidido una cena y pasado los siguientes veinte minutos provocándolo hasta conseguir alguna reacción. El hombre frente a él seguía siendo exactamente el mismo al que le encantaba irritarlo, solo que ahora conocía la diferencia entre una provocación y un límite.

—Silencio —respondió Teo. Después lo miró—. Y compañía.

Adrian asintió sin hacer ningún comentario sobre la combinación aparentemente contradictoria.

—Puedo hacer eso.

Fue a la cocina y abrió la nevera. Teo no preguntó qué iba a preparar. Se sentó en el sofá, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Oyó el ruido bajo de los armarios, el agua corriendo durante unos segundos, una olla colocándose sobre el fuego. Adrian no puso música. No intentó conversar mientras cocinaba. Milo apareció por el balcón poco después y caminó directamente hacia Teo, pero Adrian lo interceptó antes de que empezara a exigir atención, lo cogió en brazos y se lo llevó consigo a la cocina.

—Tú tampoco —murmuró Adrian al gato—. Hoy este hombre no tiene capacidad operativa.

Teo abrió un ojo.

—Te escuché.

—Entonces tu oído sobrevivió.

—Prometiste silencio.

—Eso fue una comunicación de emergencia con otro residente.

Teo volvió a cerrar los ojos, pero sonrió.

Adrian preparó algo sencillo, dejó un plato frente a él y se sentó al otro lado del sofá con el suyo. No preguntó si estaba bueno después del primer bocado ni vigiló cuánto comía Teo. Simplemente permaneció allí. Durante varios minutos, el único sonido fue el de los cubiertos y el de Milo caminando por el apartamento hasta elegir el árbol para gatos. Teo terminó casi todo antes de darse cuenta de que realmente tenía hambre.

—Gracias —dijo, dejando el plato sobre la mesa de centro.

—De nada.

Adrian no añadió nada.

Teo giró el rostro hacia él.

—Te estás tomando muy en serio lo del silencio.

—Recibí instrucciones claras. Temo una nueva queja formal.

—Eso pasó una vez.

—Marcó mi vida.

Teo volvió a dejar caer la cabeza contra el sofá. Adrian recogió los platos poco después, lavó solo lo necesario y regresó. No intentó llevar a Teo al apartamento de al lado, no le sugirió que trabajara menos ni se quejó de que prácticamente no se habían visto durante toda la semana. Se sentó junto a él, estiró las piernas y cogió el teléfono. Unos minutos después, Teo se dio cuenta de que Adrian ni siquiera estaba viendo videos en voz alta porque llevaba auriculares para no molestarlo.

La constatación lo golpeó despacio.

Cuando se conocieron, Teo había pasado semanas tratando a Adrian como alguien que ocupaba demasiado espacio. Demasiada música, demasiadas cajas, demasiadas plantas, demasiados comentarios. Incluso cuando Adrian hacía algo inofensivo, Teo veía invasión antes de ver intención. Después llegaron Milo, las reglas, los premios, los mensajes, las cenas, los besos y todas las veces en que Adrian había aprendido algo sobre él sin dejar de ser quien era. Seguía siendo desorganizado en cosas que Teo jamás aceptaría en sí mismo, seguía haciendo bromas en el peor momento posible y todavía conseguía convertir una pregunta sencilla en una provocación. Pero también había aprendido a llamar. Había aprendido cuándo una pregunta podía continuar y cuándo debía morir allí. Había aprendido que Teo necesitaba espacio incluso antes de que Teo consiguiera explicar la diferencia entre espacio y alejamiento.

Aquella noche le había preguntado qué necesitaba.

Y había creído en su respuesta.

Teo miró la sala. El apartamento seguía siendo exactamente el lugar que había comprado para sí mismo, organizado de la manera que había elegido, con sus muebles, su rutina y sus reglas. Adrian estaba sentado en el sofá, ocupando una parte de aquel espacio sin que Teo sintiera ninguna necesidad de recuperarlo. Su presencia ya no parecía la de alguien entrando en la casa de Teo.

Parecía parte de ella.

Teo observó el perfil de Adrian durante unos segundos.

—Adrian.

Él se quitó uno de los auriculares.

—¿Hm?

Teo abrió la boca y se dio cuenta de que no había planeado nada.

Quizá por eso la frase salió antes de que pudiera organizarla.

—Te amo.

Adrian se quedó completamente inmóvil.

La falta de una respuesta inmediata hizo que Teo sintiera reaccionar su propio cuerpo antes de que la razón pudiera intervenir.

—No tienes que decir nada ahora —añadió, demasiado rápido—. Yo solo...

—Teo.

—No estoy esperando que tú...

—Teo —repitió Adrian, ahora con una sonrisa empezando a aparecer—. Para.

Teo cerró la boca.

Adrian se quitó el otro auricular y dejó los dos sobre la mesa.

—Yo también te amo.

El aire que Teo ni siquiera sabía que estaba conteniendo salió lentamente.

—De acuerdo.

Adrian empezó a reírse.

—Acabas de decirme que me amas y respondes «de acuerdo».

—¿Qué quieres que responda?

—Cualquier cosa con un poco más de emoción humana sería interesante.

—Ya hice la parte emocional.

—Cierto. Gastaste toda tu cuota de la semana.

Teo le empujó el hombro, pero Adrian le sujetó la mano antes de que pudiera apartarla. La sonrisa seguía allí, aunque el humor había disminuido.

—Yo me di cuenta primero —admitió Adrian.

Teo frunció el ceño.

—¿Hace cuánto?

—Un tiempo.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente.

—Eso no es una respuesta.

—Es la respuesta que vas a recibir porque no tengo ningún interés en darte material para que calcules si tardaste demasiado.

Teo lo miró fijamente.

—¿Lo sabías y no dijiste nada?

—Sabía lo que yo sentía. No sabía dónde estabas tú. —Adrian entrelazó sus dedos con los de él—. Después de que me contaras lo de tu padre y tu ex, pensé que lo último que necesitabas era que yo apareciera diciendo que estaba enamorado y lo convirtiera en otra cosa más que tenías que resolver.

Teo recordó la conversación después de la visita de Sofia. Adrian ya lo sabía entonces. Había escuchado todo, preguntado qué quería Teo y aceptado la exclusividad sin utilizar sus propios sentimientos para empujarlo más allá.

—¿Estabas esperando?

—¿A que llegaras tú solo hasta ahí? —respondió Adrian—. Sí.

Teo bajó la mirada hacia sus manos unidas.

—Eso es irritantemente maduro para ti.

—Tengo profundidad.

—A veces.

—Me amas de todos modos.

La frase produjo una sensación distinta ahora que podía decirse sin ser una broma. Teo levantó los ojos.

—Sí.

Esta vez no salió por accidente. No salió por un impulso provocado por el cansancio ni porque la palabra se hubiera escapado antes de que pudiera contenerla. Teo lo dijo mirando directamente a Adrian y sintió menos miedo del que esperaba.

Adrian se acercó y lo besó.

El beso empezó despacio. Teo llevó la mano libre hasta su nuca y permaneció allí, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba de una forma que el cansancio de la semana todavía no había permitido. Adrian no intentó convertir la declaración en un cambio inmediato de todo lo que existía entre ellos. Cuando se apartó, permaneció lo bastante cerca para que Teo siguiera sintiendo su respiración.

—Esto no cambia la conversación que tuvimos —dijo Teo.

Adrian entendió inmediatamente a cuál se refería.

—La del brunch.

—Todo.

—Lo sé.

Teo esperó, pero Adrian no añadió nada.

—¿No vas a preguntar qué pienso hacer?

—Ya dijiste que intentarás manejarlo de otra manera cuando vuelva a ocurrir una situación así. Lo acepté.

—Ahora sabes que te amo.

—¿Y?

—Eso cambia las cosas.

Adrian pasó el pulgar por sus dedos.

—Cambia muchas cosas para mí. Pero no convierte esta noche en una exigencia.

Teo permaneció callado.

—No quiero que acabes de conseguir decirme que me amas y pases los siguientes veinte minutos pensando que ahora tienes que resolver lo de tu padre, tu trabajo y el resto de tu vida para

demostrar que era verdad —continuó Adrian—. No es eso lo que quiero.

—Pero sigues teniendo derecho a molestarte.

—Sí. Y si vuelve a pasar, quizá me moleste. Hablaremos cuando tengamos que hablar. —Adrian inclinó ligeramente la cabeza—. Hoy solo quiero quedarme aquí.

La respuesta encontró exactamente el punto en el que Teo todavía estaba más vulnerable. Adrian no había retirado su propio límite. No estaba prometiendo aceptar cualquier cosa para siempre. Simplemente se negaba a convertir el amor en un arma de negociación.

Teo le apretó la mano.

—Quédate.

—Pensaba hacerlo.

—Engreído.

—Literalmente pediste silencio y compañía. Técnicamente estoy prestando un servicio.

Teo lo agarró de la camiseta y volvió a besarlo.

La cercanía cambió poco a poco. El beso ganó intensidad, pero no urgencia. Adrian llevó una mano hasta su cintura y esperó a que Teo se acercara por voluntad propia antes de profundizar el contacto. La mala semana, el trabajo y la conversación con Sofia parecieron perder espacio mientras Teo se permitía permanecer en aquel momento. No había nada nuevo en el cuerpo de Adrian. Ya conocía su tacto, su peso, la forma en que lo atraía y el momento en que solía reducir el ritmo para observar su reacción. Lo nuevo era la ausencia de cualquier necesidad de fingir que aquello podía separarse de lo que sentían.

Teo besó a Adrian sabiendo que lo amaba.

La constatación no hizo el deseo más complicado.

Lo hizo más sencillo.

Adrian interrumpió el beso únicamente para apoyar la frente contra la suya.

—Estás agotado. ¿Seguro que quieres seguir?

—Estoy cansado, no muriéndome.

—Pregunta legítima.

—Estoy seguro —respondió Teo, pasando los dedos por su nuca—. Y si vuelves a preguntar, voy a considerarlo una ofensa personal.

—Información recibida.

La risa de ambos desapareció en el beso siguiente. El resto ocurrió sin necesidad de prisa ni explicaciones. Adrian lo tocó con la familiaridad que habían construido y Teo respondió sin vigilar cada gesto. No había ninguna actuación, ningún intento de demostrar que estaba cómodo ni obligación de convertir aquella noche en algo diferente solo porque se habían dicho «te amo». Era íntimo precisamente porque ya conocían el camino del otro. Teo podía detenerse para reír cuando Adrian chocaba con algo, quejarse cuando hacía una provocación fuera de hora y volver a besarlo segundos después sin sentir que el momento se había roto. Cuando el cansancio finalmente venció cualquier interés en permanecer despiertos, los dos se quedaron juntos en el sofá durante unos minutos antes de ir al dormitorio.

Milo apareció poco después e intentó subir a la cama.

—No —dijo Teo, señalando el suelo.

El gato se detuvo.

Adrian lo miró.

—¿De verdad crees que eso va a funcionar?

—Él entiende.

Milo saltó a la cama.

—Excelente autoridad —comentó Adrian.

—Es culpa tuya.

—Claro.

Milo caminó hasta el espacio entre los dos y empezó a acomodarse.

—No. Hoy no —insistió Teo, cogiendo al gato antes de que terminara y colocándolo a los pies de la cama.

Milo le lanzó una mirada ofendida.

—Tienes un árbol entero y dos casas —dijo Teo—. Vas a sobrevivir.

—Eso fue cruel —murmuró Adrian.

—¿Quieres dormir en el sofá con él?

—Retiro la crítica.

Teo apagó la luz.

Unos minutos después sintió a Adrian acercarse. Su brazo rodeó la cintura de Teo sin ninguna vacilación, y Teo acomodó el cuerpo hasta quedar cómodo. No necesitó pensar en quién estaba ocupando demasiado espacio. No necesitó decidir si quería distancia.

Se quedó dormido antes de darse cuenta de que llevaba horas sin responder ningún mensaje de trabajo.

A la mañana siguiente, la alarma sonó lo bastante temprano como para provocar una queja de Adrian, que enterró el rostro en la almohada mientras Teo se levantaba.

—¿Quién organiza un almuerzo un día que exige despertarse antes de las nueve? —preguntó Adrian con la voz apagada.

—La gente funcional.

—El mediodía no exige levantarse a las ocho.

—Tengo cosas que hacer antes.

—Tienes problemas.

Teo fue al baño y regresó un rato después ya vestido. Adrian seguía en la cama, aunque ahora estaba despierto y mirando el teléfono.

—¿Tú tampoco tenías que salir? —preguntó Teo.

—Tengo un trabajo más tarde. Ya que me expulsaron emocionalmente de la cama, aprovecharé para salir temprano.

—Nadie te expulsó.

—Tu despertador sí.

Teo empezó a organizar la cartera y las llaves. El almuerzo con Victor y Sofia estaba planeado desde hacía algunos días y no tenía relación con ninguna conversación especial. Era simplemente un encuentro familiar. Aun así, después de la noche anterior, pensar en su padre

hizo que regresaran algunas de las cuestiones que habían quedado en segundo plano.

Adrian percibió el cambio sin comentarlo.

Salieron del edificio un rato después. Adrian se dirigiría a otro punto de la ciudad, pero parte del camino coincidía, así que caminaron juntos. Fuera de casa, Teo era más consciente de la cercanía entre ellos de lo que había estado dentro del apartamento, pero no había nadie conocido cerca y la conversación siguió siendo ligera. Adrian se quejó del horario, Teo lo acusó de haber pasado media mañana intentando volver a dormir y los dos discutieron durante unos minutos sobre quién había dejado entrar a Milo en el dormitorio durante la madrugada.

El teléfono de Teo vibró.

Era Sofia.

Abrió el mensaje mientras caminaba.

Papá llegó temprano. Yo también estoy llegando. Está fuera esperándote porque dijo que no quería pedir mesa antes de que llegáramos todos.

Teo redujo el paso.

Adrian lo notó.

—¿Todo bien?

Teo volvió a leer el mensaje.

—Mi padre llegó temprano.

—¿Ya está en el restaurante?

—Fuera.

Adrian asintió y los dos siguieron caminando.

El restaurante todavía estaba a unas cuantas calles.

CAPÍTULO 17

Teo siguió caminando junto a Adrian después de leer el mensaje de Sofia, pero la conversación que había ocupado el trayecto desapareció. El restaurante todavía estaba a unas cuantas calles y saber que Victor ya estaba fuera convirtió una distancia corta en demasiado tiempo para pensar. Hasta unos minutos antes, Teo estaba bien. Había salido de casa después de una noche en la que le había dicho a Adrian que lo amaba y había escuchado lo mismo de vuelta. Ahora, cada paso reducía la distancia entre dos partes de su vida que nunca se habían encontrado de aquella manera.

Adrian lo notó antes de que Teo dijera nada.

—Te pusiste tenso —comentó, sin tocarlo.

—Mi padre está esperando allí.

—Lo sé. —Adrian miró hacia la calle frente a ellos—. Puedo ir por otro camino desde aquí. Nos despedimos ahora y tú sigues.

Teo giró el rostro hacia él. La oferta debería haberle producido alivio. En cambio, recordó inmediatamente el brunch, la mano retirada, la silla apartada y la conversación que habían tenido después. Adrian no estaba pidiendo que lo presentara a Victor como su novio. Ni siquiera había sugerido entrar con él al restaurante. Solo estaba ofreciéndole una salida porque conocía el miedo de Teo.

—No hace falta.

Adrian volvió la mirada hacia él.

—Teo, no me va a molestar.

—Lo sé. Pero no tienes que hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Apartarte antes porque mi padre está ahí. —Teo respiró hondo—. No estamos haciendo nada malo.

Adrian lo observó durante unos segundos.

—Yo no dije que lo estuviéramos haciendo.

—Sé lo que quisiste decir.

—Y yo sé lo que estás intentando hacer. —Adrian mantuvo el tono tranquilo—. Solo que no tienes que demostrarme nada.

—No estoy intentando hacerlo.

—Entonces sigamos caminando.

Teo asintió. Era sencillo. Ya estaban caminando juntos antes del mensaje. Adrian tenía un compromiso en otra dirección y seguiría su propio camino cuando llegara el momento. Victor podía verlos. Si preguntaba algo, Teo no necesitaba inventar una explicación antes incluso de que existiera una pregunta. Después de la conversación con Sofia, había pasado demasiado tiempo pensando en cuánto reaccionaba a situaciones que todavía no habían ocurrido. No volvería a hacerlo.

Consiguió creerlo durante casi una calle.

Cuanto más se acercaban al restaurante, más parecía ignorar su cuerpo las conclusiones a las que había llegado su cabeza. Teo empezó a buscar a Victor entre las personas de la acera, después en las mesas exteriores y luego cerca de la entrada. Adrian no comentó el cambio. Siguió a su lado, sin acercarse más ni crear distancia.

—Voy a seguir por la otra calle después de la esquina —dijo Adrian cuando ya podían ver la fachada del restaurante—. Así que no tienes que...

—Lo sé —lo interrumpió Teo—. Está bien.

Adrian asintió.

Teo vio la entrada.

No vio a Victor.

Durante unos segundos creyó que quizá su padre había entrado.

Entonces oyó su voz detrás de él.

—Teo.

Su cuerpo reaccionó antes de que se girara. Los hombros se tensaron, el corazón se aceleró y la mano que estaba a pocos centímetros de la de Adrian se cerró junto a su cuerpo. Victor venía desde el otro lado de la acera, probablemente después de haberse alejado de la entrada durante unos minutos. Estaba solo y miró primero a su hijo y después a Adrian.

Lo reconoció casi inmediatamente.

—Adrian, ¿no? —preguntó Victor al acercarse—. El vecino.

Teo sintió a Adrian quedarse inmóvil a su lado.

—Sí. Buenos días —respondió Adrian con cordialidad.

Victor le estrechó la mano.

—Nos conocimos aquella vez en el apartamento.

—Me acuerdo.

Todavía no había pasado nada. Victor simplemente había reconocido a un hombre que ya conocía. Teo intentó aferrarse a eso. Podía dejar que la conversación siguiera. Adrian se marcharía. Victor entraría con él al restaurante. No había ningún motivo para crear un problema.

Victor volvió a mirar a los dos.

—¿Vinieron juntos?

La pregunta era sencilla.

Teo entró en pánico.

Dio un pequeño paso hacia un lado antes siquiera de darse cuenta de que se estaba alejando de Adrian.

—No. Quiero decir... vivimos en el mismo edificio. Adrian es mi vecino.

La palabra salió demasiado rápido.

Vecino.

Durante un instante, Teo dejó de oír todo lo demás.

Victor no se dio cuenta.

—Ah, sí. Es verdad. —Miró a Adrian—. El del apartamento de al lado. Adrian tardó apenas un segundo en responder.

—Sí.

No hubo ningún cambio evidente en su tono. Ninguna ironía, ninguna acusación, nada que Victor pudiera interpretar como extraño.

—Milo todavía divide su vida entre los dos apartamentos y cree que eso es perfectamente normal —añadió Teo, intentando que la frase sonara ligera.

Adrian lo miró.

Teo supo inmediatamente que no debería haber continuado.

Victor soltó una breve risa.

—El gato que vive cruzando, ¿no?

—Ese mismo —respondió Adrian.

Sofia apareció cerca de la entrada antes de que la conversación pudiera continuar.

—Por fin —dijo mientras se acercaba—. Papá llegó temprano y ya estaba empezando a pensar que habían desistido.

Victor se giró hacia su hija.

—Dije que ya venían.

Sofia saludó a su padre y entonces vio a Adrian. La sorpresa duró poco.

—Hola, Adrian.

—Hola, Sofia.

Victor miró de uno a otro.

—¿Ustedes se conocen?

Teo sintió otra oleada de tensión.

—Lo conocí cuando fui a visitar a Teo —respondió Sofia con naturalidad, sin mirar a su hermano—. El famoso vecino de Milo.

—Demasiado famoso, aparentemente —comentó Adrian.

Victor pareció satisfecho con la explicación y volvió a prestar atención a la entrada del restaurante.

Adrian consultó la hora.

—Tengo que irme. Tengo un compromiso.

Teo lo miró.

—De acuerdo.

Adrian volvió a despedirse de Victor y Sofia.

—Que disfruten el almuerzo.

—Que te vaya bien en el trabajo —respondió Sofia.

—Hasta luego. —Victor asintió.

Adrian miró a Teo por último.

—Hablamos después.

No había ninguna amenaza en la frase. Eso hizo que Teo se sintiera todavía peor.

—Sí.

Adrian se marchó sin mirar atrás.

Teo lo siguió con la mirada durante unos segundos hasta que Sofia le tocó el brazo.

—¿Entramos?

—Vamos.

El almuerzo empezó pocos minutos después y Teo no consiguió prestar atención a casi nada. Victor se quejó del tráfico, Sofia contó algo que había ocurrido durante la semana y los dos discutieron sobre un cambio que ella pensaba hacer en casa. Teo respondía cuando lo incluían directamente, pero varias veces se dio cuenta de que alguien llevaba ya unos segundos esperando porque no había escuchado la pregunta.

—¿Estás trabajando demasiado otra vez? —preguntó Victor después de que Teo le pidiera que repitiera algo por segunda vez.

—Un poco.

—Tienes cara de cansado.

—La semana estuvo pesada.

—Entonces deja de aceptar más cosas de las que puedes hacer —dijo Victor mientras cortaba su comida—. No sirve de nada aceptar todo y después pasar el fin de semana agotado.

Teo estuvo a punto de responder que no era el trabajo, pero simplemente asintió.

Sofia lo estaba mirando.

Teo evitó su mirada.

Victor siguió hablando, aparentemente satisfecho con la explicación.

—¿Y aquel enchufe del apartamento? ¿Dejó de dar problemas?

—Sí.

—Te dije que era un mal contacto. Si vuelve a pasar, avísame antes de llamar a alguien.

—Te aviso.

Sofia seguía observándolo.

Teo cogió el vaso.

—Estás raro —dijo ella.

Victor ni siquiera levantó los ojos.

—Está cansado. Acaba de decirlo.

—Lo escuché.

—Entonces ya está.

Teo aprovechó la respuesta de su padre para cerrar la investigación.

—Solo es eso. Dormí poco.

Sofia no pareció creerle, pero no insistió delante de Victor.

El resto del almuerzo transcurrió sin ningún acontecimiento importante. Precisamente eso hacía que todo fuera peor. Victor estaba normal. Hablaba con sus hijos, criticaba una decisión de Sofia, preguntaba por el trabajo de Teo y hacía planes cotidianos. No tenía la menor idea de que, fuera del restaurante, una palabra pronunciada por su hijo había destruido algo.

Cuando se despidieron, Victor todavía le pidió a Teo que avisara cuando llegara a casa. Sofia lo abrazó y le sostuvo el brazo durante un instante antes de soltarlo.

—Después me cuentas —dijo en voz baja.

Teo fingió no entender.

—¿Contarte qué?

—Ya sabes.

Victor llamó a Sofia unos pasos más adelante, y ella simplemente lanzó una última mirada a su hermano antes de marcharse.

Teo regresó solo al edificio.

Durante todo el camino intentó encontrar una versión de la conversación con Adrian que no terminara mal. Podía explicar que lo habían tomado por sorpresa. Que Victor había aparecido antes de que él estuviera preparado. Que la pregunta había llegado demasiado rápido. Que no había planeado llamar a Adrian su vecino para borrar la relación. Técnicamente, ni siquiera había mentido. Adrian era su vecino.

El argumento le pareció peor cada vez que lo repetía mentalmente.

Cuando llegó a su piso, no entró en su propio apartamento.

Llamó a la puerta de Adrian.

No hubo respuesta.

Esperó y volvió a llamar.

Esta vez oyó movimiento. Adrian abrió unos segundos después. Llevaba otra camiseta y tenía el cabello todavía húmedo, probablemente acababa de ducharse.

—Hola.

No parecía furioso. Teo habría preferido que lo estuviera.

—¿Podemos hablar?

Adrian pasó unos segundos mirándolo antes de abrir más la puerta.

—Puedes entrar.

Teo entró. El apartamento era demasiado familiar. Ya sabía dónde dejaba Adrian las llaves, dónde guardaba los vasos, qué cojín solía elegir Milo y qué equipo de aquella mesa estaba preparado para el trabajo del día siguiente. Horas antes, aquella familiaridad había significado hogar.

Ahora parecía imposible ignorar que Victor no conocía ninguna parte de ella.

Adrian cerró la puerta.

—Quería explicarte lo que pasó.

—Sé lo que pasó.

—No creo que lo sepas exactamente.

Adrian caminó hasta la sala y permaneció de pie.

—Entonces explícamelo.

Teo había ensayado aquella frase durante todo el camino.

—Mi padre no podía enterarse de esa manera.

Adrian respiró hondo.

—Nunca te pedí que se enterara de ninguna manera.

—Lo sé.

—No lo parece.

—Adrian, apareció de la nada y preguntó si habíamos venido juntos. No tuve tiempo para pensar.

—Me di cuenta.

Teo esperó que continuara. Adrian simplemente lo observó.

—Me dio miedo —añadió Teo.

—También me di cuenta.

—Entonces sabes por qué respondí de esa manera.

—Saber por qué lo hiciste no cambia lo que hiciste.

Teo sintió surgir la defensa.

—No dije nada absurdo. Eres mi vecino.

Adrian apartó la mirada durante un instante y soltó el aire. Cuando volvió a mirarlo, parecía más herido que enfadado.

—¿Eso es lo que quieres usar para defenderlo?

—No lo estoy defendiendo. Estoy diciendo que...

—¿Que técnicamente no mentiste?

Teo cerró la boca.

—No se trata de la precisión de la palabra —continuó Adrian—. Sé que soy tu vecino. Te conocí porque vivo al lado. Tu padre también lo sabe. El problema es que elegiste precisamente la única cosa que todavía puedo ser para él sin que exista nada de lo nuestro.

—¿Qué querías que dijera?

—No necesariamente algo distinto.

Teo frunció el ceño.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Adrian se pasó una mano por la nuca.

—El problema empezó antes de la palabra. En cuanto apareció tu padre, te apartaste de mí. Cambiaste la postura, cambiaste la forma de hablar y empezaste a actuar como si necesitaras borrar cualquier cosa que pudiera hacerle darse cuenta. Fue exactamente lo mismo que pasó en el brunch, solo que esta vez yo estaba allí sabiendo que me habías prometido intentar no hacerlo otra vez.

—Lo intenté. —Teo sintió que su voz se volvía más tensa—. Cuando ofreciste irte antes, te dije que no hacía falta. Seguí caminando contigo.

—Lo sé.

—Porque estaba intentando hacerlo de otra manera.

—También lo sé.

—Entonces deja de actuar como si no hubiera hecho ningún esfuerzo.

Adrian permaneció en silencio durante unos segundos.

—No estoy diciendo que no lo intentarás. Estoy diciendo que, cuando el miedo apareció de verdad, el intento desapareció.

La frase golpeó exactamente donde Teo no quería.

—Era mi padre.

—Lo sé.

—No era un compañero del trabajo. No era cualquiera.

—Lo sé, Teo.

—Entonces no puedes compararlo.

—No estoy comparando el tamaño del miedo. Estoy hablando de lo que me pasa a mí cuando aparece.

Teo se pasó una mano por el rostro.

—Nada cambia entre nosotros por lo que le dije. Tú lo sabes. Cuando estamos solos, nada cambia.

Adrian lo miró fijamente.

Su expresión cambió apenas un poco, pero Teo supo inmediatamente que había dicho lo equivocado.

—Ese es precisamente el problema, Teo. Solo existo por completo cuando nadie está mirando.

El silencio cayó entre los dos.

Teo no encontró una respuesta inmediata.

Adrian continuó, ahora en voz más baja.

—Aquí dentro soy tu novio. En tu apartamento soy el hombre que amas. Puedo dormir contigo, cocinar para ti, cuidar de Milo, conocer a tu hermana, escuchar cosas que nunca le contaste a nadie con quien estuviste después de tu ex. Pero basta con que aparezca tu padre para que me convierta en vecino antes incluso de que pregunte quién soy.

—Porque él no sabe que soy gay.

—Y nunca exigí que lo supiera.

—Pero estás diciendo que debería habérselo contado.

—No. —Adrian respondió tan rápido que Teo se detuvo—. No me pongas eso a mí. Nunca dije que tuvieras que salir del armario hoy. Nunca dije que tuvieras que contarle esta semana, este mes ni específicamente a tu padre. Cuando me contaste tu historia, te lo dejé claro. Después del brunch, volví a hacerlo.

—Entonces, ¿qué debería haber hecho?

—No lo sé. Quizá simplemente no haberte apartado de mí como si la distancia fuera a impedir que tu padre descubriera algo. Quizá no haber respondido con tanta prisa. Quizá haber dicho simplemente que habíamos salido del edificio al mismo tiempo. No tengo una frase perfecta que deberías haber usado, porque ese no es mi

punto. —Adrian apretó los labios durante un instante—. No quiero escribirte un guion para que ocultes nuestra relación de la manera correcta.

Teo sintió una presión en el pecho.

—No te escondo porque me avergüence.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué hablas de esa manera?

—Porque la vergüenza no es lo único que duele.

Teo apartó la mirada.

Adrian continuó sin elevar la voz.

—Te creo cuando dices que es miedo. Conozco la historia con tu padre. Sé lo que pasó con tu ex. Entiendo por qué esto es difícil y nunca pensé que una conversación conmigo fuera a resolver años de todo eso. Pero comprender tu miedo no significa que tenga que aceptar cualquier lugar que ese miedo me dé en tu vida.

—No te estoy poniendo en cualquier lugar.

—Hoy lo hiciste.

Teo volvió a mirarlo.

—Fue una situación de unos segundos.

—Lo fue. Y bastó para que entendiera lo que puede pasar cada vez que aparezca alguien conocido.

—Te dije que voy a intentar cambiarlo. Entonces dame tiempo.

Adrian cerró los ojos durante un instante. Cuando los abrió, había cansancio en su expresión.

—Creo que el tiempo no va a servir en esta situación.

La respuesta asustó a Teo de una manera nueva.

—¿Qué significa eso?

Adrian tardó en continuar.

—Significa que ya no puedo fingir que esto puede seguir indefinidamente solo porque sé de dónde viene. No quiero salir contigo por la calle esperando descubrir, cada vez que aparece

alguien, si voy a seguir siendo tu pareja o a convertirme en alguien que simplemente estaba cerca. No puedo vivir así.

Teo sintió crecer el pánico.

—Fui claro desde el principio. Dije que necesitaba discreción antes de que empezáramos cualquier cosa. Y tú aceptaste.

—Acepté.

—Entonces, ¿por qué estás cambiando las reglas ahora?

Adrian permaneció inmóvil.

Teo percibió la acusación, pero no consiguió detenerse.

—No te oculté quién era. Sabías que mi familia no lo sabía. Sabías que no quería exposición. Cuando decidiste seguir, ya lo sabías.

—Cuando acepté, acabábamos de besarnos y estábamos acordando algo casual —respondió Adrian—. Tú mismo dijiste que no querías una relación seria. Yo pensé que discreción significaba dos personas que no necesitaban convertir su vida sexual en tema de conversación del edificio. No sabía que significaba tener que desaparecer cada vez que apareciera alguien importante para ti.

—Después lo descubriste.

—Lo descubrí. Y me quedé.

—Exactamente.

—Porque te amo.

Teo sintió que la palabra golpeaba con más fuerza que la noche anterior.

Adrian también pareció sentirla.

—Y precisamente por eso ya no es la misma regla —continuó—. Mis sentimientos cambiaron. Lo que soy capaz de aceptar también cambió.

—Eso no es justo.

—Quizá no te parezca justo.

—Me estás diciendo que me amas y, al día siguiente, decides que ya no puedes seguir conmigo porque no se lo conté a mi padre.

Adrian dio un paso hacia él.

—No estoy terminando contigo porque no se lo hayas contado.

—Eso parece exactamente.

—Entonces escucha lo que estoy diciendo en lugar de convertirlo en lo que tienes miedo de oír. —La voz de Adrian finalmente adquirió más firmeza—. No quiero que mañana cruces el pasillo y me digas que se lo contaste a tu padre para que yo vuelva. No quiero que lo llares ahora. No quiero que salgas del armario ante nadie por miedo a perderme. Si haces eso solo porque crees que es la condición que estoy imponiendo, seguirás dejando que otra persona decida cuándo tienes que contarle. La única diferencia sería que esta vez esa persona sería yo.

Teo guardó silencio.

—No es eso lo que quiero —continuó Adrian—. Quiero una relación en la que no tenga que estar preparado para dejar de ser tu pareja cada vez que aparezca el miedo. Y hoy entendí que todavía no sabes si puedes tener esa relación.

—Puedo.

Adrian sostuvo su mirada.

—Hoy no pudiste.

—Una vez.

—Dos.

Teo recordó el brunch.

—Aquello fue diferente.

—El miedo era menor. La reacción fue la misma.

—No puedo arreglar años de esto de una hora para otra.

—Nunca te lo pedí.

—Entonces quédate.

La frase salió antes de que Teo pudiera medirla.

Adrian cerró los ojos durante unos segundos.

—Teo...

—Acabas de decir que sabes que necesito tiempo. Entonces dame tiempo. Seguimos juntos y yo voy intentando. Ya lo estoy

intentando.

—¿Y cada vez que salga mal?

Teo no respondió.

—¿Tengo que esperar hasta la próxima? ¿Y después la siguiente? ¿Y confiar en que algún día puedas hacerlo? —Adrian negó con la cabeza—. No estoy diciendo que nunca vayas a poder. Estoy diciendo que ya no sé cómo seguir dentro de esto mientras tú lo descubres.

—Entonces, ¿eso es todo? —preguntó Teo, sintiendo que la garganta se le cerraba—. ¿Te vas porque tuve miedo?

—No. Salgo de esta relación porque tu miedo empezó a decidir también el lugar que yo ocupo en ella.

Teo apartó el rostro.

Adrian respiró hondo antes de continuar.

—Esto no es un castigo. No estoy intentando asustarte para que se lo cuentes a tu padre. No quiero una promesa ahora y no quiero que hagas nada hoy. Solo necesito salir mientras no sepas si realmente puedes compartir esta relación conmigo fuera de una puerta cerrada.

—La compartí con Sofia.

—Porque ella ya lo sabía.

Teo se quedó callado.

—Y eso fue importante —añadió Adrian—. Sé que lo fue. Sé cuánto te costó dejar que me quedara cuando ella llegó. No estoy borrando nada de lo que hiciste. Pero Sofia es el único lugar seguro que ya tenías antes de mí. Hoy apareció la persona que más miedo te da y descubrí dónde quedo yo cuando tú no te sientes seguro.

Teo sintió que le ardían los ojos y odió su propia incapacidad para encontrar una frase que arreglara aquello.

—Te amo.

Adrian tragó saliva.

—Lo sé.

—Tú también me amas.

—Sí.

—Entonces eso debería importar.

—Importa. —Adrian se pasó una mano por el rostro—. Por eso duele de esta manera.

Teo permaneció inmóvil en medio de la sala. No había suficiente rabia para convertir aquello en una discusión sencilla. Adrian no lo estaba llamando cobarde, no exigía que se lo contara a Victor, no amenazaba con sacarlo del armario y ni siquiera decía que Teo hubiera mentido sobre lo que podía ofrecer. Simplemente estaba reconociendo que aquello que había aceptado al principio ya no le bastaba ahora.

Y Teo no sabía cómo luchar contra eso.

Un ruido llegó desde el balcón.

Los dos miraron al mismo tiempo.

Milo apareció por la abertura inferior de la división y entró en el apartamento de Adrian con la naturalidad de siempre. Caminó hasta la sala, se acercó a él y frotó el cuerpo contra su pierna.

Adrian se agachó.

Durante un instante, su expresión se desarmó por completo.

—Eliges los peores momentos —murmuró, acariciando a Milo detrás de las orejas.

El gato presionó la cabeza contra su mano.

Teo sintió que algo se rompía dentro de su pecho. Durante meses, Milo había cruzado aquel paso sin necesitar saber a quién pertenecía cada espacio. Adrian lo recibía, Teo se quejaba, después iba a buscarlo, después lo dejaba quedarse. El gato se había convertido en parte de la rutina de ambos antes incluso de que admitieran que se gustaban.

Adrian siguió acariciando a Milo durante unos segundos.

Después lo cogió en brazos.

Teo supo lo que iba a ocurrir antes de que se levantara.

—Puede quedarse ahí —dijo.

Adrian sostuvo al gato contra el pecho.

—Hoy no.

—Adrian...

—No es por él.

—Lo sé.

Adrian llevó a Milo hasta Teo y se lo entregó. El gato protestó en voz baja por el cambio de brazos.

—Mañana probablemente volverá a cruzar —dijo Adrian—. El paso sigue ahí. No voy a empezar una guerra con el gato porque hayamos terminado.

La palabra finalmente apareció.

Terminado.

Teo abrazó a Milo con más fuerza.

—No quiero esto.

Adrian permaneció frente a él, lo bastante cerca como para que Teo pudiera extender la mano y tocarle el rostro.

No lo hizo.

—Yo tampoco quería llegar a este punto.

—Entonces no llegues.

La expresión de Adrian se cerró durante un segundo.

—Si me quedo solo porque los dos estamos sufriendo, mañana nada habrá cambiado.

Teo lo sabía.

Esa era la peor parte.

Adrian caminó hasta la puerta y la abrió.

Teo permaneció inmóvil. Milo empezó a moverse entre sus brazos, molesto por la forma en que lo retenía.

—No sé qué hacer —admitió Teo.

Adrian lo miró.

No le ofreció ninguna solución.

Teo cruzó la puerta.

Antes de que pudiera girarse por completo, Adrian habló:

—Buenas noches, Teo.

Teo lo miró durante un instante más.

—Buenas noches.

La puerta se cerró.

El clic de la cerradura fue bajo.

Aun así, Teo permaneció en el pasillo durante unos segundos, con Milo apretado contra el pecho, mirando la pared que separaba los dos apartamentos.

Después entró en casa.

Milo fue directamente al balcón en cuanto Teo lo soltó y se detuvo frente a la división, interesado en el camino que acababa de recorrer. Teo cerró la puerta de cristal antes de que pudiera volver a cruzar. No porque quisiera impedir que el gato fuera hasta Adrian para siempre. Simplemente porque aquella noche no soportaría verlo regresar.

Se sentó en el sofá y se quedó mirando el apartamento.

Todo estaba en su sitio.

El silencio era exactamente lo que durante mucho tiempo había deseado.

No le trajo ninguna paz.

El teléfono vibró un rato después.

Teo tardó en mirar.

Era Sofia.

¿Qué pasó hoy antes del almuerzo?

Pocos segundos después llegó otro mensaje.

No estabas solo cansado. Llámame cuando puedas.

Teo se quedó con el teléfono en la mano sin responder.

Al otro lado de la pared, no oyó nada.

CAPÍTULO 18

Los días siguientes dejaron claro el tamaño de la rutina que Teo y Adrian habían construido sin darse cuenta. Milo siguió cruzando por el balcón, indiferente al hecho de que los dos hombres ahora se evitaran. La primera vez, Teo solo supo que el gato estaba en el apartamento vecino cuando sonó el timbre. Adrian apareció con Milo en brazos, se lo entregó en la puerta y preguntó únicamente si Teo ya había actualizado el registro de alimentación de aquel día. No entró, no hizo ninguna broma ni prolongó la conversación. La segunda vez ocurrió prácticamente lo mismo. Después de eso, Teo empezó a prestar más atención cuando Milo salía al balcón, aunque no llegó a impedirselo. Los mensajes también casi desaparecieron. El registro de alimentación seguía actualizándose cuando era necesario, pero ya no había fotografías aleatorias, quejas sobre el trabajo, preguntas inútiles ni provocaciones enviadas desde el apartamento de al lado. Teo descubrió cuánto se había acostumbrado a oír vibrar el teléfono y encontrar el nombre de Adrian en la pantalla solo cuando aquello dejó de ocurrir.

El apartamento recuperó exactamente el orden que Teo siempre había querido. Ningún vaso aparecía en el lado equivocado del escurridor, ninguna mochila con equipo ocupaba una silla, nadie abría la nevera para quejarse de la disposición de los alimentos. La mesa permanecía libre, la cama seguía ordenada y en el sofá solo estaban Teo y Milo. Meses antes, aquel orden habría representado paz. Ahora, cada cosa en su sitio parecía limitarse a dejar más espacio para notar quién no estaba allí. Por la noche, el silencio era

peor. No había risas procedentes de la cocina, ningún comentario absurdo sobre la programación de la televisión ni discusiones sobre qué apartamento prefería Milo. Adrian seguía a pocos metros, y la distancia nunca había parecido tan grande.

Sofía apareció tres días después de la discusión. Teo había respondido a sus mensajes solo lo suficiente para decir que se lo explicaría en persona. Cuando abrió la puerta y vio a su hermana, no necesitó fingir que estaba bien. Ella entró, dejó el bolso sobre una silla y observó la sala antes de mirarlo.

—¿Dónde está Adrian? —preguntó Sofía, sin rodeos.

—En su apartamento.

—Esa parte ya me la imaginaba.

Teo cerró la puerta.

—Terminamos.

Sofía no respondió de inmediato. Su rostro perdió cualquier rastro de ligereza.

—¿Fue por lo que pasó antes del almuerzo?

—Fue por todo.

Se sentaron y Teo se lo contó. No intentó suavizar su propia participación. Repitió la pregunta de Victor, la forma en que se había apartado de Adrian y la palabra que había elegido. También contó la conversación posterior, incluida su tentativa de defender que «vecino» técnicamente no era una mentira. Cuando llegó a la frase de Adrian sobre existir por completo solo cuando nadie miraba, tuvo que detenerse unos segundos antes de continuar. Explicó que Adrian no le había exigido que se lo contara a Victor, no había pedido ningún anuncio, plazo ni promesa. Solo había dicho que no podía continuar en una relación en la que tuviera que estar preparado para desaparecer cada vez que apareciera el miedo de Teo. Por último, contó que había acusado a Adrian de cambiar las reglas y que él había reconocido exactamente eso: sus sentimientos habían cambiado y, por lo tanto, también sus propios límites.

Sofía escuchó hasta el final.

—¿Te acuerdas de lo que te dije después del brunch? —preguntó cuando Teo terminó.

—Sí.

—Sobre tu relación anterior.

Teo se recostó.

—Sé adónde quieres llegar.

—Entonces dímelo.

Se pasó una mano por el rostro.

—Hice lo mismo.

—Sí.

—No exactamente igual.

—No, porque las personas y las situaciones son distintas. —Sofía mantuvo el tono tranquilo—. Pero el mecanismo fue el mismo.

Decidiste qué ocurriría si papá se enteraba y empezaste a organizar la relación alrededor de esa previsión. La otra vez terminaste antes de correr el riesgo. Esta vez intentaste mantener a Adrian en un espacio donde ese riesgo no existiera.

—No decidí conscientemente hacer eso. Y mi miedo no apareció de la nada, Sofía.

—Lo sé.

Teo levantó los ojos.

—A veces parece que todo el mundo habla de esto como si simplemente me hubiera inventado un padre homófobo en la cabeza y hubiera pasado años escondiéndome por diversión. Las cosas que dijo ocurrieron. Me acuerdo. Tú también recuerdas algunas.

—Me acuerdo —respondió Sofía, sin intentar contradecirlo—. Y nunca dije que interpretaras todo mal. Papá realmente dijo cosas prejuiciosas. Siempre tuvo ideas rígidas sobre los hombres, la familia y muchas otras cosas. Tú no inventaste esos recuerdos.

—Entonces, ¿por qué parece que toda la culpa es mía?

—Porque reconocer de dónde viene tu miedo no significa que nadie más pueda resultar herido por lo que haces con él.

Teo apartó la mirada.

—Adrian también reconoció eso, por lo que acabas de contarme — continuó Sofia—. No dijo que no tuvieras motivos para tener miedo. Dijo que no podía seguir ocupando un lugar que desaparece cuando ese miedo aparece.

—Lo sé.

—Y ya lo sabías antes de esto.

La observación dolió porque era cierta. El brunch ya había mostrado el problema. La conversación posterior ya le había dado a Teo la oportunidad de verlo. Sofia también había sido clara. No podía alegar sorpresa.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir haciendo esto? —preguntó Sofia.

—¿Haciendo qué?

—Dejando que una reacción que todavía no ocurrió tenga más poder sobre tu vida que cualquier reacción que sí ocurrió.

Teo guardó silencio.

—Terminaste una relación que te importaba hace años porque estabas seguro de que papá se enteraría y todo saldría mal — continuó ella—. Nunca se enteró. Ahora perdiste a Adrian intentando impedir exactamente lo mismo. Papá sigue sin saber nada. En dos relaciones, su peor reacción nunca necesitó ocurrir para cambiar tu vida.

—Porque sé que puede ocurrir.

—Puede.

La respuesta directa hizo que Teo la mirara.

—No voy a decir que no puede —añadió Sofia—. Esa posibilidad existe.

Teo tardó unos segundos antes de formular la pregunta que ya había hecho anteriormente, aunque sabía que probablemente la respuesta seguiría siendo la misma.

—¿Crees que me aceptará?

Sofia respiró hondo.

—No lo sé.

—¿Ni después de todo lo que dijiste la otra vez?

—Nada ha cambiado desde la otra vez. Sé que te quiere. Sé que ha estado presente toda tu vida. Sé que ya ha estado en desacuerdo con nosotros sin desaparecer. También sé que esto es diferente y que hay cosas que dijo en el pasado que no puedo borrar solo porque sería más cómodo prometerte que todo va a salir bien.

—Entonces puedo contárselo y correr el riesgo de perder a mi padre.

—Puede pasar algo malo. No sé hasta dónde. Y tú tampoco.

Teo se pasó las manos por las piernas, inquieto.

—Es muy fácil decirlo cuando no eres tú quien tiene que hacerlo.

—Lo sé. Por eso no voy a decirte que se lo cuentes.

—Pero crees que debería hacerlo.

—Creo que necesitas decidir qué quieres hacer con tu propia vida sin seguir fingiendo que ya conoces la decisión de papá. Es diferente.

Teo se quedó mirándola.

—Puedo estar a tu lado cuando se lo cuentes. Puedo estar a tu lado si sale mal. Lo que no puedo hacer es contárselo por ti ni prometerte cuál será su respuesta —dijo Sofia—. Y tampoco puedo prometerle a Adrian cuánto tiempo vas a necesitar, porque esa decisión le pertenece a él.

Teo tragó saliva.

—Quisiera que alguien simplemente me dijera qué elección no va a destruir algo.

—Esa elección no existe.

La respuesta permaneció entre ellos.

Sofia no se quedó mucho más. Antes de marcharse, abrazó a su hermano y dejó claro que podía buscarla cuando quisiera. No sugirió llamar a Victor, no pidió permiso para hablar con su padre ni intentó resolver nada en su nombre. Cuando la puerta se cerró, Teo permaneció unos segundos de pie en la entrada antes de regresar a la sala.

Su primer impulso fue cruzar el pasillo.

Sabía exactamente lo que podía decir. Prometería que lo haría de otra manera, que nunca volvería a llamar a Adrian solamente su vecino, que intentaría controlar el impulso de apartarlo cuando apareciera alguien. Podía decir que lo había entendido, volver a disculparse, recordarle que se amaban y pedirle que regresaran a lo que tenían antes. El camino hasta la puerta de Adrian exigía apenas unos pasos.

Teo llegó a coger el teléfono.

Se detuvo antes de escribir.

Adrian ya había escuchado promesas. Después del brunch, Teo había prometido intentarlo. Delante de Victor, había fallado. Si ahora cruzaba el pasillo movido únicamente por el miedo a perder a Adrian, seguiría intentando salvar la relación sin tocar aquello que controlaba todas sus decisiones. Quizá consiguiera convencer a Adrian de volver durante unos días. Tal vez incluso unas semanas. Y entonces aparecería otra persona, otra pregunta, otra situación que Teo no controlaba.

No bastaba con prometer que reaccionaría mejor.

Por primera vez, tendría que actuar sin conocer el resultado.

Teo buscó el contacto de Victor.

Tardó casi un minuto en pulsar el botón.

Su padre respondió después de unos pocos tonos.

—Hola. ¿Ha pasado algo?

—Necesito hablar contigo.

El cambio de tono al otro lado fue inmediato.

—¿Sobre qué?

Teo cerró los ojos.

—Prefiero hablar en persona.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Es el trabajo?

—No.

Victor hizo una pausa.

—¿Voy yo o vienes tú?

Teo miró alrededor de su propio apartamento.

—¿Podrías venir aquí?

—Sí. ¿A qué hora?

—Cuando puedas.

—Voy para allá.

La llamada terminó poco después. Teo se quedó con el teléfono en la mano y sintió el impulso inmediato de volver a llamar para cancelar. Podía decir que ya lo había resuelto, que no era importante o que había surgido algún compromiso. Victor no preguntaría demasiado en aquel momento. El encuentro desaparecería y Teo recuperaría unos días, semanas o años más para pensar.

No llamó.

Victor llegó menos de una hora después. Teo abrió la puerta y encontró a su padre con la misma expresión seria que utilizaba siempre que creía que había algún problema que resolver.

—¿Qué pasó? —preguntó Victor en cuanto entró.

—No pasó nada ahora.

—¿Me llamas de esa manera, dices que necesitas hablar en persona y no quieres que pregunte qué pasó?

—Te lo voy a explicar.

Victor observó a su hijo y después fue hacia la sala. No llevaba herramientas, comida ni ninguna de las cosas que normalmente utilizaba para justificar una visita práctica. Se sentó, y Teo ocupó el otro extremo del sofá. Durante varios segundos, ninguno habló.

—Teo, me estás preocupando —dijo Victor, empezando a mostrar impaciencia—. ¿Es dinero? ¿Tienes algún problema con el apartamento? ¿Pasó algo en el trabajo?

—No.

—¿Entonces es salud?

—Tampoco.

Victor frunció el ceño.

—Entonces habla.

Teo abrió la boca.

No salió ninguna palabra.

Durante años había imaginado aquella conversación sin permitirse realmente llegar hasta el final. En algunas versiones, Victor gritaba. En otras, salía de la habitación. En otras, hacía preguntas que Teo no sabría responder. Nunca había una versión en la que simplemente se sentaran en el sofá del apartamento y Teo tuviera que empezar.

Victor esperó unos segundos más.

—Hijo, si me llamaste porque hiciste alguna estupidez, cuanto más tardes en hablar...

—Soy gay.

Victor se detuvo.

Teo sintió el corazón golpear con suficiente fuerza como para dificultarle la respiración, pero no retiró la frase.

Victor se recostó lentamente en el sofá. Sus ojos permanecieron sobre su hijo durante un momento antes de desviarse hacia algún punto de la sala. No habló. La sorpresa estaba en su rostro, en la tensión repentina de los hombros y en la forma en que se pasó una mano por la barbilla mientras intentaba procesar lo que acababa de escuchar.

Teo conocía demasiado bien el silencio como para soportar aquel.

—Sofía lo sabe —empezó rápidamente—. Lo sabe desde hace años. Se lo conté hace mucho. No le pedí que te lo ocultara porque quisiera hacer algo contra ti, yo solo...

—Teo.

Se detuvo.

Victor siguió mirando al frente.

—Dame unos minutos.

La frase no trajo alivio.

—Papá...

—Solo unos minutos. —Victor se levantó—. No me voy.

Teo observó cómo caminaba hasta el balcón. Victor abrió la puerta de cristal y se quedó allí, sin salir del apartamento, con los brazos apoyados en la protección mientras miraba hacia fuera. Teo permaneció en el sofá. No tenía idea de lo que significaban aquellos minutos. Una parte de él ya estaba construyendo explicaciones, argumentos y maneras de reducir el impacto. Otra quería levantarse, disculparse por haberlo contado y devolverle a su padre la versión de la realidad que conocía hasta aquel momento.

No hizo ninguna de las dos cosas.

Victor regresó unos minutos después y volvió a sentarse. Todavía parecía afectado, pero había menos desorientación en su expresión.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—Desde joven.

—¿Qué tan joven?

Teo vaciló.

—La adolescencia. Quizá antes ya sabía que había algo diferente, pero fue en esa época cuando lo entendí.

Victor volvió a quedarse en silencio, ahora por un motivo distinto.

—Entonces lo sabes desde hace más de la mitad de tu vida.

—Sí.

—Y Sofia lo sabe desde hace años.

—Sí.

Victor se pasó las manos por el rostro.

—Yo no sabía nada.

Teo no respondió.

La frase no sonaba acusatoria. Había en ella una comprensión lenta e incómoda. Victor no estaba descubriendo únicamente que su hijo era gay. Empezaba a comprender que había existido toda una parte de la vida de Teo de la que nunca había formado parte.

—¿Nunca...? —Victor interrumpió su propia pregunta y la reformuló—. ¿Ya tuviste alguna relación?

Teo sintió el peso de la respuesta.

—Sí.

Victor levantó los ojos.

—Hace años. Fue seria.

—¿Cuánto tiempo?

—El suficiente.

—¿Lo conocí?

—No.

Victor asimiló aquello.

—¿Por qué?

Teo podría haber respondido que era complicado.

No lo hizo.

—Porque no permitía que ustedes se conocieran. No dejaba que prácticamente nadie de la familia lo conociera.

—¿Tu hermana lo conocía?

—Sabía de él. Sí.

Victor asintió lentamente.

—¿Y qué pasó?

Teo miró sus propias manos.

—Terminé con él.

—¿Por qué?

La pregunta parecía demasiado sencilla para la respuesta.

—Porque lo amaba y empezó a ser imposible seguir manteniéndolo todo separado. Cuanto más serio se volvía, más difícil era impedir que una parte de mi vida se cruzara con la otra. Él quería poder estar conmigo sin que yo estuviera pensando quién podía aparecer, quería conocer a personas importantes para mí. No estaba pidiendo nada absurdo.

Victor no lo interrumpió.

—Empecé a pensar que, si seguíamos juntos, tú acabarías descubriéndolo —continuó Teo—. Así que terminé antes.

Victor permaneció inmóvil.

—¿Terminaste una relación porque pensaste que yo podía descubrirla?

—Sí.

La respuesta pareció golpearlo más de lo que Teo esperaba.

—Y ahora volvió a pasar —añadió Teo.

Victor volvió los ojos hacia él.

—¿Otra vez?

Teo respiró hondo. Aquella parte parecía al mismo tiempo más fácil y más dolorosa.

—Adrian no es solo mi vecino.

El reconocimiento apareció inmediatamente.

—¿El chico que estaba contigo en el restaurante?

—Él.

Victor no dijo nada.

—Estábamos juntos —continuó Teo—. No solo acostándonos. Lo amo.

La expresión de Victor cambió, aunque Teo no consiguió identificar exactamente hacia qué. La sorpresa seguía allí, ahora acumulada a todas las demás informaciones.

—¿Me estás diciendo que Adrian es tu novio?

Teo sintió que la palabra dolía precisamente porque ya no podía responder en presente.

—Era.

Victor frunció el ceño.

—Terminamos después del almuerzo de aquel día. —Teo se pasó una mano por la nuca—. Cuando nos viste y preguntaste si habíamos venido juntos, entré en pánico. Me aparté de él y dije que era mi vecino. Tú no notaste nada.

—No.

—Eso era exactamente lo que quería. —Teo sintió que se le cerraba la garganta—. Quería que no te dieras cuenta. Y lo conseguí. Solo que Adrian sí se dio cuenta de lo que hice.

Victor permaneció atento.

—No fue la primera vez. Ya había ocurrido con alguien del trabajo. Él había hablado conmigo sobre eso y yo prometí intentar hacerlo de otra manera. Después, cuando fuiste tú, hice exactamente lo mismo.

—Teo soltó el aire lentamente—. Dijo que no estaba terminando conmigo porque no te lo hubiera contado. Nunca me obligó a hacerlo. El problema era que no podía seguir en una relación en la que tuviera que dejar de ser mi novio cada vez que apareciera alguien de quien yo tuviera miedo de que se enterara.

Victor miró a su hijo durante varios segundos.

—¿Entonces esto pasó ayer?

—Hace unos días.

—¿Y me llamaste hoy por él?

Teo pensó antes de responder.

—La ruptura me obligó a mirar todo esto. Pero no te lo estoy contando porque él me lo exigiera. Dijo exactamente lo contrario. No quiere que haga esto para recuperarlo.

Victor bajó los ojos durante un instante.

—Dos veces —murmuró.

Teo entendió.

—Dos veces.

—Perdiste dos relaciones porque tenías miedo de mí.

Dicho de aquella manera, la realidad resultaba todavía más difícil de esquivar.

—Sí.

Victor se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre las piernas.

—¿Por qué?

Teo sintió una breve irritación ante la pregunta.

—Sabes por qué.

Victor levantó los ojos.

—No tendría que preguntártelo si lo supiera.

—¿De verdad no recuerdas las cosas que decías?

Su padre guardó silencio.

—Cuando era adolescente, una vez apareció una pareja de hombres en una serie que estabas viendo —continuó Teo—. Te quejaste, dijiste algo sobre que no hacía falta poner aquello en la televisión y cambiaste de canal. Yo estaba en la sala.

Victor no lo negó.

—Y no fue solo eso. Hablabas de que un hombre tenía que ser de determinada manera. Hacías comentarios sobre hombres que eran más femeninos. Tenías opiniones sobre lo que era «normal», sobre la familia, sobre un montón de cosas. Quizá para ti eran comentarios que terminaban cinco minutos después. Para mí no terminaban.

Victor bajó la mirada.

—Yo sabía exactamente lo que pensabas de los hombres gays antes incluso de entender del todo que yo era uno —continuó Teo—. Así que, cuando lo entendí, no parecía haber demasiadas dudas sobre lo que pasaría si te enterabas.

El silencio regresó.

Victor no intentó defenderse.

—Pensaba de esa manera —admitió después de un tiempo—. No voy a decir que lo entendiste mal porque no fue así.

Teo permaneció inmóvil.

—Dije esas cosas. Algunas probablemente ni siquiera las recuerde, pero no dudo que las haya dicho. —Victor se pasó una mano por el rostro—. Siempre he tenido una visión muy conservadora sobre estos temas. Todavía la tengo en muchas cosas. No voy a sentarme aquí y fingir que, de un momento a otro, todo lo que pensé durante toda mi vida desapareció porque me hayas contado esto.

Teo sintió que el estómago se le cerraba.

Victor lo notó.

—Pero escúchame hasta el final.

Teo no respondió.

—Hay cosas que voy a tener que replantearme —continuó Victor—.

Cosas que dije y pensé. No puedo borrarlas ahora. Lo que no sabía...

—Se detuvo, buscando claramente las palabras—. Nunca pensé que mi propio hijo estuviera sentado cerca de mí escuchando aquello y entendiendo que yo estaba diciendo cuáles eran las condiciones para seguir queriéndote.

La garganta de Teo se cerró.

Victor mantuvo los ojos sobre él.

—Si pasaste todos estos años pensando que tenías que elegir entre ser mi hijo y ser tú mismo, entonces te fallé mucho antes de esta conversación.

Teo tuvo que apartar la mirada.

Durante años había imaginado acusaciones para aquella conversación. Nunca había imaginado escuchar a Victor asumir responsabilidad sin negar lo que había hecho.

Aun así, necesitaba una respuesta más sencilla.

—Entonces, ¿aceptas que sea gay?

Victor respiró hondo.

—No sé si «aceptar» es algo que ocurre por completo en diez minutos. Estoy sorprendido. Mucho. Estoy descubriendo no solo esto, sino que tuviste relaciones, que tu hermana lo sabía, que viviste una parte enorme de tu vida sin mí. —Victor apoyó la espalda en el sofá—. Probablemente voy a hacer preguntas equivocadas. Probablemente diré algo de mala manera y tendré cosas que necesito entender. No voy a fingir que me convertí en otra persona desde que entré aquí.

Teo escuchó cada palabra con el cuerpo tenso.

Victor continuó antes de que tuviera que volver a preguntar.

—Pero una cosa no tiene nada que ver con la otra. No necesito entenderlo todo hoy para saber que mañana sigues siendo mi hijo.

Teo se quedó completamente quieto.

El alivio no llegó entero. El miedo había sido demasiado grande y había existido durante demasiado tiempo como para desaparecer con dos frases. Lo primero que llegó fue una sensación difícil de ordenar, acompañada de la percepción de que Victor seguía sentado frente a él.

No se había ido.

—¿De verdad pensabas que iba a enterarme y no volver a hablarte nunca? —preguntó Victor.

Teo tardó en responder.

—No sabía exactamente qué creía que harías.

—Pero esperabas algo peor que esto.

—Esperaba que saliera mal.

—¿Cómo?

—No sé. Quizá te fueras. Quizá dejaras de buscarme. Quizá siguieras hablando conmigo, pero todo fuera diferente. —Teo apretó las manos—. Nunca conseguía llegar hasta la respuesta porque no podía correr el riesgo de descubrirla.

Victor se pasó la lengua por los labios y apartó la mirada. Por primera vez desde que había regresado del balcón, pareció no saber qué decir.

—Tuviste miedo de mí durante todos esos años.

—De esa parte de ti.

La corrección hizo que Victor volviera a mirarlo.

—Nunca tuve miedo de que fueras a hacerme daño ni nada así. Siempre fuiste mi padre. Estabas presente. Precisamente por eso perderte parecía demasiado posible como para arriesgarme.

Victor asintió lentamente, pero su rostro revelaba que la explicación había empeorado algo dentro de él.

Permanecieron un rato sin hablar.

Fue Victor quien retomó la conversación.

—¿Y Adrian?

Teo levantó los ojos.

—Dijiste que lo amas.

—Sí.

—¿Te hacía bien?

La pregunta sorprendió a Teo.

—Sí.

Victor esperó.

—Me hace bien —corrigió Teo, sintiendo el peso de la elección verbal—. Incluso ahora. Adrian fue probablemente la primera persona en mucho tiempo con la que pude estar sin sentir que necesitaba controlarlo todo cuando estábamos solos. Aprendió cosas sobre mí que nunca expliqué bien a nadie. Tuvo más paciencia de la que yo tenía derecho a esperar.

—Y le hiciste daño.

Teo asintió.

—Sí.

Victor pasó unos segundos pensando.

—Entonces eso es entre ustedes.

Teo frunció el ceño.

—No estoy diciendo que no tenga relación conmigo. Por lo que acabas de contarme, tiene bastante. —Victor apoyó las manos sobre las rodillas—. Pero no vas a salir de aquí pensando que, porque yo no me fui, automáticamente todo está resuelto con él. Mi respuesta no deshace lo que hiciste.

Teo lo sabía.

Aun así, oírlo decirlo dolió.

—Pensé en ir allí y prometerle que iba a cambiar.

—¿Puedes prometerlo?

Teo guardó silencio.

Victor entendió la respuesta.

—Entonces no prometas algo que todavía no sabes si puedes cumplir.

La frase era sencilla, práctica y completamente compatible con el hombre que tenía delante.

Teo se pasó una mano por el rostro.

—No sé qué pasa ahora.

—¿Conmigo?

—Con todo.

—Conmigo, volvemos a hablar. —Victor se levantó lentamente—. Porque no he terminado esta conversación. Tengo preguntas. Solo no creo que hoy sea un buen día para hacerlas todas.

Teo también se levantó.

—¿Vas a hablar con alguien?

Victor lo miró.

—¿Quieres que lo haga?

—No.

—Entonces no lo haré.

La respuesta llegó sin vacilar.

—¿Ni siquiera con Sofia?

Victor soltó el aire por la nariz.

—Por lo visto, Sofia sabe más de esta historia que yo desde hace años. Si hablo con ella, será después de preguntarte si puedo.

Teo asintió.

Victor caminó hasta la puerta, pero se detuvo antes de abrirla.

Durante un instante pareció considerar algo. No abrazó a su hijo ni intentó convertir aquel momento en una demostración sentimental que nunca había existido entre ellos. Simplemente le puso una mano en el hombro y apretó una vez.

—Necesito pensar —dijo Victor—. Eso no significa que me esté yendo de tu vida.

Teo lo miró.

—Lo sé.

Esta vez, empezaba a saberlo de verdad.

Victor se marchó.

Teo cerró la puerta y permaneció quieto en la entrada. El apartamento estaba otra vez en silencio, pero era un silencio distinto al de los últimos días. Nada dentro de él se había resuelto mágicamente. Seguía asustado. Todavía podía imaginar conversaciones malas, preguntas incómodas y situaciones en las que sentiría ganas de esconderse. Victor tampoco se había convertido de repente en otra persona. Había admitido que todavía tenía ideas que revisar y que ni siquiera sabía cómo mantener aquella conversación de forma perfecta.

Pero se había quedado.

Teo cruzó la sala y se sentó en el sofá. Durante unos segundos pensó en el pasillo. Adrian estaba al otro lado. Bastaba con levantarse, cruzarlo y contárselo todo. Podía decir que Victor ya lo sabía, que no se había marchado, que una de las mayores razones de su miedo ya no existía de la forma en que Teo había imaginado. No se levantó.

Si buscaba a Adrian aquella noche únicamente porque por fin tenía una respuesta de su padre, seguiría reaccionando desde el pánico. Convertiría la conversación con Victor en una solución inmediata para una relación que no había terminado solo porque Victor desconociera la verdad. Adrian había sido claro: el problema era el lugar que recibía cuando Teo sentía miedo.

Una noche no cambiaba años de comportamiento.

Teo permaneció donde estaba.

El mayor cambio no era haberse vuelto valiente.

No lo había hecho.

Era algo mucho más sencillo y mucho más difícil de aceptar: durante años había tomado decisiones basándose en un desenlace que nunca había permitido que ocurriera.

Aquella tarde había dejado que la respuesta existiera.

Y no había sido la que pasó la mitad de su vida intentando evitar.

CAPÍTULO 19

Teo despertó después de una mala noche y tardó unos segundos en recordar por qué estaba tan cansado. El recuerdo de la conversación con Victor regresó entero en cuanto cogió el teléfono. Había pasado horas despierto repasando frases, buscando señales de rechazo donde no las había e intentando entender qué significaba que su padre se hubiera marchado prometiendo que aquella no sería la única conversación sobre el tema. Todavía no lo sabía. Seguía sin tener ninguna garantía sobre lo que vendría después, sobre las preguntas que Victor haría o sobre qué ideas tendría que replantearse. Lo único que tenía ahora era una respuesta real en lugar de la previsión que había cargado durante años. Victor sabía que su hijo era gay, sabía de la antigua relación, sabía de Adrian y no había desaparecido de su vida.

Había un mensaje recibido poco después de las ocho.

¿Compraste aquella bombilla que faltaba en el lavadero o sigues dejándolo para después? Estaba pensando en comprar una pieza nueva para el enchufe que arreglé y puedo comprar también la bombilla si hace falta.

Teo lo leyó dos veces.

Ninguna mención a la conversación de la noche anterior.

Ningún *tenemos que hablar*, ninguna distancia repentina, ninguna frase cuidadosamente construida para explicar lo que Victor todavía estaba procesando. Solo una bombilla y el enchufe que había revisado durante su primera visita al apartamento.

Teo respondió:

La bombilla ya la cambié y el enchufe no volvió a fallar. Si vuelve a dar problemas, te aviso.

La respuesta llegó unos minutos después.

Avísame antes de tocarlo tú solo.

Teo casi sonrió.

Era un mensaje absolutamente normal de Victor. Quizá precisamente por eso dolía de una manera agradable. La relación entre ellos no había vuelto a empezar bajo otra forma después de la revelación. No había sido borrada ni sustituida por aquella conversación difícil.

Victor seguía siendo el padre que se preocupaba por enchufes, estanterías, constructoras y cualquier problema práctico que pudiera resolver con una herramienta. Eso no cambiaba automáticamente sus ideas ni hacía que Teo concluyera que todo el miedo del pasado había sido absurdo. Victor había reconocido que había alimentado aquel miedo. Las dos verdades podían existir al mismo tiempo.

Teo se levantó, alimentó a Milo, se duchó y preparó café. No intentó ensayar durante una hora lo que diría a Adrian. Ya había hecho eso demasiadas veces: construir conversaciones enteras en la cabeza hasta encontrar la versión que pareciera más segura. Aquella mañana solo sabía algunas cosas que necesitaba decir y una que tenía que aceptar antes incluso de cruzar el pasillo: Adrian podía no querer escucharlo.

Milo lo observó coger las llaves.

—Tú te quedas —dijo Teo.

El gato no pareció impresionado.

Teo salió y llamó a la puerta del apartamento de al lado.

Tardó unos segundos.

Adrian abrió.

Su expresión cambió discretamente cuando vio a Teo, pero la distancia de los últimos días seguía allí.

—Hola.

—Hola. —Teo respiró hondo—. ¿Puedo hablar contigo?

Adrian guardó silencio.

—Puedes decir que no —añadió Teo—. No vine suponiendo que tienes que escucharme solo porque crucé el pasillo.

Adrian lo observó unos segundos más antes de abrir la puerta.

—Entra.

Teo entró y esperó a que Adrian cerrara. El apartamento seguía siendo demasiado familiar para la incomodidad de aquella mañana. La mesa, el equipo, las plantas, el sofá donde habían pasado tantas horas. Solo que ya no había ningún objeto de Teo fuera de sitio porque Adrian había devuelto las pocas cosas que se habían quedado allí después de la ruptura.

Adrian no se sentó.

—¿Qué pasó?

Teo decidió empezar por la única información que Adrian no esperaba.

—Mi padre lo sabe.

Adrian se quedó inmóvil.

—¿Sabe qué?

—Todo lo que necesitaba saber. Que soy gay. Que tuve aquella relación. Que tú no eres solo mi vecino. Que te amo.

La sorpresa apareció por completo en el rostro de Adrian.

—¿Se lo contaste?

—Ayer.

Adrian se pasó una mano por la nuca y caminó unos pasos por la sala.

—Teo...

—Antes de que pienses eso, no lo hice porque tú me lo dijeras.

—Y yo no te lo dije.

—Lo sé. —Teo mantuvo los ojos sobre él—. Y tampoco estoy aquí porque mi padre lo haya aceptado y ahora todo esté resuelto.

Adrian tardó un poco en responder.

—¿Lo aceptó?

—Se sorprendió. Necesitó tiempo para pensar. Admitió que dijo cosas en el pasado que me dieron motivos para tener miedo y que todavía tiene ideas que tendrá que replantearse. No se convirtió en otra persona en media hora. —Teo se detuvo un instante—. Pero dejó claro que sigo siendo su hijo.

Adrian respiró hondo, y Teo vio el alivio antes de que intentara ocultarlo.

—Me alegro por ti.

—Gracias.

—De verdad.

—Lo sé.

El silencio siguiente fue más difícil.

Adrian finalmente se sentó en uno de los sillones.

—Entonces, ¿por qué viniste?

Teo ocupó el sofá, pero mantuvo suficiente distancia para que la conversación no empezara fingiendo una cercanía que todavía no habían recuperado.

—Porque entendí algo. Y no fue que mi padre necesitara darme permiso para estar contigo.

Adrian levantó los ojos.

—Pasé años diciendo que quería privacidad. Parte de eso es verdad. Soy reservado. No quiero contarle mi vida a cualquiera, no quiero hacer anuncios en el trabajo ni convertir mi sexualidad en un asunto público. Eso no cambió ayer. —Teo juntó las manos—. Pero también usé la palabra privacidad para cosas que eran miedo. Porque llamarlo privacidad parecía una elección. Parecía ordenado. Controlable.

Adrian no lo interrumpió.

—Cuando terminaba relaciones antes de que se volvieran serias, lo llamaba preferencia. Cuando evitaba lugares donde podía encontrarme con alguien conocido, era discreción. Cuando apareciste delante de mi padre y te reduje a vecino, me dije que

estaba protegiendo una parte privada de mi vida. —Teo respiró hondo—. Pero la privacidad no exige borrar a otra persona.

La expresión de Adrian cambió apenas un poco, pero Teo lo notó.

—No salí de la conversación con mi padre transformado —continuó—. Todavía tengo miedo. Si alguien del trabajo me pregunta mañana por mi vida personal, no sé si conseguiré responderlo todo sin ponerme nervioso. No quiero hacer publicaciones, anuncios ni decidir que ahora cualquier persona tiene derecho a saber.

—Nunca te pedí eso.

—Lo sé. —Teo asintió—. Tardé demasiado en entenderlo de verdad.

Adrian bajó los ojos durante un instante.

—Lo que sí puedo prometer es otra cosa. Cuando la verdad sobre nosotros aparezca de forma natural, no quiero volver a convertirte en alguien que tiene que desaparecer para que yo me sienta seguro. Puedo sentir miedo. Probablemente lo sentiré. Pero necesito aprender a no dejar que mi miedo decida automáticamente quién eres para mí.

Adrian lo miró fijamente.

—Dijiste algo parecido después del brunch.

Teo sintió el peso del recuerdo.

—Sí.

—Dijiste que intentarías no reaccionar de esa manera otra vez.

Entonces, ¿por qué debería creerte ahora?

La pregunta no llegó con agresividad. Eso la hizo más difícil.

—No deberías hacerlo solo porque lo estoy diciendo.

Adrian frunció ligeramente el ceño.

—Si yo estuviera en tu lugar, tampoco creería una promesa hecha dos días después de que otra fallara. —Teo abrió las manos sobre las piernas—. Puedo explicarte lo que entendí y decirte lo que quiero hacer de manera diferente. Pero no puedo exigir que lo tomes como una prueba.

Adrian permaneció en silencio.

—Así que no te estoy pidiendo que todo vuelva a ser como antes — continuó Teo—. Te estoy pidiendo otra oportunidad para demostrarlo. Con tiempo. Si todavía quieres.

Adrian se pasó las manos por el rostro. El silencio se prolongó, pero Teo no intentó llenarlo. Había pasado años respondiendo por otras personas antes de que ellas tuvieran la oportunidad de responder por sí mismas. No iba a hacerlo allí.

—Todavía te amo —dijo Adrian al fin.

Teo sintió que se le cerraba la garganta.

—Yo también te amo.

—Ese no era el problema.

—Lo sé.

—Y probablemente sigue siendo la parte más fácil.

Teo asintió.

Adrian se levantó y caminó hasta la ventana antes de regresar.

—Me gustaría creer que una conversación con tu padre lo resolvió todo. Sería mucho más cómodo.

—No lo resolvió.

—Sé que no. —Adrian volvió a sentarse, ahora inclinado hacia delante—. Y también sé que no quiero pasar los próximos meses poniéndote a prueba para ver si vas a esconderme. Eso destruiría todo de otra manera.

—Entonces no lo hagas.

Adrian soltó una breve risa sin humor.

—Sigues siendo excelente dando instrucciones cuando estás nervioso.

—Algunas cosas no cambiaron.

La comisura de la boca de Adrian se levantó durante un instante y volvió a desaparecer.

—Acepto intentarlo otra vez —dijo—. Pero no puedo simplemente volver al jueves pasado y fingir que no ocurrió nada.

—No quiero eso.

—La confianza no vuelve a la misma velocidad que el deseo. Ni que el amor.

—Lo sé.

—Y quizá me sienta inseguro en situaciones que antes no me habrían molestado. Tal vez note que te pones tenso y me pregunte qué va a pasar.

—Puedes preguntarme.

—Y tú tienes que responder sin pensar que cada pregunta es una acusación.

Teo hizo una pequeña mueca.

—Esa parte parece más difícil.

Adrian finalmente sonrió.

—Entonces estamos siendo realistas.

Teo permitió que apareciera su propia sonrisa.

—Lo intento.

La tensión en la sala no desapareció, pero cambió de forma. No era una reconciliación completa ni un regreso automático a la intimidad de los días anteriores. Era una puerta abierta para poder llegar hasta allí.

Un ruido llegó desde el balcón.

Adrian miró primero.

Milo apareció por el espacio inferior de la división, cruzó hasta el apartamento y entró en la sala sin vacilar. Ignoró a Teo, caminó directamente hasta el sofá y saltó al lugar donde solía dormir.

Los dos se quedaron mirándolo.

—Al menos alguien no parece interesado en reconstruir la confianza gradualmente —comentó Adrian.

A Teo se le escapó una risa antes de poder evitarlo.

—Nunca respetó ningún límite.

—Qué curioso oír eso del hombre que empezó nuestra historia intentando prohibirme el acceso a su propio gato.

—Le dabas comida a escondidas.

—Una acusación antigua y ya juzgada por la administración.

—Perdiste.

—Hubo un acuerdo extrajudicial.

Milo empezó a lamerse una pata.

La broma no borró lo que acababa de ocurrir. Quizá precisamente por eso funcionó. Teo no necesitaba fingir que la separación no había dolido ni que todo estaba arreglado. Tampoco necesitaba convertir cada minuto de allí en una discusión sobre la relación.

Cuando se levantó para marcharse, Adrian no intentó detenerlo.

Teo tampoco utilizó eso para concluir que había salido mal.

—¿Hablamos después? —preguntó.

—Sí.

Teo asintió y caminó hacia la puerta.

—Teo.

Se giró.

—De verdad me alegro de que se lo hayas contado a tu padre —dijo Adrian—. Aunque entre nosotros no volviera a pasar nada.

La frase todavía dolió.

—Yo también —respondió Teo—. Creo que es la primera vez que puedo decirlo sin saber qué va a pasar con nosotros.

Adrian asintió.

Teo volvió a casa.



La primera semana no pareció una relación retomada. Pareció dos personas aprendiendo otra vez a entrar en la rutina del otro sin fingir que la ruptura no había ocurrido. Adrian volvió a enviar mensajes, pero no con la frecuencia de antes. Teo cenó con él una noche y regresó después a su propia cama. En otra, se quedaron en el sofá hasta tarde y Teo decidió marcharse cuando se dio cuenta de que una parte de él quería dormir allí solo para demostrar que todo había vuelto a la normalidad.

No era así.

Y todavía no tenía por qué serlo.

La tercera noche, Teo llamó a la puerta de Adrian.

Adrian abrió y lo miró.

—Milo está conmigo.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Nada. —Teo metió las manos en los bolsillos—. Quería verte.

Adrian se quedó quieto durante un instante.

—Eso es extrañamente eficiente para ti.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

Esta vez, Teo entró.

El cambio empezó así, con cosas demasiado pequeñas para servir como declaraciones y demasiado concretas para confundirse con promesas.

Días después, los dos salieron juntos del edificio y entraron en el ascensor. Un vecino de otro piso ya estaba dentro. Teo solo lo conocía de vista. Cuando Adrian se colocó a su lado, apareció de inmediato el viejo impulso: enderezar el cuerpo, aumentar unos centímetros la distancia, eliminar cualquier posibilidad de interpretación.

Teo lo sintió.

Lo reconoció.

Y no se movió.

No ocurrió nada. El vecino los saludó, comentó el calor y salió unos pisos más abajo. Adrian no miró a Teo durante el descenso ni preguntó si había sido difícil. Solo cuando las puertas se abrieron en la planta baja le tocó brevemente la espalda para indicarle la salida.

Teo salió.

El corazón todavía le latía rápido.

No había sido valentía.

Había sido una elección.

Unos días más tarde se encontraron con Helena en el vestíbulo cuando salían.

—¿Van los dos a cenar? —preguntó ella, mirando de Adrian a Teo.

La pregunta tenía la misma inocencia de muchas otras que, meses antes, Teo habría corregido por reflejo.

—Sí —respondió.

Solo eso.

Helena comentó que el restaurante cerca del edificio había cambiado el menú y siguió hacia el ascensor.

Adrian esperó hasta que se alejara.

—Perdiste una excelente oportunidad de explicar que somos dos residentes independientes desplazando casualmente nuestros cuerpos hacia el mismo establecimiento.

—Pensé en decir que me estabas siguiendo.

—Eso suena más romántico.

—Eres capaz de arruinar cualquier progreso.

—Es un talento.

Teo se rio y siguió caminando a su lado.

Adrian también.

No dijeron nada más sobre el tema.

CAPÍTULO 20

Victor volvió a hablar sobre la revelación en pequeñas dosis. Hizo algunas preguntas que Teo respondió, otras para las que pidió tiempo y una o dos que tuvieron que reformularse porque habían salido de una manera poco acertada. Ninguna conversación fue perfecta. Victor no dejó de ser conservador después de unos días y Teo no dejó de sentir tensión cada vez que surgía el tema. La diferencia era que ahora los dos tenían algo real de qué hablar en lugar de una relación entera construida alrededor del silencio.

Una tarde, Victor envió un mensaje.

Quiero conocer bien a Adrian. Si él quiere.

Teo se quedó mirando la pantalla.

Su primer impulso fue responder de inmediato. Quería decir que sí, fijar una fecha, organizar el encuentro y utilizar aquello como otra prueba de que las cosas estaban cambiando.

Se detuvo.

El mensaje no preguntaba únicamente qué quería Teo.

Aquella noche cruzó el pasillo.

Adrian abrió y lo dejó entrar.

—Mi padre quiere conocerte —dijo Teo después de que se sentaran.

Adrian se quedó inmóvil durante un instante.

—¿Conocerme de verdad?

—Esa es exactamente la idea. Preguntó si estarías dispuesto.

—¿Y qué respondiste?

—Todavía nada.

Adrian levantó las cejas.

—Primero te estoy preguntando si tú quieres —continuó Teo—. No voy a decidir que tienes que conocer a mi padre solo porque él haya decidido pedirlo.

La sorpresa en el rostro de Adrian desapareció poco a poco.

—Quiero.

—¿Seguro? Puede ser incómodo.

—Probablemente lo sea.

—Todavía está procesando muchas cosas. Puede hacer alguna pregunta rara.

—También puede descubrir que soy encantador y empezar a preferir mi compañía.

Teo entrecerró los ojos.

—Creo que debería avisarle que rechazaste la invitación.

—Demasiado tarde. Ya acepté.

El encuentro tuvo lugar unos días después en el apartamento de Teo. No hubo cena, evento familiar ni intento alguno de convertir aquello en una gran presentación. Teo preparó café. Adrian llegó unos minutos antes. Victor llegó puntual y, esta vez, cuando Teo abrió la puerta, no necesitó decidir cómo presentaría al hombre que ya estaba sentado en la sala.

Victor lo sabía.

Los primeros minutos fueron rígidos. Victor preguntó por el trabajo de Adrian, y Adrian explicó lo de la fotografía gastronómica. Adrian intentó hacer una broma, percibió la respuesta seca de Victor y redujo el humor sin dejar de ser él mismo. Al principio, Teo siguió cada intercambio, buscando problemas antes incluso de que aparecieran, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Y trabajas mucho fuera? —preguntó Victor.

—Depende de la semana. Algunos trabajos los preparo aquí, otros paso el día entero en locación —respondió Adrian—. Fue así como

Teo acabó recibiendo una entrega refrigerada mía una vez. Incluso la guardó en la nevera, y fue una de las primeras pruebas de que tenía corazón.

—No exageres —advirtió Teo.

—Pensé que había empezado por el gato —comentó Victor.

Adrian lo miró, sorprendido.

—¿Le contó esa parte?

—Lo suficiente.

Teo se dio cuenta demasiado tarde de que estaba esperando que la conversación saliera mal.

No ocurrió.

Victor seguía siendo Victor. No era expansivo, no hacía preguntas sobre sentimientos y claramente medía algunas palabras antes de pronunciarlas. Adrian también percibía el esfuerzo y no fingía que todo fuera natural. Aun así, los dos permanecieron allí. Victor quería conocer a Adrian porque era importante para su hijo. Adrian había aceptado porque entendía lo que aquel encuentro significaba para Teo.

Cuando Victor se marchó, Adrian se apoyó contra la puerta cerrada.

—Tu padre intimida.

—Te metiste con él en veinte minutos.

—Fui extremadamente respetuoso.

—Dijiste que yo tenía corazón por haber refrigerado una entrega.

—Era un elogio histórico.

Teo empezó a reírse.

Adrian se acercó.

—Pasaste la primera mitad de la conversación esperando que algo explotara.

—Lo sé.

—¿Y después?

Teo lo pensó.

—Después dejé de hacerlo.

Adrian le tocó el brazo.

—Me di cuenta.

Solo después de que esas pequeñas situaciones se acumularan durante semanas volvió por completo la antigua rutina. Teo volvió a dormir en el apartamento de Adrian sin sentir que necesitaba marcharse para preservar alguna distancia simbólica. Adrian volvió a dejar una camiseta sobre una silla de Teo y recibió una queja por ello ese mismo día. Los mensajes recuperaron la frecuencia anterior. Milo siguió circulando entre los apartamentos y exigiendo de ambos un nivel de coordinación que ningún gato debería considerar un derecho adquirido.

Adrian siguió viviendo al otro lado del pasillo.

Nadie habló de cambiarlo.

No necesitaban vivir en la misma casa para demostrar que la relación era seria. Tampoco necesitaban convertir las semanas siguientes en una sucesión de demostraciones públicas. Hubo momentos en los que Teo todavía sintió ansiedad. Una vez, en una cafetería, se dio cuenta de que una persona miraba a él y a Adrian durante demasiado tiempo. La primera sensación fue el impulso de comprobar la distancia entre los dos, la posición de las manos, cualquier gesto que pudiera interpretarse.

Esta vez reconoció el pensamiento antes de obedecerlo.

Aquella persona ni siquiera los conocía.

Teo continuó la conversación.

El miedo no desapareció.

La diferencia empezaba a ser esa.



Algunas semanas después, el apartamento de Teo acogió un almuerzo que él habría considerado imposible pocos meses antes.

Sofia llegó primero. Victor apareció poco después cargando un postre que aseguró haber comprado porque no confiaba en que Teo se acordara de llevar uno. Adrian cruzó el pasillo por último, con una

bebida en la mano, y Milo apareció detrás de él por el balcón unos segundos después, asegurándose de que incluso el orden de llegada fuera inadecuadamente compartido.

Cuando todos estuvieron sentados a la mesa, Teo se dio cuenta de que Victor y Adrian habían avanzado lo suficiente como para discrepar sin convertir cada desacuerdo en un ejercicio diplomático.

—Sigo pensando que deberías cobrar aparte por el uso de las fotos en campañas más grandes —decía Victor, después de que Adrian comentara un trabajo reciente.

—Depende del contrato —respondió Adrian—. Hay clientes con los que ya calculo todo dentro del precio.

—Aun así dejas margen para que usen más de lo que pagaron.

—Papá, ni siquiera viste el contrato —intervino Teo.

Victor le apuntó con el tenedor.

—No necesito verlo para saber que alguien siempre intenta pagar menos.

—En eso tiene razón —admitió Adrian.

Teo miró a Adrian.

—No lo animes.

—Pensé que debía aprovechar los raros momentos en los que estamos del mismo lado.

Victor soltó un sonido que no llegó a ser una risa, pero estuvo cerca.

Sofia observó a los tres.

—Impresionante. Les llevó menos tiempo unirse contra Teo de lo que esperaba.

—Es porque lo pone fácil —respondió Adrian.

—Vives al lado. Todavía estás a tiempo de volver —dijo Teo.

—¿Y perderme este acogedor ambiente familiar? Jamás.

Adrian todavía medía ciertas bromas delante de Victor. Victor seguía teniendo una rigidez que aparecía en algunos temas y no intentaba parecer más cómodo de lo que realmente estaba. Ninguno de los

dos necesitaba fingir que el proceso ya había terminado. Bastaba con que estuvieran sentados en la misma mesa.

Milo apareció debajo de una silla y empezó a observar los platos.

Teo se dio cuenta.

—Ni se te ocurra.

El gato lo ignoró.

Victor también se fijó cuando Milo se acercó demasiado a la mesa y estiró una pata.

—Sal de ahí —dijo, apartando delicadamente el hocico del gato.

—Esto es culpa de Teo —declaró Adrian de inmediato.

Teo se giró hacia él.

—¿Mía?

—Le enseñó a quedarse esperando comida mientras comes.

—Tú compraste su lealtad con premios durante la primera semana.

—Eso es una distorsión histórica.

—Literalmente compraste premios después de que te dijera que no alimentaras a mi gato.

—Porque alegó una situación de emergencia.

Sofia empezó a reírse.

—Saben que discutían sobre la custodia de este gato antes incluso de admitir que se gustaban, ¿verdad?

—Nunca hubo ninguna discusión sobre custodia —dijo Teo—. Milo es mío.

Adrian se llevó una mano al pecho.

—Otra vez esta violencia.

—Legalmente, tiene razón —comentó Victor.

Adrian lo miró.

—Pensé que hoy habíamos construido algo.

—No voy a mentir por ti.

Sofia se rio aún más.

Teo se levantó para buscar una fuente que había dejado sobre la encimera y oyó el timbre. Sofia se ofreció a atender porque estaba más cerca. Era una entrega que ella esperaba, y la conversación con el repartidor mantuvo la puerta abierta durante unos minutos mientras comprobaba una información y dejaba el paquete sobre un mueble cerca de la entrada.

Nadie en la sala le dio importancia.

La discusión sobre Milo continuó.

—El problema fue que ustedes crearon un sistema en el que recibe atención en las dos casas —dijo Victor.

—Por fin alguien racional —comentó Teo.

—No he terminado. Tú también tratas a ese gato como si fuera un niño.

Adrian señaló a Victor.

—Sabía que me caía bien.

—Llamas a Milo tu hijo desde que conociste a Teo —recordó Sofia, volviendo a entrar mientras la puerta seguía abierta.

—Porque emocionalmente existe un vínculo.

—Financieramente, no —respondió Teo—. La cuenta del veterinario sigue llegando a mí.

Adrian se acercó para coger la fuente de sus manos y, mientras esperaba que Sofia dejara espacio en la mesa, apoyó con naturalidad la otra mano en la cintura de Teo.

El gesto era habitual dentro del apartamento.

Teo siguió hablando.

—Y antes de que alguien sugiera dividir gastos, compró un juguete inútil que Milo ignoró durante una semana.

—Lo usó después.

—Solo porque tenía catnip.

—Estrategia de adopción.

Un vecino pasó por el pasillo.

Teo lo vio a través de la puerta abierta.

Solo entonces se dio cuenta también de la mano de Adrian en su cintura.

El reflejo apareció.

Rápido, antiguo, conocido.

Las ganas de apartarse. De crear unos centímetros entre los dos. De esperar a que el hombre pasara y recuperar después la posición.

Teo lo sintió todo.

No hizo nada.

El vecino saludó a Sofia cerca de la puerta, hizo un gesto con la cabeza hacia quienes estaban dentro y continuó por el pasillo.

Teo permaneció donde estaba.

No miró a Adrian para comprobar si se había dado cuenta. No sujetó su mano en respuesta para convertir aquello en una demostración. No lo besó, no anunció nada, no necesitó demostrar valentía ante nadie.

La mano siguió en su cintura porque no había ningún motivo para retirarla.

El miedo pasó sin recibir una orden.

—Teo —dijo Victor de repente.

Él volvió la atención hacia la mesa.

Milo había aprovechado exactamente aquellos segundos de distracción para estirar una pata, arrastrar un pequeño trozo de comida desde el borde de un plato y llevarlo hasta el suelo.

—¡Milo! —Teo se apartó de la mesa, haciendo que Adrian retirara finalmente la mano solo porque necesitaba alcanzar al gato—. Suelta eso.

Milo ya estaba masticando.

—¿Ves? —dijo Victor—. Les dije que lo educaron mal.

—¿Les? —Teo cogió a Milo antes de que intentara un segundo ataque—. El responsable de esto está ahí.

Adrian abrió los brazos.

—Yo no hice nada.

—Tú le enseñaste que pedir comida funciona.

—Yo compraba premios apropiados para gatos. Quien lo deja rondando la mesa eres tú.

—Porque aprendió contigo que cualquier humano es una fuente de alimento.

—Eso no tiene respaldo científico.

Sofía ya estaba riéndose otra vez.

—Me niego a creer que, después de todo, todavía estén discutiendo sobre quién alimenta demasiado a este gato.

La discusión continuó alrededor de la mesa, involucrando a los cuatro mientras Milo permanecía en brazos de Teo sin demostrar ningún arrepentimiento. La puerta siguió abierta durante un rato más hasta que Sofía se acordó de cerrarla. Algunas personas pasaron por el pasillo. Nadie necesitó interrumpir la conversación por eso.

Teo miró a su alrededor mientras Victor insistía en que el gato necesitaba más disciplina, Adrian defendía que Milo era víctima de acusaciones sin representación legal y Sofía recordaba que Helena probablemente todavía conservaba el registro de la primera queja formal del edificio.

Era la misma sala que Teo había organizado el primer día hasta que cada objeto ocupó exactamente el lugar que había imaginado. El apartamento seguía siendo suyo. Seguía gustándole el orden, el silencio cuando lo necesitaba y la posibilidad de cerrar la puerta cuando quería estar solo.

Seguía siendo su espacio seguro.

Solo que ya no era seguro porque consiguiera mantener el mundo afuera.

Adrian estaba a su lado. Sofía discutía con Victor. Milo acababa de robar comida de la mesa. La puerta podía estar abierta o cerrada. Teo seguía estando en casa.

—Solo para que conste —dijo Adrian, señalando a Milo—, yo no le di nada.

—Nadie preguntó —respondió Teo.

—Me estoy adelantando a la investigación.

—Todo el problema empezó porque tú te adelantabas a las reglas.

—Todo el problema empezó porque tu gato me eligió.

Teo lo miró.

—No te emociones.

Adrian sonrió.

Milo intentó alcanzar la mesa otra vez.

Victor fue el primero en impedirlo.

Y, en menos de cinco segundos, los cuatro ya estaban discutiendo otra vez sobre quién, al fin y al cabo, había enseñado a aquel gato a pedir comida.

Fin.
